

SERIE LOS JEFES: LIBRO OCHO

NORMAS DE JEFES

— VICTORIA QUINN —

*Ya ponga
las normas*



AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

NORMAS DE JEFES

Los Jefes #8

VICTORIA QUINN

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o de la autora, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

Hartwick Publishing

Normas de jefes

Copyright © 2018 by Victoria Quinn

Todos los derechos reservados

UNO

Titan

—¿Qué tal tu día?

Diesel salió del ascensor con la corbata ya deshecha. Colgaba de su cuello con un extremo ligeramente más largo que el otro. La fatiga se apreciaba en sus ojos, pero en cuanto me miró, se le iluminó la cara con aquella atractiva sonrisa suya.

—No importa. Tu día es el único que importa. —Sus brazos musculosos rodearon mi cintura y me acunaron contra él, y su poderoso pecho se apretó contra mí igual que un sólido muro de ladrillos.

—Eso no es verdad.

Apretó su cálida boca contra la mía, provocándome con los labios.

—Es verdad.

—Ha sido aburrido. He estado viendo reposiciones de *I love Lucy*.

—A mí eso me parece un día genial. ¿Te has tomado todas las medicinas?

Puse los ojos en blanco.

—Como si se me fuese a olvidar alguna vez. Prácticamente soy adicta a esos analgésicos.

Acercó los labios a mi frente y me besó suavemente la piel. Me rozó ligeramente con su barba reciente, rascándome cada vez que se movía. Sus dedos eran mucho más delicados de lo habitual. Ahora que tenía una herida en el pecho, me trataba con todo el cuidado posible.

Echaba de menos los viejos tiempos.

—Todavía no me has contado qué tal tu día. —Moví los dedos hacia los botones de su camisa y los desabroché lentamente uno a uno.

—He estado trabajando.

Puse los ojos en blanco.

—Hasta ahí me lo imagino. ¿Qué más?

—Y me he preocupado por ti.

—Pues ha sido una pérdida de tiempo, porque estoy perfectamente.

—Eres perfecta —dijo él—. Pero no estás perfectamente. —Me dio un beso en la mejilla antes de alejarse—. Me voy a duchar. Más te vale estar desnuda y preparada cuando salga. —Me dio la espalda y se marchó, dominando la habitación al atravesarla.

Había echado de menos aquella faceta suya.

Después de que se metiera en la ducha, las puertas del ascensor se abrieron de nuevo y apareció Thorn con las manos metidas en los bolsillos del pantalón del traje de color azul marino, a juego con sus ojos brillantes. Thorn tenía un físico que le hubiera permitido ser modelo, algo que él sabía perfectamente. Esperaba que no desperdiciase su potencial llevando una vida en soledad.

—Tienes buen aspecto. —Entró en el ático y vino hasta donde yo estaba, en la sala de estar. Estudió mi rostro y mis brazos buscando pruebas de buena salud. Jamás me había desnudado con la mirada, ni siquiera cuando estábamos prometidos. Diesel era el único hombre que lo había hecho... y de un modo totalmente obvio—. Aunque estás un poco delgada...

—La medicación me quita el hambre.

—Nunca la has tenido, así que debe de ser bastante fuerte —bromeó.

—A Diesel no le hace ninguna gracia. Dice que cuando me ponga mejor me va a cebar como a un cerdo.

—Apoyo la moción. —Sonrió y se sentó en el sofá—. ¿Está aquí?

—En la ducha.

Thorn apoyó los codos en las rodillas y se frotó las palmas de las manos entre sí.

—¿Quieres algo de beber?

—No, gracias —se apresuró a decir—. Siéntate.

Las dos cejas se me dispararon hacia arriba.

—¿Disculpa?

Disimuló su expresión azorada todo lo que pudo, pero no tuvo demasiado éxito.

—Esto es serio. No sé si debería decírtelo ahora o cuando esté Diesel.

Al darme cuenta de que aquella no era una visita fortuita, me senté junto a él. La tensión emanaba de Thorn en oleadas, y era de la clase que atravesaba la piel como un día abrasador de verano. Me crucé de piernas y lo miré con rostro inexpresivo. Siempre que me veía ante la adversidad, conservaba la calma y aceptaba lo que fuera que tuviese que pasar. Hasta cuando me apuntaron una pistola a la cara mantuve el mismo nivel de control.

—¿Va todo bien?

—Sí, eso creo. Es sólo que hoy he tenido una visita interesante en tu oficina...

Después de que Bruce llevase a cabo su venganza contra mí, los personajes sospechosos me alarmaban. Era una persona cuidadosa y paranoica, pero ahora me tomaba todavía más en serio mis sospechas.

—¿Quién?

—Una mujer. ¿Debería esperar a Diesel?

Yo compartía con aquel hombre todos los aspectos de mi vida. Todavía no me había casado con él, pero mi compromiso hacia él era sólido como el acero. No había secretos ni mentiras. Le había abierto mi mundo entero.

—Últimamente está teniendo pesadillas... en las que me disparan. Hemos hablado de ello y parece estar mejor, pero todavía no ha vuelto a ser el de siempre.

Thorn continuó frotándose las palmas entre sí, deslizando la piel contra la piel.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?

—No lo sé... No quiero mentirle, pero tampoco que deje de ir a trabajar.

Thorn esperó a que obtuviese la respuesta por mi cuenta.

Daba igual las vueltas que le diera, la respuesta seguía sin aparecer ante mí.

—Tú cuéntamelo y ya pensaré si contárselo a él.

—De acuerdo. —Se reclinó en el sofá y apoyó las manos en los muslos—. Se ha presentado una mujer en la oficina preguntando por ti. Quería saber por qué estabas tardando tanto tiempo en recuperarte. Era obvio que estaba alterada y muy preocupada. Actuaba como si te conociera... como si fueseis íntimas. Dice que estaba fuera del país cuando ocurrió el tiroteo y que no se enteró de la noticia hasta hace unos días.

Escuché todo lo que dijo, pero no le encontré ningún sentido.

—¿Cómo se llama?

—Bridget Creed. ¿La conoces?

Negué con la cabeza.

—No me suena de nada...

—Pues eso es alarmante, porque es evidente que ella a ti sí que te conoce.

—Si fuera así, me habría llamado o escrito directamente.

—Cierto. Pero su modo de actuar... no sé explicarlo. Si le hubiera dicho que habías muerto, sé que se hubiese puesto a sollozar allí mismo.

Que una completa desconocida demostrase tanto interés por mí y se presentase en mi oficina era... no estaba muy segura de lo que era.

—¿Quizá es una admiradora... que es un poco obsesiva?

—Es posible. Le he preguntado dos veces de qué te conocía... y no ha llegado a responderme.

—Porque no me conoce.

—Sí... —La voz de Thorn se apagó mientras su mirada se perdía en la distancia. A juzgar por cómo se apartó de mí, algo estaba molestándole. No

había dicho todo lo que necesitaba decir.

—¿Qué pasa, Thorn?

—Es probable que sólo esté siendo paranoico...

—Cuéntamelo. —Diesel terminaría de ducharse en cualquier momento. No tardaba mucho en secarse porque no necesitaba usar secador y solía afeitarse por la mañana.

—Pues... Tenía el pelo castaño, los ojos verdes, era delgada... y clavada a ti.

—¿Clavada a mí?

—Tiene los pómulos elevados igual que tú, y sus ojos son de la misma forma que los tuyos. Y su tipo... tiene las piernas largas, como tú. Como he dicho, probablemente sólo esté siendo paranoico y sacando conclusiones partiendo de estupideces, pero mentiría si dijera que no me di cuenta.

—Thorn, ¿qué estás insinuando? —Quería que fuese perfectamente claro porque me estaban viniendo ciertas ideas a la cabeza.

—A lo mejor es tu madre... —Thorn se giró hacia mí de nuevo, absorbiendo mis rasgos con la mirada como una esponja absorbe agua—. Me doy cuenta de que es un poco ridículo, pero a menos que tu madre viva bajo una piedra, es imposible que no sepa que tú eres Tatum Titan, ¿entiendes? No te cambiaste de nombre. Fuesen cuales fuesen sus razones para renunciar a ti, no le habría costado llegar a esa conclusión.

Yo nunca me había sentido incompleta por no tener a mi madre en mi vida. Mi padre lo había hecho lo bastante bien y me había querido de sobra para compensar su ausencia. A veces dejaba vagar mi mente e imaginaba qué aspecto tendría, pero no pensaba en ello durante demasiado tiempo. Ella no me quería en su vida, así que evitaba pensar en ella por completo.

Thorn continuaba mirándome fijamente.

—¿Titan?

—Estoy pensando.

—Conozco tu rostro como la palma de mi mano porque nos conocemos desde hace mucho tiempo. Me ha recordado a ti en cuanto ha entrado por la

puerta, antes incluso de que dijera nada. Es posible que sólo sea una coincidencia... pero me ha parecido raro.

—Probablemente sólo sea una coincidencia.

Thorn se quedó callado y volvió a juntar las palmas de las manos.

—¿Vas a mencionarle esto a Diesel?

—No lo sé...

—La mujer no me ha parecido una amenaza. Como he dicho, sólo parecía preocupada.

—¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Bridget Creed —contestó—. He investigado un poco, pero no he encontrado gran cosa. Lleva diez años casada con un programador al que le va bastante bien, pero no son ricos para nosotros. Tienen dos hijos. No he podido rastrear su vida antes de eso, o al menos no me ha dado tiempo. Todo esto ha pasado como hace una hora.

Si realmente era mi madre, lo único que tenía que hacer era contratar a alguien para que investigase su pasado. Su nombre estaría en los registros del hospital, de cuando me había tenido. Habría una licencia de matrimonio. A menos que se hubiese cambiado de nombre antes de casarse, aquella sería la única prueba que necesitaba.

—¿Vas a investigar el asunto?

Sabía que conocer la respuesta no cambiaría nada. Fuese o no mi madre, aquello no cambiaba el pasado, ni tampoco el futuro. Ella había tomado su decisión y yo la respetaba... pero eso no quería decir que estuviese obligada a preocuparme por ella.

—No.

—¿De verdad?

—Aunque sea mi madre, eso no cambiaría nada.

—Supongo... A lo mejor deberías hablar con Diesel de ello.

—Lo pensaré...

Thorn me observaba, evidentemente alterado por nuestra conversación.

—¿Tendría que habérmelo callado?

—No. —Le puse la mano en el brazo y le di un suave apretón—. Has hecho lo correcto. Gracias.

—Creía que debía decírtelo. Yo lo hubiera querido saber.

Thorn nunca sabría lo que hubiera querido porque había nacido en una familia que se quería con unos padres que lo adoraban. Siempre había estado entero en ese sentido, lo cual estaba muy bien. Pero nunca sabría lo que se sentía cuando te faltaba uno de tus padres. Cosas como el dinero o la estabilidad se volvían más difíciles. Jamás insultaría la memoria de mi padre diciendo que no me cuidó lo bastante bien, porque sin duda lo hizo. Sin él, nunca me habría convertido en la mujer fuerte que era.

Diesel salió del dormitorio llevando únicamente unos pantalones negros de deporte. Tenía el torso amplio y lleno de músculos, y su piel bronceada estaba salpicada de surcos en los puntos de separación entre los músculos. Tenía la constitución de un soldado; era la definición de hombre fuerte. Me sentía muy afortunada de poder verlo pasearse de esa guisa por mi casa todos los días.

—¿Qué tal, Thorn?

—¿Qué hay, tío? —Thorn se puso inmediatamente de pie, sabedor de que acababa de tocar un tema muy delicado—. Sólo me he pasado para ver qué tal estaba Titan.

Diesel se acercó a él y le estrechó la mano.

Thorn hizo lo mismo. Siempre trataba a Diesel con respeto desde que había quedado claro que no había mentido.

—Cada día está más fuerte —dijo Diesel—. Tengo muchas ganas de que se recupere del todo. Ahora es como un jarrón de cristal, me preocupa la posibilidad de romperla.

Puse los ojos en blanco mientras me levantaba.

—No soy ningún jarrón.

Todavía tenía unas cuantas gotas de agua en el pecho en partes que no se había secado. Se habían colado por las grietas de su musculatura.

—¿Cómo van las cosas con la señorita Alexander? ¿Al final vais a firmar?
Thorn y yo ni siquiera habíamos tocado el tema.

Thorn salió del paso sin que se notara que habíamos olvidado hasta mencionar el tema.

—¿Estás libre mañana?

—Thorn, estoy libre todos los días —respondí con rapidez.

Diesel entrecerró los ojos.

—Tenía la impresión de que Thorn estaba encargándose de ello.

Sabía que estaba a punto de dirigir su fuego contra mí.

—Lo está haciendo, pero tengo que conocerla en persona antes de pensar en asociarme con ella. Sería ridículo no hacerlo.

—Estoy de acuerdo —dijo Diesel—. Pero habíamos quedado en que por ahora no ibas a trabajar.

—No es trabajar de verdad —protesté—. Sólo se va a pasar por casa.

Thorn dio un paso atrás, haciendo todo lo posible por esfumarse de la conversación.

—Sí que es trabajar —contraatacó Diesel—. Puede esperar hasta que estés en condiciones de volver al trabajo.

—Eso es ridículo —insistí—. Thorn lo está haciendo todo en mi lugar, pero no puede tomar esta decisión totalmente solo. Además, no aguanto más estar aquí encerrada. Me gustaría tener algo de compañía. Estará aquí una hora como mucho.

Diesel se cruzó de brazos.

Thorn se volvió hacia el televisor a pesar de que estaba apagado.

—Voy a hacerlo. —Quería unir mi vida a la de Diesel de todas las maneras posibles, pero no que tomara todas las decisiones por mí. A veces me daba muy buenos consejos, pero otras se extralimitaba.

Entornó todavía más los ojos.

—Lo siento, Diesel —aseguré—. Pero la vida continúa.

Diesel retrocedió, tensando todos los músculos del cuerpo debido a la irritación.

—Esto no me hace ninguna gracia.

—Hasta ahí he llegado —contesté con sarcasmo.

Diesel abandonó la conversación y se alejó en silencio. Se llevó su hostilidad con él, pero todavía podíamos sentirla a nuestro alrededor. Infectaba el aire y se introducía en nuestros pulmones cada vez que respirábamos.

—¿Estás segura de esto? —me preguntó Thorn cuando Diesel ya no podía oírnos.

—Ignóralo.

—Para mí es fácil hacerlo —dijo él—. Pero para ti no lo es tanto.

Estaba acostumbrada a aquel grandullón cavernícola rondando por la casa a toda hora. Entendía sus estados de ánimo y su necesidad de protegerme. Todo lo que hacía provenía del amor, y por eso le perdonaba lo posesivo que era. Pero sabía que tenía que defender mi terreno... y que él me respetaría por ello.

UNAS HORAS DESPUÉS DE CENAR, su enfado empezó por fin a disiparse.

Diesel se sentó junto a mí en el sofá y me rodeó los hombros con el brazo. El almohadón se hundió considerablemente bajo su peso. Estaban echando un partido por televisión, pero él tenía los ojos posados en mí. Sus duros rasgos parecían el perfil de una montaña. Angulosos en algunas partes y lisos en otras, su rostro era como un bello paisaje.

—Me alegra que por fin lo hayas aceptado.

—Es sólo que quiero que te recuperes lo antes posible.

—Lo peor ya ha pasado —dije dulcemente—. Te olvidas de todo lo que he mejorado. Ahora que he llegado tan lejos, nada va a impedir que continúe.
—Moví los dedos hasta su barbilla y palpé el grueso vello que le había

crecido desde que se había afeitado aquella mañana, sombreando los contornos de su cara. Me gustaba tocarlo por todas partes, pero su barbilla me parecía especialmente atractiva. Cuando no podía tenerlo, fantaseaba con hacer exactamente lo que estaba haciendo. Cuando estábamos sentados el uno frente al otro con mi escritorio entre ambos, podía sentir la presión en los dedos con sólo imaginarlo—. Te olvidas de lo fuerte que soy.

—Jamás. Sólo olvido lo débil que soy yo.

—Tú no eres débil, Diesel. —Era el hombre más fuerte que había conocido nunca. Siempre que estaba a mi lado, sentía su presencia protegiéndome. Nunca había necesitado a un hombre para darme seguridad, pero disfrutaba de la que él me daba. Me hacía sentir todavía más poderosa de lo que ya era, porque tenía el amor del hombre más poderoso del mundo.

—Cuando se trata de ti, me vuelvo irracional. Cuando se trata de ti, no veo las cosas con claridad. Me pongo emotivo... y soy otro. No es un reflejo de quién soy yo... sino un producto de mi ridículo amor por ti. —Giró su rostro en mi mano y me dio un beso en las puntas de los dedos.

—Tengo suerte de ser la mujer que te vuelve irracional.

Una lenta sonrisa se extendió por sus labios y suavemente me estrechó más contra sí.

—Siempre dices las palabras correctas.

—Eso es por lo bien que te conozco.

Frotó su nariz contra la mía, dándome una ternura que nunca compartía con nadie más. Podía ser agresivo conmigo, igual que había sido con las mujeres que me habían precedido. Pero aquella dulzura era algo que me tenía exclusivamente reservado.

—Levantaré la mano con esto. Que se pase una hora o dos no debería ser para tanto.

—Desde luego que no es para tanto.

—Pero ahora estás en una situación de vulnerabilidad. Estás en casa porque estás herida. No es lo mismo que si alguien va a tu despacho mientras tú estás sentada detrás de tu escritorio. Pueden ver todo tu poder llenando la última planta de tu edificio. Hacerlo aquí es diferente.

—No creo que eso vaya a ser un inconveniente. Esté donde esté, mi poder es inconfundible. Tengo una reputación sólida y ella lo sabe. Que esté abierta a asociarme con ella no quiere decir que esté dispuesta a hacer cualquier cosa para conseguirlo. Es una mujer inteligente. Sabe que es mejor no enfrentarse a mí.

Sus largos dedos se movieron hasta mi pelo y masajearon suavemente los mechones. Cuando me quedaba todo el día en casa, miraba el reloj y contaba las horas que faltaban para que volviese a casa. Pero sabía que si estuviera ocupada con el trabajo, estaría haciendo lo mismo de todas maneras. Mi trabajo me importaba tanto como siempre, pero ahora Diesel me había dado otra cosa por la que apasionarme.

—Thorn parece estar ocupándose de todo maravillosamente por ti.

—Desde luego.

—Quizá deberías volver a pedírselo cuando cojas la baja por maternidad.

Ahora estábamos precipitándonos en el futuro.

—Estoy segura de que podré trabajar hasta el día del parto.

—De ninguna manera vas a poder pasearte por ahí todo el día con tacones, como estás acostumbrada a hacer.

—Bueno, eso por supuesto. Pero creo que estaré perfectamente.

—¿Y después de que nazca el bebé? —insistió.

—Tendré una niñera para que me ayude.

A juzgar por la mueca que hizo, no le gustó aquello.

—No quiero que una extraña cuide de mi bebé.

—La investigaremos a fondo antes de permitir que cuide de nuestro hijo. Y yo estaré aquí casi todo el tiempo. Pero no hace falta que nos preocupemos por eso en este momento. Tenemos otras muchas cosas de las que ocuparnos.

—La idea de tener una hija me hizo pensar en lo que me había dicho Thorn. Él sospechaba que la mujer que se había pasado por mi oficina era mi madre. Me había tenido, pero había escogido marcharse. No era capaz de imaginarme haciendo lo mismo. Quería ser madre y formar mi propia familia. Aquel deseo no tenía nada que ver con el abandono de mi madre. Sencillamente, era lo que

más feliz me haría.

Diesel debió de advertir mi cambio de gesto, porque me preguntó:

—¿Qué te pasa, pequeña?

No quería guardar en secreto lo que me había contado Thorn. Se confirmasen o no sus sospechas, no podía ocultárselo a Diesel. Teníamos pensado compartir nuestras vidas, lo cual implicaba que teníamos que compartir todo lo demás.

—Thorn me ha dicho que hoy se ha pasado una mujer por mi oficina preguntando por mí. Estaba preocupada por mi estado de salud después del tiroteo. Parecía realmente alterada por ello... y se parecía mucho a mí.

Al principio, la expresión de Diesel no cambió. Luego se transformó lentamente en una máscara que parecía hecha de piedra. Estaba a la defensiva y despedía preocupación y dureza.

—Se llama Bridget Creed. Thorn se ha estado informando sobre ella y dice que lleva diez años casada y que tiene dos hijos. No sabe más, pero tampoco ha investigado a fondo. —No hizo falta que se lo siguiera explicando porque Diesel ya había llegado a la misma conclusión.

Apartó los dedos de mi cabello y dejó escapar un suave suspiro.

—¿A ti qué te parece?

—No me parece nada.

—¿Crees que es ella?

Supe exactamente lo que me estaba preguntando.

—Lo sea o no, da igual.

Diesel me interrogó con la mirada. Sus facciones sólo cambiaron ligeramente, pero fue suficiente para que yo supiese lo que estaba pensando.

—Escogió marcharse. Acepto su decisión y no pienso mal de ella por eso. No fue capaz de hacer frente a la responsabilidad de ser madre, así que me dejó con mi padre, que fue un padre fantástico. Si ella no quería estar allí, yo tampoco deseo que hubiera estado. Pero no puede volver a entrar en mi vida ahora, aunque sea verdad que me quiere. Perdió ese derecho en el instante en que me abandonó. No se puede tener todo.

El gesto de Diesel se suavizó.

—Eso tiene sentido, pero... ¿no quieres saber si es ella? Si hago una llamada rápida, podemos llegar al fondo de este asunto.

Como ya había dicho, aquello no cambiaba nada.

—No lo quiero saber.

—¿Estás segura? Si fuese yo, querría esa respuesta.

—Pero yo no soy tú, Diesel. —Me di la vuelta, dando la conversación por terminada—. Thorn me ha dicho que no parecía peligrosa. No creo que haya nada por lo que preocuparse.

—Pero podría intentar hablar contigo. A lo mejor deberías estar preparada.

—Sigo sin querer saberlo, Diesel. —Cogí el mando a distancia y subí el volumen de la televisión, ahogando el silencio con las aclamaciones de los hinchas para poner fin a la conversación.

Diesel dejó el tema por fin. Sus dedos volvieron a desplazarse hasta mi pelo y empezó a acariciarme lentamente.

—¿Quién crees que va a ganar, pequeña?

HACÍA semanas que no me ponía un vestido y tacones.

Me gustaba la sensación.

Echaba de menos arreglarme como si tuviera que estar en algún sitio importante. Echaba de menos tener una razón para prepararme por la mañana. El único objetivo que había tenido últimamente había sido despedirme de Diesel cuando se marchaba a trabajar.

El resto del tiempo, mi vida no tenía sentido.

Pero ahora me sentía perfecta con los tacones puestos. Me hacían un poco de daño... como tenía que ser. El vestido no me estaba tan ceñido porque había perdido algún kilo durante la convalecencia, pero todavía me quedaba bien. Me ricé suavemente el pelo y me maquillé más que de costumbre.

Supuse que nos reuniríamos en mi sala de estar. Parecía innecesario conducirla hasta mi despacho privado al otro lado del largo pasillo. Ambas sentíamos deseos de trabajar juntas, así que no me parecía que hiciera falta hacer el paripé.

La luz del ascensor se encendió cuando alguien entró en él desde el portal.

Sabía que se trataba de Thorn y de la señorita Alexander.

Me alisé la parte delantera del vestido y me acerqué al ascensor con un repiqueteo de tacones sobre el suelo de parqué. Uní las manos delante de la cintura y escuché el rumor distante del ascensor mientras se aproximaba lentamente a la última planta.

La luz se volvió a encender antes de que se abrieran las puertas.

Thorn llevaba un traje gris y una corbata color coral. Los colores claros le sentaban bien a su complexión clara. Llevaba el pelo rubio oscuro perfectamente peinado y sus ojos azul claro parecían una tarde de primavera.

La señorita Alexander estaba a su lado y vestía una falda de tubo y una chaqueta con botones. Tenía el pelo negro azabache, la piel bronceada y un rostro lo bastante bello para estar en un cuadro. Se había puesto unos bonitos tacones, pero su altura seguía siendo considerablemente menor a la de Thorn. También era más baja que yo.

Sonreí cuando nos miramos a los ojos.

Thorn extendió el brazo, dejando que saliera primero. Luego entró en mi salón y me saludó con un abrazo.

—Te has puesto muy guapa.

Le devolví el abrazo.

—Gracias.

Me guiñó un ojo antes de apartarse.

—Titan, esta es la señorita Alexander. Me emociona que por fin estéis juntas en la misma habitación.

La señorita Alexander demostraba una elegancia perfecta. Me dedicó una preciosa sonrisa mientras extendía la mano para estrechar la mía, manteniendo la espalda recta y los hombros hacia atrás.

—Es todo un honor, señorita Titan. Llevo mucho tiempo siguiendo su trabajo. Sin mujeres fuertes como usted para allanar el camino, no tendría las oportunidades que tengo hoy en día.

Mucha gente me hacía la pelota para conseguir lo que quería. No se daban cuenta de que los cumplidos no surtían efecto en las personas con confianza en sí mismas. Pero en su caso, parecía sincero. Se me daba muy bien juzgar el carácter de las personas, y ella me parecía una persona auténtica, basándome en mis investigaciones y en su aspecto.

—Es muy amable por su parte, señorita Alexander. Le agradezco su flexibilidad para venir a mi casa esta tarde. Todavía no estoy lo bastante recuperada para volver a la oficina.

—No es ningún problema —dijo ella—. Me alegra estar aquí.

Thorn pasaba la vista de una a otra con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Por qué no nos sentamos? —Señalé los sofás de la sala de estar antes de sentarme en el más largo. Me aseguré de dejar sitio para que Thorn pudiera sentarse junto a mí.

La señorita Alexander se sentó en el sofá que había enfrente de mí.

Y Thorn se sentó a su lado.

Oculté bien mi sorpresa, pero aun así aquello me pilló desprevenida. ¿Quería decir algo? ¿O el hecho de quedarme tanto tiempo en casa me había trastornado la mente?

—Sé que Thorn ha actuado de mensajero entre ambas durante nuestras negociaciones. Ha hecho un trabajo excelente ocupándose de mis compañías en mi ausencia y no se lo puedo agradecer bastante. Pero me alegro de que vayamos a mantener esta conversación cara a cara.

—Yo también. —Se cruzó de piernas y se puso las manos en el regazo. Del mismo modo que yo guardaba la compostura, ella no parecía nerviosa por tratar conmigo, demostrando que sabía manejar la situación—. Thorn ha sido un intermediario maravilloso. Unirnos fue una decisión ejecutiva magnífica, porque ambas tenemos contribuciones que aportar a esta idea. Juntas, creo que podemos crear una compañía energética a la altura de cualquiera que se oponga a nosotras. Con su experiencia, convertirá esta tecnología en una marca, y yo tengo los conocimientos necesarios para mantener la tecnología en

constante evolución. El resto no podrá copiarnos porque para cuando descifren mi último diseño, yo ya tendré dos nuevos productos en la línea de salida. Podemos formar un gran equipo.

La señorita Alexander era una científica extraordinaria que no dudaba de sus habilidades. Me gustaba su confianza y que fuera directa al grano.

A continuación, habló Thorn.

—La señorita Alexander está buscando una asociación en igualdad de condiciones. Ambas tenéis puntos fuertes propios que podrían resultar letales si se combinan. Os permitirá a ambas trabajar en las cosas que más os interesan. Os conozco a las dos por separado y sois las empresarias más impresionantes con las que he tratado. Creo de verdad que haréis el equipo perfecto.

La señorita Alexander le dedicó una amable sonrisa, de la clase que se contagia a la mirada.

Yo también sonreí, pero no aparté la vista de ella.

—Bien, pues vamos a por la parte más difícil —dijo Thorn—. Los porcentajes.

Yo ya sabía lo que quería.

—Sesenta cuarenta. La razón es que yo voy a invertir una gran cantidad de dinero y recursos en convertir esta tecnología en un fenómeno mundial. Tengo todos los contactos adecuados, el poder para crear la marca y la experiencia necesaria. Todo ello permitirá a la señorita Alexander centrarse exclusivamente en su trabajo.

Los ojos de Thorn se volvieron de inmediato hacia la señorita Alexander, prediciendo que tendría una respuesta de inmediato.

—Ha de ser cincuenta cincuenta —declaró educadamente—. Entiendo su razonamiento, y bajo casi todas las circunstancias, tendría sentido. Pero al tratar con esta clase de tecnología, quiero formar parte de la toma de decisiones. Quiero asegurarme de que mis inventos se utilizan de un modo que apruebo. Si lo hacemos a su manera, entonces será simplemente como si absorbiera mi compañía. Realmente deseo trabajar con usted porque creo que haremos grandes cosas y también porque la respeto, así que no estoy intentando poner las cosas difíciles ni se trata de avaricia. Para mí, no es

cuestión de dinero, sino de implicación. Y de colaboración.

Quizá se estaba quedando conmigo, pero creí en su sinceridad. Había puesto sobre la mesa una oferta ridícula para quedarme con su empresa y ella ni siquiera había parpadeado. A todo el mundo le importaba el dinero, pero a lo mejor a ella no le importaba tanto como a la mayoría de la gente.

—Para mí es importante dejar mi huella en el mundo. No quiero ser olvidada a su sombra, señorita Titan. Quiero que se me vea como a su igual. Quiero que el mundo vea a dos mujeres inteligentes trabajando juntas y marcando una diferencia. Es mi legado... y eso es lo más importante para mí.

Le mantuve la mirada mientras pensaba en sus palabras. Mi inversión en energía solar ya había ido muy bien, pero tendría los días contados sin sus constantes innovaciones. Yo estaba acostumbrada a hacerlo todo por mi cuenta, pero en aquel sector eso no era posible. Necesitaba a alguien con la preparación científica adecuada... y ella era la mejor del negocio.

Podía embarcarme en un tira y afloja para conseguir lo que quería, pero sospechaba que con ello no cambiaría el resultado final. De cara al futuro, iba a confiar en su criterio casi todo el tiempo, de todas maneras. Ella entendía la tecnología muchísimo mejor que yo.

—Cincuenta cincuenta.

Ella sonrió inmediatamente.

—Cincuenta cincuenta de esta nueva compañía que crearemos uniéndonos. No se aplica a ninguna otra institución de mi propiedad, incluso si supone un conflicto de intereses. Es mi última palabra. —No preveía ningún conflicto de intereses en aquel momento, pero no sabía lo que pasaría en los próximos veinte años. Podría invertir en un producto de la competencia si lo deseaba.

Podría haber protestado por aquello, pero ya tenía una oferta fantástica encima de la mesa. Ella ya me había puesto una condición, y sería arriesgado por su parte pedir algo más sobre la marcha. Mi feroz reputación me precedía y la gente no cometía el error de confundir mi amabilidad por debilidad. Si yo me había comprometido, era un suicidio presionar para conseguir más.

Pero la señorita Alexander tomó la decisión correcta.

—Tenemos un acuerdo.

DOS

Thorn

Cuando la reunión hubo terminado, regresé a la oficina, que estaba a unos bloques de distancia. Autumn volvió a su complejo al otro lado de la ciudad, y nos despedimos como socios en lugar de como amantes.

Llevaba unas horas en el despacho y acababa de terminar una reunión con las ayudantes de Titan cuando ella me llamó directamente al móvil, pasando por alto a sus propios empleados.

Todavía no habíamos hablado de la reunión con Autumn y sabía que nuestra conversación se centraría en aquel tema.

—Hola. Creo que ha ido bien.

—Yo también lo creo. Es una mujer inteligente.

Sabía que Titan podía interpretar a la gente con una precisión pasmosa. No le costaba nada descomponer el carácter de alguien, incluso con una breve conversación. Se percataba de sutilezas como el lenguaje corporal y los niveles de seguridad que tenía la persona en sí misma. Ella siempre había sabido quién era Diesel en realidad, a pesar de las pruebas que se acumulaban en su contra. Yo había pensado que su corazón le había anulado la razón, pero me equivocaba. Debería haber confiado en su instinto.

—Muchísimo.

—No me hace mucha gracia que hayamos acordado un reparto a partes iguales, pero entiendo que lo haya pedido. Yo habría hecho lo mismo.

Cuando se trataba de negocios, yo también necesitaba tener un control

absoluto. Me gustaba tomar todas las decisiones sin tener que responder ante otra persona, algo que también se aplicaba a mi vida personal.

—Estas son circunstancias especiales. En la mayoría de los casos, la persona con la que estás haciendo negocios no puede competir con tus recursos, pero como estáis trabajando en el ámbito de la ciencia, estás en desventaja. Autumn tiene mucho poder porque es la única que tiene la inteligencia suficiente para crear el recurso.

—¿Autumn?

Tragué el nudo que se me formó en la garganta al darme cuenta de mi error. No debería haber usado su nombre al hablar de ella, no cuando aquello implicaba que teníamos una relación personal. Ni siquiera a Titan la llamaba por su nombre de pila.

—Me ha pedido que la llame así.

Titan no hizo ningún comentario, pero el silencio dejó claras sus sospechas.

—Tienes razón. Sí que tiene un montón de poder.

—Pero parece sincera. Si lo único que le importara fuese salir adelante, habría aceptado tu oferta inicial. Creo que va a ser un acuerdo fantástico para las dos. Juntas conseguiréis miles de millones.

—Estoy segura de que tienes razón, Thorn. Me muero de ganas de volver a trabajar y de ponerme manos a la obra.

—No pongas a prueba la paciencia de Diesel —bromeé—. Parecía bastante cabreado el otro día.

—Siempre está cabreado. Ignóralo.

—Si eso fuera cierto, no irías a casarte con él.

Eludió el comentario.

—Deberíais empezar vosotros dos sin mí. Hay un montón de trabajo de base que hacer, pero tú sabes cómo me gustan a mí las cosas.

—Te enviaré informes diarios por *email*.

—Vale, gracias. La señorita Alexander tiene que diseñar todos sus proyectos para que podamos determinar exactamente en qué dirección vamos a

avanzar. Dependiendo de lo que tenga en *stock*, determinaremos la mejor estrategia de promoción de nuestra marca.

—¿Tú también? —pregunté—. Creía que no ibas a involucrarte en esto.

—Creo que puedo involucrarme de forma remota.

—¿Y qué pasa con Diesel?

Suspiró.

—Por él no te preocupes, lo superará. Estar aquí sentada sin hacer nada me está estresando más que trabajar.

Me lo creía. Titan era una persona centrada en sus objetivos. Necesitaba estar haciendo algo para sentirse realizada. Una vez que llevaba a cabo una tarea, estaba lista para la siguiente. Aquel impulso constante no se detenía nunca, pero le daba a su vida una velocidad cómoda.

—¿Le has contado lo de Bridget?

Su prolongada pausa me sirvió de respuesta.

—¿Y qué le ha parecido?

—No me ha dicho mucho. Se ha ofrecido a recabar información sobre ella y a confirmar su identidad, pero le he dicho que no.

Yo respetaba la decisión de Titan y estaba de acuerdo con ella.

—Le he dicho que quiero olvidarme del tema y seguir con mi vida.

—¿Has pensado mucho en ello? —Si yo hubiera perdido a mi madre mucho tiempo atrás y sospechara que estaba intentando volver a mi vida, me obsesionaría con el tema. Querría saberlo todo de ella, verla en persona para constatar el parecido genético entre ambos.

—No. —Su respuesta era fría, pero también sincera—. No me supone ninguna diferencia que Bridget sea mi madre de verdad o no. No es parte de mi vida y no quiero que lo sea. No siento ningún enfado hacia ella, pero yo respeté su decisión de abandonarme y seguir con su vida, así que ella tiene que respetar mi decisión de no querer saber nada de ella.

Por fría que fuera la respuesta de Titan, contenía una verdad y una lógica innegables. Titan no se alteraba por muchas cosas. Era pragmática, lo cual le permitía evaluar cada situación con total objetividad.

Pero ¿sería tan objetiva si mirara a aquella mujer a los ojos?

¿A la mujer que era exactamente igual que ella?

Tal vez aquella situación nunca se presentase.

Pero, ¿y si lo hacía?

—Debería volver al trabajo.

—Claro —dijo Titan—. Gracias, Thorn. Sé que estás dedicando un montón de horas a ayudarme. Te lo compensaré cuando vuelva al trabajo.

—No quiero que me compenses nada, Titan. No lo hago por eso.

—Ya lo sé, pero voy a hacerlo de todas formas. Llámame si necesitas cualquier cosa. —Clic.

MI DÍA no acabó hasta las ocho aquella tarde. Terminé todo en la oficina, me ocupé de mis propios proyectos y luego fui al gimnasio. Había días en que la idea de saltarme el entrenamiento me parecía tentadora, pero era una obligación que no podía abandonar.

No si quería permanecer en tan buena forma.

Salí de la ducha, me senté en el sofá y le envié un mensaje a Autumn.

«Estoy pensando en ti».

Los tres puntitos aparecieron al instante.

«Qué coincidencia. Yo también estoy pensando en ti».

Quería invitarla a mi casa, pero sería una grosería. Fuera ya era de noche y no debería andar por ahí ella sola. No sabía si tenía chófer o no.

«¿Qué te parece que me pase por tu casa?».

No tenía ni idea de dónde vivía, pero probablemente fuera un ático bonito como el mío. No tenía el nivel económico que tenía yo, pero aun así era excepcionalmente adinerada.

«No me pareces la clase de hombre que hace preguntas así».

Sonreí al leer su broma. Yo estaba intentando mostrar ciertos modales,

pero tal vez a ella no le gustaran.

«Dame tu dirección. Y vete preparándote para un buen polvo».

«Eso ya es más propio de ti».

Me cambié y me metí en el asiento trasero del coche. Mi chófer me llevó a unos kilómetros de distancia, a una zona llena de estrechos adosados. Estaban en la zona exclusiva de la ciudad y, cuando me detuve frente a su casa, vi plantas en flor a pesar de la dureza del invierno. El patio estaba immaculado porque alguien debía de ocuparse de él.

Subí las escaleras hacia la puerta de entrada y llamé al timbre.

La puerta se abrió un instante después y vi a Autumn de pie con un vestido negro transparente. La parte superior le unía los pechos y el tejido era tan fino que podía ver perfectamente las curvas de su cuerpo. Podía ver el diamante de su ombligo y el encaje de su tanga.

Empujé la puerta para cerrarla tras de mí sin apartar los ojos de ella. Lo educado habría sido contemplar su casa y hacerle un cumplido.

Pero me importaba una mierda ser educado.

Le puse las manos en las caderas y pegué la boca a la suya. Su diminuta figura se desplazó de golpe hacia mí y el beso que tuvo lugar a continuación echó chispas. Succioné con fuerza con los labios porque era incapaz de saciarme de ella. Mi lengua bailaba con la suya, compensando la brusquedad de la que acababa de hacer gala.

Bajé las manos por su cuerpo hasta agarrar su trasero respingón que tenía unos músculos tonificados y terriblemente seductores. Una de las últimas cosas que me había dicho en privado era que sólo me deseaba a mí, no a Connor. La idea hizo que se me engrosara el miembro por lo menos un centímetro más.

La hice avanzar de espaldas hasta entrar en su salón. En lugar de tomarme el tiempo para encontrar su dormitorio, me conformé con el amplio sofá de aquel salón que parecía sacado de un catálogo de Pottery Barn. Al quitárselo por la cabeza, el fino vestido dejó a la vista sus pechos desnudos. Con los pezones duros y la piel arrebolada, parecía desesperada por un buen polvo. Su cabello negro azabache anhelaba estar enroscado en mi puño.

Puse fin a nuestro beso para poder ver cómo las puntas de mis dedos se deslizaban por su suave piel. Palpé sus hombros y sus brazos esbeltos, bajé por sus pechos, tan firmes como sus nalgas, y llegué hasta su vientre. Le toqué con el índice el diamante que colgaba de su ombligo y luego continué hasta el encaje de su tanga negro.

Automáticamente me lamí los labios, con todo el cuerpo ardiendo al pensar en follármela. La sorpresa que me había dado cuando había abierto la puerta había hecho que aquel encuentro clandestino fuera más sensual todavía. Nunca había visto a una mujer con un aspecto tan perfecto, tan real.

Mi miembro estaba duro como el acero.

Extendió las manos hacia mis vaqueros y me los desató mientras alzaba la mirada hacia mí. Se mordió el labio inferior y luego lo soltó, dejando que se le moviera hacia arriba. Su respiración se volvió más intensa y, cuanto más tiempo pasaba sin besarme, más intenso se volvía el momento.

Escuché cómo se bajaba la cremallera.

Oí cómo se desabrochaba el botón.

Ví cómo se le entrecerraban los ojos mientras me bajaba los vaqueros y los bóxers.

Mi sexo latía por ella y la saludó con una marcada sacudida.

Se lamió los labios.

Joder.

Me bajó todo hasta las rodillas y me quitó la camiseta de manga larga por la cabeza. Cuando estuve desnudo para su deleite, me tocó igual que yo acababa de tocarla a ella. Deslizó los dedos por mi cuerpo desnudo, acariciando levemente las zonas de músculos definidos a medida que avanzaba hacia abajo.

Descendió por mis abdominales y se acercó lentamente a mi sexo.

Al final, sus dedos tocaron suavemente mi erección y su calidez hizo que mi miembro se sacudiera de forma instintiva.

Joder, qué gusto me daba.

Movió la otra mano hacia mis testículos y acarició delicadamente la zona

más sensible de mi cuerpo con sus uñas largas. Con la otra mano me masturbaba y extendía mi propia lubricación a lo largo de mi sexo.

Mantuve los ojos fijos en ella, pero mi fuerza estaba empezando a difuminarse. En cuanto mi erección estuvo en sus manos, perdí todo mi poder. Toda mi premeditación se evaporó. Lo único en lo que podía pensar era en meter mi sexo en cada uno de sus orificios.

Hundí los dedos por debajo de su tanga y encontré su clítoris. Estaba cubierto de excitación y tan resbaladizo que mis dedos se deslizaron por sus pliegues. Parecía que estuviera embadurnada con un bote entero de lubricante... con la diferencia de que lo producía todo ella misma.

Y lo hacía por mí.

No me hacía falta prepararla para mi enorme erección. Lo único que necesitaba era darle veinte minutos de preliminares para asegurarme de que se corriera. Estaba lista para mí antes incluso de que llegara a su puerta.

Saqué la mano de su ropa interior y me quedé mirando la sustancia pegajosa que había entre las yemas de mis dedos. Al separarlos, la sustancia también se estiró. Sentí los fluidos resbaladizos en mi piel antes de lamerlos por completo.

Sus ojos eran dos brasas candentes y se le volvieron a entreabrir los labios.

Quería sentir su lubricación con mi sexo, no con los dedos. Quería enterrarme en aquella entrepierna cálida y húmeda hasta el fondo. Quería sentir sus paredes desnudas, notar cómo se constreñía a mi alrededor de un modo más íntimo.

—Los papeles están en mi bolsillo. —Había pasado por mi clínica habitual antes de ir a trabajar—. ¿Los tuyos?

—En la mesa de la cocina.

Yo estaba limpio y estaba seguro de que ella también. No quería detener el momento para leer los resultados yo mismo. Si hubiera algo que contar, ella me lo diría. Y yo estaría poniéndome un preservativo en ese mismo instante si mis resultados no hubieran sido completamente normales.

—¿Cómo quieres hacerlo? —Le daría lo que me pidiera. La posición no

me suponía ninguna diferencia porque disfrutaría de todos modos. Pero yo era su esclavo, el hombre al que quería usar una y otra vez.

Me instó a colocarme en el sofá y tomé asiento, descansando mi cuerpo contra los cojines.

Ella se montó a horcajadas sobre mis caderas y se sentó en mi regazo, de forma que mi miembro le frotaba las nalgas. Con las manos cerradas sobre mis hombros, se movió hacia arriba y hacia delante sin apartar los ojos de mí.

Apunté mi sexo hacia su entrada y la desplazé sobre mi erección.

No había palabras para describir lo que sentí.

Simplemente era la entrepierna perfecta.

Eché la cabeza hacia atrás y rechiné los dientes cuando el suspiro de satisfacción arrasó conmigo por completo. Ya lo había hecho a pelo con otras mujeres, pero nunca había sido así. Tenía el sexo más prieto y resbaladizo del mundo entero.

Mis manos se aferraron a sus caderas y la estreché más contra mí, llenándola del todo.

Ella se quedó sin respiración e hizo una mueca cuando mi sexo largo y grueso le provocó un leve dolor. Respiró para eliminarlo y se centró en el placer. Se mordió el labio inferior de aquella forma tan sensual y luego empezó a moverse de arriba abajo.

Joder, tendría que hacer que se corriera deprisa.

Porque yo no iba a durar mucho.

MIENTRAS ELLA SE refrescaba en el baño, yo me puse los bóxers y me senté de nuevo en el sofá. Debería haberme puesto el resto de la ropa, pero estaba demasiado agotado para moverme. Habíamos empezado a montarnos en el sofá y luego lo habíamos hecho sobre la alfombra en el suelo de parquet. El fuego ardía con energía cuando habíamos empezado, pero al terminar no quedaban más que brasas candentes.

Estaba cubierto en sudor.

Ella estaba llena de semen.

Había tenido acuerdos con otras mujeres antes y centrarse tanto en una sola persona era bonito a su manera. No pensaba en el trabajo, en otras mujeres ni en nada de lo que ocurría en mi vida. Simplemente follaba y disfrutaba de ello.

Con Autumn era distinto.

La conexión era más fuerte.

Con ella era como si ni siquiera existiera un mundo fuera de la puerta de casa.

Sólo estábamos nosotros dos.

Mientras esperaba a que regresase, eché un vistazo a su adosado. El salón estaba lleno de sofás grises sobre una alfombra blanca que contrastaba con los suelos de parqué oscuro. Había algunos cuadros en las paredes, imágenes de flores a lo largo del lecho de un río. La chimenea de piedra complementaba el resto de la sala, y la piedra blanca acentuaba el mobiliario de tonos claros. La televisión no estaba encendida, pero estar en su salón me aportó una profunda sensación de paz.

Era acogedor.

Volvió unos minutos más tarde con el cuerpo envuelto en una toalla de algodón. Tenía el cabello seco y el maquillaje intacto, así que únicamente se había limpiado el sudor. Echó un vistazo a mi ropa en el suelo y luego me miró a mí, que estaba sentado en su sofá.

—Creía que ya te habrías marchado.

Verla sólo con una toalla era igual de erótico que la lencería que se había puesto antes.

—No, eso lo haces tú.

Era a ella a quien le gustaba escaparse en cuanto se presentaba la oportunidad. Llevaba a un nuevo nivel el concepto de echar un polvo rápido y largarse. Yo tampoco es que me quedara mucho tiempo, pero al menos esperaba a que la mujer saliera de la ducha.

Se sentó a mi lado y cruzó las piernas. Había algunas gotas de humedad sobre su piel bronceada y me imaginé quitándoselas a besos. Quería sembrar

de besos su columna y saborear el agua mientras le corría por la espalda. Le puse un brazo sobre los hombros y la atraje hacia mi lado para que ambos pudiéramos mirar el fuego agonizante.

—Tu casa es muy cómoda.

—Gracias. —Apoyó la mejilla contra mi hombro—. Me he planteado mudarme a un ático como el tuyo, pero me gusta tener jardín. Es bonito poder ver siempre las flores.

—Y la chimenea es genial. No se ven muy a menudo.

—Son perfectas para el invierno. Dan un calorcito...

Descansé la mejilla sobre su cabeza, acurrucándome con ella en el sofá. Me gustaba tenerla a mi lado hasta cuando mi sexo no sacaba provecho de la situación. Era tan suave... y olía a verano incluso en mitad del invierno.

Ahora no quería moverme. Continué observando cómo el fuego iba menguando hasta que no fue más que cenizas calientes en la chimenea. Las brillantes ascuas naranjas y rojas seguían encendidas porque aún conservaban el calor, y de vez en cuando un suave chasquido inundaba el aire.

—La reunión de hoy ha ido bien.

—Yo también lo creo. Titan es una persona increíble.

—¿Por qué lo dices? —Aquella tarde no había mostrado ningún comportamiento fuera de lo normal.

—Hace unas semanas que la dispararon y parece que pudiera correr una maratón.

—No es más que una fachada —aseguré—. Sigue luchando con el dolor.

—Aun así, no es fácil hacer eso. La gente cree que va a ser fuerte cuando llegue una tragedia, pero cuando sucede de verdad, el miedo se apodera de ellos. Titan parece ser exactamente la misma persona que antes.

Yo nunca me sacaría la grabación del vestíbulo de la cabeza, el modo en que había mirado fijamente a su atacante sin mostrar miedo. Después había realizado una maniobra propia de un matón y le había arrebatado el arma a pesar de haber recibido ya un disparo. Había apretado el gatillo y había ganado la guerra.

—Es la persona más fuerte que conozco. Ha pasado por muchas cosas, pero no hay una sola tragedia que la pueda detener. Ella sigue adelante aunque las probabilidades parezcan remotas. Cuando la gente cuestiona su habilidad, sonrío y les demuestra que se equivocan. Esa mujer no le tiene miedo a nada y es un modelo a seguir para todos nosotros. —Yo la tenía en gran estima en muchos sentidos, como amiga y como socia. Había dado sus primeros pasos siguiendo mis consejos, pero hacía mucho tiempo que me había adelantado—. Creció sin nada, lo cual le proporcionó un instinto de supervivencia. Y ese instinto es lo que la ha llevado a donde está hoy. Nunca olvidará lo que era tener hambre y miedo y no tener casa. Por eso nunca da nada por descontado.

A pesar de la cómoda postura en la que nos encontrábamos, Autumn se deshizo de mi abrazo. Se movió rápidamente hacia el otro lado del sofá y rompió nuestro contacto por completo. Seguía luciendo aquella mirada de satisfacción en los ojos, así que no parecía que estuviera enfadada por nada, pero notaba algo un poco raro.

—Estoy entusiasmada por trabajar con ella.

—Deberías. Titan te llevará muy lejos.

Posó la mirada en el fuego con el cabello negro ocultando la mitad de su rostro.

—¿Quieres que eche más leña?

—Deja que se apague —susurró—. De todas formas, me voy a ir pronto a la cama.

La agarré del tobillo y tiré de su pierna hacia mi muslo. Le estiré también la otra y le coloqué los pies sobre mis piernas. Después le di un masaje en los pies, trabajando con delicadeza los músculos que metía a presión cada día en los zapatos de tacón.

—No hace falta que hagas eso... —Rechazó mi intento, pero su voz transmitía una ternura perceptible, como si ya estuviera dejándose llevar por el sueño.

—Quiero hacerlo.

Me encantaban sus piecitos. Tenía un puente muy sensual, unas uñas bonitas y la piel más suave que había tocado en mi vida. Me encantaba sentir las puntas de sus pies directamente sobre el pecho cuando me introducía en su

sensacional entrepierna. Me encantaba ver cómo aquellos pies tan pequeños se hacían con unos tacones como si fueran bailarinas. Me encantaba todo de ella, desde sus labios carnosos hasta las uñas pintadas de sus pies.

Apoyó la cabeza en el reposabrazos mientras seguía sujetando la toalla sobre su cuerpo con los brazos. Tenía razón al decir que se estaba haciendo tarde. Eran casi las diez de la noche y yo tenía que levantarme cuando despuntara el alba para prepararme para ir a trabajar al día siguiente. Y probablemente ella también.

Pero eso no bastaba para lograr que me marchase.

—Titan me ha dicho que deberíamos ir empezando nosotros. Hay algunas cosas que tenemos que repasar.

Cada vez le pesaban más los ojos mientras continuaba masajéandola.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Mañana tengo tiempo, sólo tienes que decirme la hora.

—¿Qué tal te va a la una? —Observé cómo mis pulgares hacían presión en el arco de su pie.

—Bien.

Era la primera vez que le masajeara los pies a alguien. A veces mis dedos tocaban con suavidad la espalda de una mujer cuando se tumbaba junto a mí en la cama, pero nunca duraba mucho. Ahora estaba haciendo algo impropio de mí para darle placer a aquella mujer... sin obtener nada a cambio.

—Hay algo que quiero preguntarte.

—Si sigues frotándome los pies así, puedes preguntarme lo que tú quieras.

Sonreí y subí las manos por sus gemelos tonificados.

—¿Querías acostarte conmigo por lo grande que la tengo?

Tenía los ojos cerrados cuando formulé la pregunta, pero una sonrisa enorme se extendió por su rostro.

—Ay, Dios... —Contuvo las ganas de echarse a reír, pero se le escaparon algunas risitas—. ¿De verdad me acabas de hacer esa pregunta?

—Lo digo en serio. Eras completamente fría conmigo hasta que me la viste dura en los pantalones.

Se pasó las manos por el pelo, pero su sonrisa no desapareció.

—¿Desde cuándo te da vergüenza decir la verdad?

—Desde nunca —dijo—. Simplemente tu pregunta es bastante grosera.

—Soy un hombre grosero. Ahora, respóndeme.

—Venga ya, Thorn. Me pareció que estabas bueno en cuanto entraste por la puerta. Siempre me ha parecido que eres atractivo.

No había sonreído tanto en toda mi vida. Notaba que realmente me tiraban las mejillas porque pasaba la mayor parte del tiempo con la misma expresión inmutable.

—¿Que siempre te ha parecido que soy atractivo? ¿Eso qué quiere decir?

Abrió los ojos y se incorporó para sentarse a más altura. Su vergüenza iba menguando poco a poco, pero aún tenía las mejillas ligeramente sonrojadas.

—Eres un hombre famoso. Llevo años viéndote en las noticias.

Parte de aquello era bueno, pero en general era malo. Aunque al menos seguía creyendo que era atractivo.

—Es bueno saberlo. Entonces, ¿mi polla fue el punto de inflexión para ti?

—Admito que me impresionó cuando la vi. No puedo decir que haya estado con ningún hombre que se pueda comparar.

Pues claro que no.

—Y da tanto placer como una imagina al verla...

Detuve las manos y las cerré sobre sus pies esbeltos. Me estaba agasajando con la clase de cumplidos que eran peligrosos para mi ego. Lo que me decía no era información nueva para mí, porque ya sabía lo que les ofrecía a las mujeres. Pero al venir de un pibón como ella, me hacía sentir como un rey.

—Me alegro de que te guste.

—Así que, para responder a tu pregunta: sí, supongo que sólo quería ese paquete.

Sonreí.

—Y yo estoy más que contento de dártelo.

—¿Tú cuándo supiste que me deseabas? —preguntó.

Puse los ojos en blanco.

—No seas tonta.

—¿Cómo?

—Ya sabes cuándo te deseé. —Mi enorme erección era tan evidente como un cartel publicitario.

—Pero ¿fue por algo que dije?

—No, fue por todo. Desde la forma en que vistes hasta tus curvas increíbles, tu figura perfecta... y tu éxito. Eres un genio en un campo en el que el porcentaje de mujeres es inferior al diez por ciento. Has ido ascendiendo por méritos propios y ahora mantienes a tus padres. Tienes los pies en la tierra por tus orígenes humildes, y nunca dejas que tus logros te hinchen el ego. No eres arrogante, sino amable y directa. Eres una mujer dura que sabe valerse por sí misma.

Escuchó cada una de las palabras que dije, pero en lugar de sonreír, su expresión permaneció impasible.

—En ti todo es increíblemente sensual: tu belleza y tu cerebro. —Acababa de hacerle un cumplido que cualquier mujer apreciaría, pero en ella no pareció surtir ningún efecto, como si no quisiera escucharlo.

—Supongo que te gusta un tipo de mujer en concreto.

Seguí frotándole los pies con los dedos, pero ya no estaba concentrado en mis actos.

—¿Un tipo en concreto?

—Sí, el tipo de mujer fuerte y exitosa.

Nunca me había acostado con una mujer como ella. Ninguna de las demás se ajustaba a unos criterios específicos. Simplemente me parecían atractivas y sentía ganas de acostarme con ellas. A los hombres no nos hacían falta demasiados requisitos para tirarnos a alguien.

—La verdad es que no tengo ninguno... —Hundí los dedos en sus músculos prietos y sentí los minúsculos nudos bajo la piel. Si apretaba de la forma adecuada, podía destensar la fascia que había bajo la piel.

—Titan.

Me giré de nuevo hacia ella; había oído el nombre, pero no había entendido lo que quería decir.

—¿Cómo?

—Titan —repitió—. Encaja en esa categoría a la perfección... e ibas a casarte con ella.

Por un segundo no tuve ni idea de qué estaba hablando. Pero luego recordé la mentira, el teatro que había interpretado durante un año de mi vida. Todo el mundo creía que había salido con Titan durante el último año y que le había pedido matrimonio. Por alguna razón, me parecía que aquella mentira no existía cuando estaba con Autumn.

Quería contarle que todo aquello era una mentira, pero ahora que ella iba a trabajar con Titan, no podía corregir su suposición. De todas formas, no importaba, así que lo dejé pasar. Tanto si pensaba que había salido con Titan de verdad como si no, aquello no cambiaba nuestro acuerdo.

—Sí, supongo.

El tiempo había pasado rápido desde que había empezado a darle el masaje en los pies y ya eran casi las once. Debería prepararme para marcharme, pero todavía seguía sin querer irme. Si me invitaba a atravesar el pasillo en dirección a su dormitorio para quedarme a dormir, aceptaría su oferta de inmediato. Pero sabía que nunca me invitaría.

—Por mucho que me encanten tus pies, debería marcharme ya.

—Yo también debería irme a la cama. —Se levantó del sofá, todavía con la toalla enroscada alrededor del pecho y con el cabello oscuro cayéndole por la espalda. Se encaminó hacia la puerta de entrada y sus pequeños pies resonaron contra el suelo de parqué mientras avanzaba.

Yo me vestí y la seguí, moviéndome despacio a propósito porque no quería marcharme. Si estuviera en mi casa en ese momento, ya me habría ido a la cama, pero estar con ella me daba un nuevo impulso de energía. Era como un

chute de caféina.

Me detuve delante de la puerta y contuve las ganas de darle un tirón a la toalla para quitársela. Quería alzarla en brazos, llevarla a su dormitorio, follármela en el colchón y luego dormir con mi sexo todavía dentro del suyo.

—¿Puedo hacerte una pregunta antes de irme? —Apoyé las manos en sus caderas y di un paso hacia ella mientras contemplaba cómo sus ojos reaccionaban suavizándose.

—Claro.

—Connor Suede.

Se quedó observándome los labios antes de lanzarme una mirada a los ojos.

—Interesante pregunta.

—¿Nunca lo has deseado? Parece que te atrae.

—Acababa de ofrecerme algo increíble. Claro que estaba contenta a su lado.

—¿Qué fue lo que te ofreció?

—Lo mismo que le ofreció a Titan: ser el foco de atención. Pero ser el foco de atención centrándose en la belleza y el éxito de una mujer poderosa. Es la clase de imagen que quiero. Es el tipo de publicidad que me muerdo por tener. Va a diseñar la ropa perfecta para que yo transmita esa imagen. Es algo bastante grande y me halaga muchísimo.

Su explicación tenía sentido.

—Eso me hace sentir mejor.

Me dedicó una sonrisa.

—Para no querer una relación, te pones muy celoso.

—No estoy celoso.

—No quieres que me sienta atraída por otros hombres. ¿No te parece que eso es un poco ridículo? —Se subió más la toalla para cubrirse el cuerpo y su sonrisa se vio acompañada por una mirada de diversión.

—Ya te dije que simplemente soy posesivo.

—Es lo mismo, Thorn.

—No estoy de acuerdo.

—Bueno, yo sé que me pongo celosa, pero al menos tengo el valor para admitirlo.

Mi instinto fue sonreír por su confesión porque la idea de que sintiera celos me hinchaba el ego más todavía.

—¿Celosa de qué? —Ni siquiera había mirado a otra mujer desde que había conocido a Autumn. Había sido la única mujer en mi mente... y en mi cama.

Abrió la puerta de su casa para permitirme salir.

—Buenas noches, Thorn. —Se escondió detrás de la puerta para que el frío no azotara su piel desnuda.

Antes de cruzar el umbral, le rodeé la cintura con un brazo y me incliné para besarla.

Ella me devolvió el beso con tanta avidez como siempre.

Puse fin al contacto, pero mantuve la cara cerca de la suya. Sus pestañas eran del mismo tono que su cabello oscuro, y aquella oscuridad hacía que sus ojos destacaran más aún. Mis dedos estrujaron la toalla en la parte baja de su espalda y le di un beso en la comisura de la boca.

—Sí... Me pongo celoso... Tremenda y jodidamente celoso.

TRES

Vincent

Eran las siete de la mañana y estaba en la salida del MET de traje y corbata. Había salido el sol y era un día despejado.

Pero hacía un frío del carajo.

La gente pasaba por la acera, de camino al trabajo con una taza de café en la mano. En la acera había charcos formados al derretirse la nieve. Me levanté la manga y miré la hora.

Esperaba que todavía viniese.

Un taxi paró en el arcén y de él salió Scarlet con un vestido negro de punto con manga larga y unos zapatos de tacón rojos. Llevaba un pañuelo verde oliva colgado del cuello y el pelo castaño peinado en grandes rizos. Tenía los ojos tapados por unas grandes gafas de sol, pero su sonrisa era imposible de deslucir.

Se acercó a mí con aspecto de ser una modelo más en la ciudad. Se quitó las gafas antes de llegar a mi lado y las guardó en el bolso.

—Buenos días, Vincent.

—Buenos días, Scarlet.

Se detuvo frente a mí con la mano en la correa del bolso. No hizo ademán de estrecharme la mano ni intentó darme un abrazo.

Yo tampoco la toqué a ella. Una parte de mí lo deseaba, pero otra parte quería interponer un millón de kilómetros entre los dos. Contemplé la piel perfecta de su rostro, el color rojo de sus labios y la luminosidad de sus ojos

verdes. Detuve la mirada en la peca que tenía en la mejilla antes de apartarla por fin.

—Por aquí.

—¿Qué hacemos aquí, Vincent?

El vigilante abrió la puerta delantera y nos hizo pasar al interior.

Permití pasar primero a Scarlet antes de reunirme con ella. Mi conductor apareció con dos vasos de cartón con café y me los dio.

—¿Café? —Le tendí un vaso.

—Claro... Gracias. —Lo cogió y dio un sorbo—. ¿Cómo sabías que me gusta con leche de soja?

—Llamé a tu asistente. —Me adentré en el magnífico vestíbulo y contemplé la sala gigantesca llena de antiguas esculturas y obras de arte. Aquel museo histórico contenía de todo, desde el Imperio bizantino hasta Mesopotamia.

Ella caminaba a mi lado, observándome con una expresión de perplejidad.

—Eso ha sido todo un detalle por tu parte, Vincent.

—Ha sido un placer. —Me acerqué al primer cuadro, un fresco enorme que representaba una de las primeras batallas de la civilización humana.

En vez de mirar la pintura, ella paseó la vista por la habitación.

—¿Ya está abierto?

—No. Somos los únicos que estamos aquí. —No aparté los ojos de la imagen, admirando la exquisita obra de arte que tenía delante. Tenía miles de años de antigüedad. Las generaciones se habían sucedido y ahora todo lo que ellos habían conocido había desaparecido tragado por la tierra. Ahora yo podía disfrutar de ello con un café caliente en la mano y llevando un traje que valía tanto como la entrada para un coche. Aquellas personas se habían enfrentado a una clase de dificultades que yo nunca entendería.

—¿Tenemos el lugar entero para nosotros? —preguntó asombrada.

—No me gustan mucho las aglomeraciones.

—Caray... —Finalmente, volvió la vista hacia la obra maestra que había

en la pared—. Gracias por concederme el honor.

Me aparté y miré la siguiente obra.

—¿Te gusta el arte?

—Lo aprecio, pero no soy un experto ni mucho menos.

—A mí me gustan los cuadros y las esculturas, pero no sé mucho de historia. Sólo un poquito aquí y allá...

Pasamos a la siguiente pieza el uno al lado del otro, sin tocarnos en ningún momento. Dábamos sorbos a nuestro café mientras disfrutábamos del silencio del enorme museo. Podían poner música de fondo, pero el silencio era mucho más poderoso.

—El arte puede enseñar mucho sobre historia hasta sin que uno sepa lo que está pasando. Al principio, los artistas pintaban lo que veían, así que lo que ves es una interpretación realista de la vida en aquel tiempo. Los colores no son vibrantes ni románticos. Son sencillos, apagados y sosos. Si vas a una galería de arte moderno para decorar tu casa, no verás colores como estos. Verás intensos estallidos de color. Según avanza la historia, los colores se hacen cada vez más dramáticos y brillantes.

Scarlet apartó los ojos de la pintura y me miró.

—Eso no lo sabía.

Fuimos recorriendo el museo, tomándonos nuestro tiempo en cada sección. Los dos teníamos que irnos a trabajar en una hora, pero me había parecido que experimentar la tranquilidad del museo antes de que abriese sería una bonita manera de empezar el día.

Disfrutamos de nuestro café mientras pasábamos de una pieza a otra, charlando sobre lo que veíamos. Era fácil hablar de cosas que no tenían nada que ver con ninguno de los dos. Hablábamos sobre la obra de un artista y diseccionábamos su significado. Scarlet tenía unas opiniones encantadoras y hacía comentarios originales. Me sentía como si hubiera conseguido conocerla de otra manera.

Después de un rato, el ambiente pareció relajarse.

En aquella situación no hacía falta que habláramos de nosotros. No tenía por qué hablar de mi difunta esposa ni preguntarme qué habría pasado con ella

y su exmarido. Aquella era una manera más sencilla de pasar tiempo juntos, haciendo algo más ligero.

Cuando la hora llegó a su fin, salimos del museo y volvimos a la acera. Ya se estaba formando una cola en la entrada con todos los turistas esperando para ver algo de lo que nosotros acabábamos de disfrutar en exclusiva.

—Gracias por esto, Vincent. Ha sido una experiencia que nunca dejaré de apreciar.

—De nada, Scarlet.

Justo en ese momento, mi chófer detuvo el coche a nuestro lado. Era negro con las ventanas tintadas.

—Te llevo al trabajo.

—Te lo agradezco, pero no hace falta que te molestes —dijo ella—. No me cuesta nada coger un taxi.

Abrí la puerta del asiento de atrás.

—No me importa. Pasa, por favor.

Sonrió antes de entrar.

Me senté en el asiento a su lado y mi conductor nos llevó a su edificio. Nos pillaba de camino, así que no suponía ningún inconveniente. Pero aunque lo hubiera supuesto, me habría dado igual. El teléfono me vibraba en el bolsillo con un número infinito de correos, pero los ignoré. Scarlet y yo no estábamos hablando de nada, pero aun así, no quería quedarme mirando el teléfono.

—Ha sido una maravilla, Vincent. Gracias por haberme llevado.

—No hay de qué. ¿Qué tal va el artículo?

—Ya casi he terminado... y es fantástico. Creo que te gustará.

—Genial.

—¿Te podrías pasar mañana para sacar algunas fotos? —preguntó.

—Por supuesto. ¿A qué hora?

—¿A la una?

—Allí estaré.

—Estupendo.

El coche paró junto a su edificio y mi chófer la ayudó a salir por su lado del coche.

Salí y me quedé en la acera, aunque no sabía cómo despedirme. Un apretón de manos quedaría raro a aquellas alturas.

Puso la mano en el bolso y asintió ligeramente en mi dirección.

—Nos vemos mañana, Vincent. Gracias otra vez.

—Nos vemos mañana. —Mantuve las manos en los bolsillos, por lo que mi lenguaje corporal era fácil de descifrar. Quería pasar tiempo con ella, pero no quería tocarla ni que ella me tocara a mí.

Se despidió con la mano antes de alejarse.

Esperé hasta que hubo entrado en el edificio antes de volver al asiento trasero. Miré por la ventanilla mientras mi coche se incorporaba a la circulación, sin saber muy bien lo que estaba haciendo.

No tenía ni la más mínima idea.

NO SABÍA CUÁNTO ÍBAMOS A TARDAR, pero despejé mi agenda para el resto de la tarde para no tener que ir con prisas a otra reunión. Entré en el edificio con el traje que me había puesto para trabajar, negro con una corbata rosa. Di mi nombre en recepción y me acompañaron de inmediato a otra planta.

Salí del ascensor y me dejé conducir hasta el estudio de fotografía. Los fondos y la iluminación ya estaban preparados y el fotógrafo estaba realizando los últimos ajustes. Scarlet estaba de pie junto a un soporte de confección y repasaba la selección de trajes diferentes. Cuando estaba concentrada en su trabajo, sus expresiones eran más duras de lo habitual. Pero cuando fruncía los labios de aquella manera, tenía un aspecto adorable.

¿Acababa de decir adorable?

Tenía el pelo liso y recogido por encima de un hombro. Llevaba un vestido

rosa fuerte y un pañuelo gris, zapatos de tacón grises y pulseras de oro en las muñecas.

Entré sin que nadie advirtiese mi presencia y aproveché aquel momento para observarla.

Iba pasando cada conjunto mientras contaba en silencio moviendo los labios. Cuando terminó lo que estaba haciendo, se apartó del soporte y levantó la vista. Casi tuvo que mirar dos veces cuando se dio cuenta de que yo llevaba un rato allí de pie.

—Hola, Vincent. Gracias por venir. —Se acercó a mí, pero mantuvo un metro y medio de distancia entre ambos. Juntó las manos a la altura de la cintura y adoptó una pose profesional ante su equipo. No daba la impresión de que el día anterior hubiéramos tomado café y paseado por un pasillo lleno de cuadros antiguos.

Yo la miré a los ojos, advirtiendo su brillo en contraste con los bonitos colores de su atuendo. Aquel día se había maquillado diferente, con los ojos más oscuros. Como editora en jefe de la revista, obviamente consideraba su obligación ponerse tan guapa como las modelos.

A mí me parecía más guapa que ellas.

La edad nunca me parecía tan atractiva como cuando la miraba a ella. La gravedad le había pasado factura y su piel no era tan tersa como la de Alessia, pero era como un buen vino: mejoraba con la edad. Indudablemente, había poseído una belleza excepcional en su juventud. Con el paso del tiempo, su belleza naturalmente había disminuido. Pero como sociedad, no deberíamos pensar de esa manera. Nuestra apariencia cambiaba, pero no en un mal sentido.

Me di cuenta de que llevaba un minuto sin decir nada y de que había ignorado su amable saludo porque había preferido mirarla fijamente en vez de eso. Si hubiéramos estado a solas, probablemente habría dado igual. Ella sabía que yo no era muy hablador.

Pero no estábamos a solas.

—Estoy encantado de haber venido. ¿Empezamos?

—Sí. —Volvió al perchero y seleccionó el primer conjunto—. Sé que eres un hombre ocupado.

Tenía el resto del día libre, pero eso no se lo dije.

Me tendió el primer traje, de un profundo color azul marino y en un suave tejido que no parecía seda. Era rígido y estaba bien hecho, pero tenía un tacto especial entre las puntas de mis dedos.

—Ponte este y empezamos.

Hicimos toda la sesión de fotos allí mismo, con diversos fondos y cambios de iluminación. La idea original de Scarlet había sido sacar aquellas fotos en un lugar exótico, pero era obvio que se había decidido por un enfoque diferente.

Se había centrado en el traje, más que en el fondo.

Se puso de pie detrás del fotógrafo y le dejó llevar las riendas mientras ella observaba con los brazos cruzados ante el pecho, sonriendo ocasionalmente cuando yo cambiaba de postura. Tuvo los ojos clavados en mí durante todo el tiempo. Podría haberse marchado a atender otras tareas que probablemente la esperasen en su escritorio, pero decidió quedarse.

Dos horas después, terminamos por fin. Me volví a poner mi traje y advertí la diferencia apreciable de peso del tejido.

A lo mejor me tendría que comprar algunos de esos trajes para mí.

El fotógrafo se puso a despejar el espacio y yo me reuní con Scarlet en la puerta. Estaba guardando cada traje en una bolsa de plástico especial, protegiendo el tejido del polvo que se filtraba por el sistema de ventilación central.

Eché un vistazo al reloj antes de aproximarme a ella.

—Espero que las fotos hayan salido bien.

—Y tanto que han salido bien —dijo con confianza—. Las he visto en la pantalla mientras Tony estaba trabajando. Son preciosas. Ya me imagino el artículo a doble página en la revista. Y me parece que a lo mejor te pongo en la portada.

—No sé yo si valgo para la portada.

—Te aseguro que vales, Vincent. —Sonrió y cerró la cremallera de la última bolsa—. El diseñador quiere que te quedes con ellos en señal de

agradecimiento. Haré que te los envíen a la oficina.

—Qué generoso. Muchas gracias.

—No es tan generoso —aseguró con una risita—. Si el mundo te ve llevándolos, es una publicidad fantástica... una publicidad fantástica y *gratuita*.

Nadie me halagaba tanto como ella. Pero sus cumplidos parecían sinceros, no huecos porque quisiera algo de mí. Mis ojos se centraron en sus movimientos, observándola sin contenerme. Sus movimientos eran fascinantes. El modo en que se le agitaban las pestañas cuando desviaba la mirada era hipnótico.

Levantó la mirada de nuevo hacia mí con una suave sonrisa en los labios.

—Te acompaño a la salida.

—No hace falta. Seguro que estás ocupada.

—Entonces permite que te acompañe al ascensor. —Inició la marcha, atravesando el umbral de la puerta y adentrándose en el pasillo.

Era la oportunidad perfecta para mirarla, pero no lo hice.

Vino conmigo hasta el ascensor y luego pulsó el botón que había en la pared.

—Te lo enviaré todo en cuanto lo tenga. Quiero que lo veas por ti mismo.

—Gracias. —Me ajusté un gemelo antes de deslizar ambas manos en los bolsillos.

Ella me sostenía la mirada, manteniendo una actitud profesional a pesar de que sólo estábamos nosotros dos allí. Mantuvo las manos delante de ella con los dedos entrelazados. Tenía los hombros erguidos y el cuello recto. A pesar de su calmada apariencia, me daba cuenta de que le ponía nerviosa estar en mi presencia.

—Que pases una buena tarde, Vincent. —Me sonrió antes de alejarse, repiqueteando con los tacones en las baldosas.

Sin pensar antes en ello, sentí que mi mano se sacudía, anhelando agarrarla mientras se alejaba. Debía controlarme y mantener las manos quietas. Tocarla era inapropiado, especialmente dentro del edificio de *Platform*. En vez de

eso, llamé su atención con la voz.

—Cena esta noche conmigo. —No había planeado pedirle que hiciera nada conmigo, pero ver cómo se alejaba me había llenado de temor. No me gustaba cuando nos separábamos. Ella me aportaba una sensación de comodidad que ninguna otra persona podía igualar.

Se volvió hacia mí con tanta emoción en los ojos como la que había en Times Square el día de Nochevieja. Tenía una sonrisa natural que lucía con facilidad, pero se intensificaba todavía más cuando yo pronunciaba las palabras correctas. Sin que me dijera cómo se sentía, supe que tenía tantas ganas de verme como yo de verla a ella.

—Sólo necesito que me digas la hora y el lugar.

CUATRO

Diesel

—¿Qué tal? —Brett entró en mi despacho con un paquete debajo del brazo.

Yo lancé una mirada por encima del portátil.

—Aquí trabajando.

—Y una mierda. Los dos sabemos que tú no trabajas. —Sonrió antes de dejarse caer en la silla que había frente a mi escritorio—. ¿Cómo está tu chica?

Mi chica. Me gustaba aquello.

—Está bien. Cada día más fuerte.

—Esperaba que te matase, sinceramente.

—¿Por qué?

—Tiene que estar volviéndose loca sin moverse de casa en ningún momento. Y si tú eres toda la compañía que tiene... —Sacudió la cabeza—. Tiene que ser una tortura.

Cogí el bolígrafo del escritorio y me planteé lanzárselo directamente a un ojo.

—¿Hoy tienes ganas de que te mate, Brett?

—Sólo me gusta picarte.

—¿Eso es un sí? —bromeé.

Dejó la caja encima de la mesa. Estaba envuelta en papel negro y llevaba un lazo del mismo color.

La miré sin tocarla. No era mi cumpleaños y tampoco era Navidad, así que no sabía para qué era. Levanté una ceja y formulé la pregunta en silencio.

—Es para Titan. Creo que le gustará.

—¿Qué es? —Cogí la caja entre las manos antes de dejarla a un lado.

—Guantes de conducir de lujo. Fabricados con piel de primera por mi diseñador italiano favorito. Le vendrán de maravilla cuando vuelva a conducir de nuevo. Además, he pedido que graben su apellido en el material.

Era un regalo considerado, así que me sentía un capullo por que me molestase.

—¿Qué? —Brett se percató de mi humor.

—Sabes lo que opino de la conducción imprudente...

—Titan no conduce de forma imprudente. Siempre lleva el control de su destino. Acaba de salir de una situación difícil y ha vivido para contarlo. No tienes que preocuparte por ella en ese aspecto.

—Y puede que haga que se sienta más inquieta.

—En algún momento tendrá que mejorar. Ahora tiene algo que esperar con ganas.

—Y lo de su apellido... no sé si me convence.

—¿Qué quieres decir?

—No hemos decidido si va a ponerse el mío o no.

Brett soltó una risita como si fuera una broma.

—No creo que vayas a darle elección con respecto a ese tema.

—No quiero darle elección... pero ya sabes cómo es.

—¿Quieres decir que no es una pusilánime? —preguntó—. Creía que por eso te gustaba.

—Por eso *la quiero* —le corregí—. Y así es... Simplemente no quiero que eso se aplique en mi caso.

Se rio.

—Claro que no...

Me gustaría que se pusiera mi apellido, pero entendía por qué la idea le preocupaba. El trabajo de toda su vida estaba vinculado a su apellido. Hasta Thorn la llamaba Titan a diario. No sólo sus negocios estaban asociados a aquel nombre, sino que este era también una parte esencial de su identidad.

¿Realmente podría pedirle que cambiara todo aquello por mí?

Cuando tuviéramos hijos, no llevarían su apellido. En eso no estaba dispuesto a ceder. Ella no querría tener un apellido distinto al de sus hijos, así que aquello no le haría ninguna gracia.

Sería una conversación difícil, pero era necesaria.

—¿Qué tal van las cosas con Vincent?

Se encogió de hombros e hizo una pausa prolongada antes de responder.

—Mejor. Con un cambio tan dramático como este, pasará un tiempo hasta que todo empiece a parecer normal. Pero me pide que coma con él una vez a la semana y hablamos sobre coches y deportes... nada demasiado importante.

—Qué bien. —Cuando Brett había entrado en aquel restaurante para reunirse con nosotros a cenar y celebrar el compromiso, supe que todo iría bien. A Brett le costaba mucho menos perdonar de lo que dejaba ver—. Me alegra oír eso.

—No creo que nunca lo llegue a considerar un padre, pero...

—Aun así, podéis ser familia.

—Sí, supongo. —Volvió a encogerse de hombros—. Creo que es lo que querría mamá, ¿sabes?

Asentí.

—Sin duda.

—Y parece sincero con lo de empezar de nuevo. No es la clase de hombre que se disculpa por el mero hecho de hacerlo...

—No. —Mi padre rara vez se disculpaba, así que si lo hacía, lo hacía de verdad.

Brett se ajustó la chaqueta de piel antes de ponerse de pie.

—Ya me contarás si a Titan le gusta el regalo.

—¿Por qué no se lo das tú mismo?

—No quiero molestarla. —Caminó hasta mi mesa y me chocó el puño con el suyo—. Cuando se recupere, tenemos que celebrar esa cena de compromiso.

—Lo haremos. Sé que a ella le hará ilusión.

Me hizo un gesto levantando el pulgar y se fue de mi despacho.

Pasaron menos de dos minutos antes de que Thorn me llamara al móvil.

Respondí de inmediato porque sabía que tal vez tuviera algo importante que contarme. Dirigía un imperio que en parte me pertenecería dentro de poco, y compartía una estrecha relación con la mujer a la que yo amaba. Siempre compartiría el corazón de Titan con él, pero no me importaba.

—¿Qué pasa?

—¿Te ha contado lo de Bridget? —preguntó sin andarse con rodeos.

—Sí. —Habían pasado unos días desde la última vez que habíamos hablado del tema. Estaba claro que a Titan le incomodaba hablar de ello y se había cerrado en banda en cuanto terminó de contármelo. Quería enterrar aquello y seguir con su vida.

—Esa mujer es idéntica a ella, tío. —Suspiró al teléfono—. Es ella.

—¿Tú crees?

—Era como mirar a Titan en el futuro...

Me quedé contemplando la pantalla del ordenador sin leer el correo que había estado escribiendo. El brillo de la pantalla me irritaba los ojos, así que cerré la tapa del portátil.

—No quiere saberlo.

—Sí, de eso ya me he dado cuenta.

—También me ha dicho que no parece peligrosa.

—No creo que lo sea. Parecía una madre preocupada por su hija. No se trata de otra pesadilla como la de Bruce Carol... —Su tono decayó de forma

natural en cuanto mencionó a aquel hombre.

Más valía que no fuera así. Nunca le había puesto una mano encima a una mujer, pero acabaría con ella si suponía una amenaza para mi futura esposa.

—Dice que no quiere saber si es su madre porque eso no cambiaría nada. De todas formas, no la quiere en su vida. Pero yo quiero saberlo... por mí mismo.

—Yo también siento curiosidad.

Eché un vistazo al cajón superior de mi mesa, donde guardaba la información en una carpeta de papel de manila. Le había pedido a mi detective privado que rastreara toda la información para poder obtener una respuesta. Titan no quería enfrentarse a la situación, pero yo necesitaba saberlo.

—¿Quieres saberlo?

Thorn guardó silencio desde el otro lado de la línea, asimilando las potentes palabras que acababa de pronunciar.

—¿Te has enterado?

—Le he pedido a mi detective que investigue.

—¿Ha descubierto algo?

—¿Eso quiere decir que lo quieres saber? —En cuanto le respondiera, los dos conoceríamos un secreto del que Titan no estaba enterada. Era asunto suyo, pero ambos estábamos metiendo las narices.

Thorn suspiró a través del teléfono.

—Sí, quiero saberlo.

No necesitaba abrir la carpeta otra vez para ver la respuesta.

—Sí que es.

Otro suspiro me llegó a los oídos mientras Thorn procesaba mi respuesta.

—Lo sabía...

—Sí...

Mi detective me había llevado la información aquella mañana. Yo no había dudado en abrir el paquete y echar un vistazo al contenido. Puede que

estuviera mal por mi parte husmear en la vida de Titan, pero no podía olvidarme de aquello sin más como hacía ella. Sabía que estaba convencida de su decisión, pero yo no podía permanecer en la ignorancia para siempre. Si Bridget volvía a aparecer, quería saberlo todo sobre ella.

—Joder... ¿Se lo vas a contar?

—Todavía no lo sé.

—Puede que se cabree si se entera de que se lo has ocultado.

—Yo no estoy ocultándole nada. Ella no quiere saberlo, pero yo no puedo quedarme a oscuras como ella. Si esta mujer ha intentado contactar con ella una vez, puede que vuelva a hacerlo. Necesito saberlo todo para poder estar preparado.

—Tiene sentido.

No podía prever cómo se sentiría Titan cuando se enterase de la verdad. Su madre la había abandonado hacía veinticinco años y ahora se había presentado en su despacho como si tuviera derecho a preguntar por su estado de salud.

Había renunciado a ese derecho hacía casi tres décadas.

—Es una locura —dijo Thorn después de un minuto de silencio—. Nunca creí que esa mujer fuera a volver a la vida de Titan. A lo mejor quiere dinero. Su hija es multimillonaria.

—Es posible. Su marido gana un buen sueldo y ella es ama de casa, pero no se acercan ni de lejos al nivel de Titan.

—Entonces mantendré los ojos bien abiertos.

—Vale.

Jessica le habló a Thorn a través del intercomunicador y pude oír su voz por el teléfono.

—La señorita Alexander está aquí.

—Gracias —le dijo Thorn antes de volver a hablar conmigo—. Tengo que dejarte, Diesel. Gracias por mantenerme al tanto.

—De nada. Una pregunta rápida antes de que cuelgues.

—¿Sí?

—¿Qué opinas de la señorita Alexander?

—¿A qué te refieres? —preguntó, poniéndose serio.

—Me refiero exactamente a lo que he dicho. ¿Crees que es la socia adecuada para Titan?

—No me cabe ninguna duda, tío. Creo que la señorita Alexander y Titan van a ser como uña y carne. Se parecen tanto que descoloca.

—¿Y es de fiar?

—¿Acaso eso se puede saber a ciencia cierta? —replicó—. Pero yo apostaría a que sí.

—Vale, gracias. Te dejo entonces.

—Luego hablamos. —Colgó.

Dejé el teléfono y volví al trabajo.

CUANDO ENTRÉ EN SU ÁTICO, olía a la cena. Un aroma delicioso llenaba el aire, perfumándolo con el olor de estofado y de zanahorias frescas. Titan normalmente tenía la cena preparada cuando yo volvía, pero desde que la habían herido, me había encargado yo de nuestros planes para cenar.

—Algo huele bien.

Salió de la cocina en vaqueros y con una blusa de botones negra. Estaba peinada y maquillada, y en su rostro se dibujaba una sonrisa.

—Tu plato favorito.

—¿Te refieres a la cena o a ti?

Se acercó a mi pecho y me rodeó el cuello con los brazos. Me saludó con un beso que nunca compartía con nadie más. No era el tipo de afecto que solía mostrar cuando sólo estábamos follando. Estaba lleno de anhelo, de amor y de sólo una pizca de lujuria. Hundió ligeramente los dedos en mi pelo y me metió un poco la lengua.

Era un saludo maravilloso después de un largo día en la oficina.

Le estrujé las caderas, pero me obligué a soltarla porque sabía que sólo podía tratarla con la máxima delicadeza.

Ella se apartó con aquella sonrisa de modelo en los labios.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti. —A veces no podía creer que cada día al llegar a casa fuera a tener aquello. No podía creer que aquella mujer tan increíble estuviera esperándome, echándome de menos mientras yo pasaba todo el día fuera. Antes mis fantasías sobre las mujeres se centraban solamente en el sexo. Jamás había imaginado una vida así. Pero ahora era un sueño que ni siquiera me había esperado y eso hacía que fuera mucho más valioso—. Creía que me encargaba yo de preparar la cena.

—Puedo encargarme yo. Así me mantengo ocupada.

—¿Cómo te encuentras?

—De maravilla.

—¿Emocionada por lo de mañana?

Teníamos una cita con su médico. Iba a examinar su herida y a decidir si estaba preparada para que le quitaran los puntos que le habían puesto casi un mes antes. Hasta el momento, su recuperación había transcurrido sin incidentes... por suerte.

—Ni te lo imaginas. Si no me quita él los puntos, me los voy a quitar yo.

—Ojalá supiera que lo dices en broma.

Sonrió antes de darse la vuelta.

—Ya sabes que yo no bromeo nunca.

Me quité la chaqueta y la colgué en el respaldo del sofá. Luego me quité la corbata y me desabroché el botón superior de la camisa.

—Hoy he estado con Brett.

Me habló desde la cocina.

—¿Sí? ¿Qué tal está? —Llevó los platos al comedor y lo preparó todo para la cena. Luego trajo el estofado y los cubiertos.

—Bien. Las cosas van bien con mi padre.

—Cuánto me alegro. —Trajo una botella de vino y me sirvió una copa.

—No hace falta que hagas eso, pequeña. —Seguía sin poder beber, así que yo me abstenía de hacerlo cuando estaba con ella.

—Ya no falta mucho, Diesel. No pasa nada.

Dejé el regalo en la mesa.

—Quería que te diera esto.

—¿Un regalo? —Sonrió mientras se sentaba y lo cogió—. Me pregunto qué será...

Me senté frente a ella y me serví el estofado en el plato. La ternera estaba tierna y cubierta de una salsa deliciosa, y también llevaba patatas, zanahorias y champiñones. Había preparado una guarnición de brócoli salteado con aceite de oliva.

Rasgó el papel de regalo y miró dentro de la caja.

—Vaya... Qué bonitos. —Sacó los guantes de piel negra y los examinó bajo la luz de la lámpara de araña—. El bordado es increíble. —Examinó el nombre de un lado y, en lugar de sentirse decepcionada, sonrió—. Qué detalle por su parte.

Señalé la tarjeta haciendo un gesto con la cabeza.

—Parece que hay una nota.

La cogió y la leyó en voz alta.

—Hermanita, estos son para gente dura y tú sin duda eres una tía dura... —Se le enterneció la mirada al volver a leer la tarjeta una vez más en silencio. Movié los ojos de un lado a otro al leer el mensaje—. Ay, qué bonito...

—Es buen tío.

—Es encantador. —Dobló la nota y lo apartó todo a un lado.

—A mí nunca me ha comprado nada, excepto un *striptease*, así que deberías sentirte especial.

Entrecerró los ojos al sentir celos de inmediato.

Yo me encogí de hombros, incapaz de borrar la sonrisa de mi cara.

—Mucho antes de ti, pequeña.

Se giró hacia el estofado y sirvió la comida en su plato.

—¿Qué tal el día?

—Bien. —Pensé en la conversación con Thorn, pero no la mencioné—. He estado pensando en nuestros planes de boda.

—¿Sí? Creía que los hombres no pensaban en esa clase de cosas.

—Bueno, pues yo sí.

Sonreí.

—Soy una chica con suerte.

—¿Quieres hacer algo rápido en un juzgado?

Puso una mueca de desagrado.

—Eh...no. Siempre he querido una boda al aire libre.

—Entonces, ¿quieres una gran boda?

—No, quiero que haya menos de veinte personas.

—Genial, yo también.

—Vamos a hacerla en una playa por ahí —sugirió—. Me encanta Tailandia. ¿Qué te parece hacerla allí?

—Es un sitio muy bonito.

—Y podemos empezar la luna de miel de inmediato.

Sonreí.

—Me gusta cómo suena eso.

—Me estoy haciendo mayor, así que tengo que poner en marcha mis ovarios mientras sigan funcionando.

A otros hombres les echaría para atrás esa idea, pero a mí sin duda no.

—¿Quieres que te deje embarazada justo después?

Dio vueltas a la comida en el plato, siguiendo los movimientos con los

ojos.

—Depende. ¿A ti qué te parece?

—A mí me parece bien lo que tú quieras.

—Sí, ya lo sé —dijo con una carcajada—. Pero ¿qué es lo que quieres *tú*?

—Siempre he querido una familia, ya lo sabes.

—Entonces, ¿quieres empezar ya?

—Claro. Sé que tienes casi treinta y un años, así que tendrás treinta y dos cuando el bebé nazca. Entonces querremos tener otro... así que sí. Deberíamos ir empezando.

—Vaya, qué fácil ha sido —dijo riéndose—. Creía que tendría que esforzarme más por convencerte.

—No. Me emociona la idea de dejarte embarazada. Me emociona ser padre. Me emociona todo.

—¿Aunque no tengamos mucho tiempo para estar los dos solos? —preguntó—. Ya sabes, como todo ha ido tan rápido...

—Tenemos toda nuestra vida, pequeña. Además, nuestro amor crecerá. Eso no me preocupa.

—Genial. —Por fin probó la comida—. Entonces me hace ilusión.

—A mí también me hace ilusión. —Tenía treinta y cinco años, casi quince más de los que tenía mi padre cuando me tuvo a mí. Quería seguir siendo joven cuando mis hijos fueran adultos. Si esperaba demasiado, puede que no tuviera la energía para corretear con ellos—. Lo cual me lleva al siguiente punto...

—¿Por qué eso me suena tan siniestro? —preguntó mientras tomaba un poco de brócoli.

—Porque vamos a discutir.

—Creía que te gustaba que discutiéramos —bromeó.

—En ciertos contextos...

—Cuéntame qué estás pensando, Diesel.

Ya me había imaginado la conversación antes incluso de que empezara. Se pelearía conmigo sin descanso. Me daría sus razones y, aunque eran legítimas, no nos acercarían a una solución.

—Tu apellido.

Se me quedó mirando después de oírme hablar. Luego centró su atención de nuevo en la cena y siguió comiendo como si no me hubiera oído.

Yo sabía que estaba organizando sus pensamientos, meditando cómo responderme.

—Supongo que tendremos que llegar a un acuerdo sobre este tema... —La respuesta era vaga, pero me decía exactamente cuál era su postura al respecto.

—Ya sabes lo que yo quiero.

—Sí.

—Así que podemos liarnos a dar vueltas o podemos llegar a un acuerdo.

—No creo que pueda cambiarme el apellido, Diesel... —Dejó de comer y soltó el tenedor. Apenas había comido nada, pero así eran siempre sus hábitos alimentarios. Había renunciado a intentar convencerla de que comiera más—. Es mi identidad. Es el legado de mi padre. Si tuviera un hermano, sería diferente, pero no lo tengo...

—Lo entiendo, pequeña. Tendría una actitud abierta si fuéramos sólo nosotros dos, pero... no vamos a ser sólo dos por mucho tiempo.

—Ya lo sé —susurró.

—Mis hijos llevarán mi apellido. —No quería ser duro, especialmente porque aquella táctica no funcionaba con una mujer como ella. Pero en esto no iba a ceder—. Y no voy a aceptar poner un guion entre los dos apellidos. Algunas personas lo hacen, pero siempre se omite el segundo y, aun así, Hunt-Titan no suena bien.

—Creo que Hunt-Titan es el mejor acuerdo al que vamos a llegar.

Respiré hondo para contener mi enfado lo mejor que pude. Estaba herida, recuperándose, y no debía agitarla en aquel momento. Le subiría la presión sanguínea y se alteraría, lo cual no era bueno para ninguno de los dos.

—Nada de guiones. Se van a apellidar Hunt. Sabes que entiendo cómo te

sientes, pero no voy a ceder en esto. Si tanto lo deseas, podemos ponerles Titan como segundo nombre, pero eso es lo máximo que pienso ofrecerte.

—Los niños también van a ser míos, Diesel. No me parece justo que exijas que lleven tu apellido cuando soy yo la que los va a gestar y a dar a luz. Es una costumbre anticuada y machista.

—Aunque así sea, es una tradición que no va a desaparecer. Les resultará confuso a lo largo de toda su vida. Con el guion se da a entender que existe una doble lealtad: hacia su madre y hacia su padre. Tener todos un único apellido nos une como familia.

Cruzó los brazos sobre el pecho, pero no mostró aquella mirada agresiva que lucía a veces.

—Entonces, ¿por qué no te cambias tú el apellido a Titan?

Ni siquiera pensaba responder a aquello. Me limité a contemplarla con hostilidad, dejando que mi expresión de cabreo se hiciera cargo de la conversación.

—Es sexista que esperes que me ponga tu apellido.

—Y también sería sexista que un hombre se pusiera el apellido de una mujer. Se aplica en los dos casos. Da igual cuál de los dos se salga con la suya: el otro se sentirá decepcionado. Pero así es como son las cosas. Es que ni de coña pienso ponerme tu apellido, especialmente en nuestra sociedad. Si pensaras que soy un hombre realmente dispuesto a hacer ese sacrificio, no irías a casarte conmigo y los dos lo sabemos.

No parpadeó ni cambió de postura sobre la silla.

—Entonces, ¿qué opciones tenemos?

Admiraba su fuerza y su agresividad, especialmente en un mundo tan frío y cruel como el nuestro. Así es como ella sobrevivía y perseveraba. Pero en aquella situación me tocaba rotundamente la moral.

—Nuestros hijos van a llevar mi apellido. Y tú también tienes que llevarlo.

—¿Que tengo que llevarlo? —me desafió.

—No vas a querer tener un apellido distinto al de tus hijos, créeme.

—Supongo que podría ponerme Titan-Hunt.

Sacudí la cabeza.

—Pequeña...

—No tienes ni idea de lo difícil que es esto —susurró—. He sido Titan toda mi vida. Y ahora que me he enamorado, ¿tengo que dejar atrás todo eso?

—Pero vas a heredar un apellido muy poderoso. No es un paso atrás.

—No se trata de eso, Diesel.

—Vamos a unir nuestras vidas. Vamos a convertirnos en una persona. Quiero oír cómo la gente te llama señora Hunt. Quiero oír esas palabras todos los santos días. Quiero que seamos la familia Hunt. Pero eso no destroza tu legado.

—Pero le pone fin. Soy la única que lleva este apellido.

—Las líneas familiares se extinguen constantemente —dije con amabilidad—, pero su legado no cambia. Tu padre siempre estará orgullo de ti por tus logros, no por el prestigio que le des a su apellido.

Apartó la mirada en cuanto mencioné a su padre.

—Titan puede ser su segundo nombre —dije—. Así no se perderá.

—A nadie le importan los segundos nombres.

—No es verdad —repuse—. El legado seguirá ahí. Tú también puedes ponerte Titan de segundo nombre.

—No voy a hacer eso.

Habíamos llegado a un punto muerto y no parecía que pudiéramos seguir adelante. Ni siquiera podíamos volver atrás. Simplemente estábamos estancados.

—Pequeña, quiero que lleves mi apellido por un motivo, no sólo por comodidad. Quiero que seamos marido y mujer. Quiero que estemos unidos de todas las formas posibles. Sé que esto va a durar hasta el día en que me muera, así que no me preocupa hacer esto para nada.

—A mí eso tampoco me preocupa.

—Entonces piénsatelo.

Negó levemente con la cabeza.

—Piénsalo con la mente abierta.

Volvió a fijar la vista en la comida y no me miró. Seguía con los brazos cruzados sobre el pecho y estaba extraordinariamente bella con aquella luz. Si realmente llegara a ser la señora Hunt, sería lo más sensual del mundo. Le quedaría de maravilla.

—Pensaré en ello...

CINCO

Thorn

Entré en la sala de conferencias, una estancia rodeada por paredes de cristal que permitían ver directamente el interior a todo el que pasaba por allí. Pude ver a Autumn, que llevaba una blusa de color vino y unos zapatos de tacón negros, antes incluso de entrar en la sala. Imaginé que bajo el escritorio llevaría una falda de tubo porque era lo que solía ponerse. Con su cuerpo, le quedaban bien.

De hecho, le quedaban de escándalo.

Entré y me alisé la parte delantera de la corbata. Había un carrito a un lado lleno de café, leche y aperitivos. Yo tenía los ojos posados en ella, que estaba sentada al otro extremo de la mesa. Ahora tenía que interactuar con ella como un profesional. La última vez que la había visto, me la había follado en el sofá y luego le había dicho que era un hombre celoso.

¿Y ahora se suponía que tenía que estrecharle la mano como si aquello nunca hubiera sucedido?

Autumn se levantó de la mesa y se acercó a saludarme.

—Thorn.

Quise extender la mano, pero me parecía raro. Ya le había dado la mano antes, pero eso fue antes de acostarme con ella una docena de veces. Si hubiera alguien más en la sala, lo habría hecho. Pero en ese momento lo último que quería hacer era estrecharle la mano.

—Autumn, ¿cómo estás?

Ella tampoco intentó estrecharme la mano a mí.

—Bien. Con ganas de empezar.

—Pues vamos a ello entonces.

Me desplazé intencionadamente al otro lado de la mesa para que hubiera una distancia apropiada entre nosotros. Temía lo que podría hacer si me acercaba demasiado a ella. Puede que le agarrase el muslo por debajo de la mesa porque no pudiera mantener el control. La gente pasaba frente a las puertas de cristal de camino a sus despachos o a la sala de descanso. Éramos como peces en una pecera: visibles para que todo el mundo nos viera.

¿Por qué hacía Titan todas sus salas así?

—¿Te pongo un café? —pregunté.

—No, gracias. Puedo preparármelo yo si me apetece. —Abrió la carpeta y organizó sus notas.

Me dieron ganas de sonreír porque sonaba igual que Titan.

—Claro.

—Bueno, ¿por dónde quieres empezar? —Apoyó las manos con los dedos entrelazados.

—Me gustaría conocer tus proyectos para que Titan pueda determinar en qué se va a centrar. Me vas a tener que dar una explicación para tontos porque no se me dan muy bien las ciencias. —Tal vez Titan las entendiera mejor, pero yo me dedicaba principalmente a la industria alimentaria.

—No hace falta que te dé ninguna explicación para tontos, Thorn. La gente cree que la ciencia es complicada, pero no lo es. De hecho, es bastante simple. —Sacó algunas hojas y las deslizó hacia mí—. Esto es en lo que me he centrado...

Pasó la siguiente hora hablando de sus hallazgos científicos y de la tecnología en la que había hecho progresos. Me dio una lista de las finalidades de cada innovación dentro del sector, lo cual me resultó muy útil. En cuanto me abrió su mundo, me di cuenta de que estaba tratando con una mente brillante como nunca antes había visto. Su inteligencia era increíble e hizo que me preguntara por qué estaba perdiendo el tiempo conmigo. Yo era un idiota en comparación con ella.

—Esto va a ser un buen avance en la industria —dijo—. Estos cambios son rentables y asequibles para cualquier empresa, ya sea grande o pequeña. Y, al final, hará que ahorren un montón de dinero. No estoy segura de cómo quiere Titan empezar a publicitar esto ni de qué perspectiva va a escoger, pero me interesa descubrirlo.

Hojeé las páginas de nuevo y añadí algunas cosas a mis apuntes. Cuando me metía de lleno en el mundo en el que trabajábamos, me olvidaba de la evidente química que había entre nosotros. El trabajo parecía ser lo único lo bastante fuerte para distraerme durante una cantidad de tiempo considerable. Pero cuando la reunión acabase, volvería a pensar en una sola cosa, como todos los hombres: en sexo.

—Gracias, Autumn. Ha sido muy esclarecedor.

—Ya te dije que no tenía que darte explicaciones para tontos.

—No voy a fingir que entiendo la ciencia que hay detrás, así que tendré que limitarme a creer en tu palabra.

—Siempre puedo enseñarte mi laboratorio, si tienes curiosidad.

—Pues la verdad es que no me importaría.

Tenía algunas cosas en su despacho, pero no me importaría ver dónde escondía la mercancía pesada. Me lo imaginaba del tamaño de un almacén con todo su trabajo pulcramente organizado a pesar de la disonancia de la información que estaba procesando.

—Sólo tienes que decirme cuándo y dónde. —Cerró la carpeta y miró el reloj—. ¿Hay algo más de lo que tengamos que hablar hoy?

—Creo que ya lo tenemos todo. Repasaré esto con Titan y partiremos de ahí.

—¿Cuándo volverá? —preguntó.

—La verdad es que no lo sé. Y no puedo preguntar. Si pregunto...

—Hará que tenga más ganas de volver al trabajo —dijo—. Lo entiendo.

Un repiqueteo sonó en la puerta antes de que se abriera. Diesel entró con un traje gris oscuro y una corbata negra. Mostró una sonrisa carismática cuando se asomó por la puerta.

—¿Puedo pasar? ¿O interrumpo algo?

—¿Acaso importaría? —pregunté con tono de listillo.

Entró y se dirigió a mí.

—¿Qué tal va todo?

—Bien. —Me puse en pie y le estreché la mano—. La señorita Alexander y yo acabamos de terminar la reunión. —No me esforzaba por saludar a nadie con el mismo respeto que mostraba con Diesel porque habíamos pasado por una situación única. Diesel había contado la verdad y yo no lo había escuchado. Jamás nos había dado la espalda ni a Titan ni a mí a pesar de la opinión negativa que teníamos de él, y con eso se había ganado mi respeto de por vida. Siempre me levantaría de la silla para saludarlo. Era un buen hombre—. ¿Cómo estás?

—Esta tarde voy a llevar a Titan al médico —dijo—. Deberían quitarle los puntos.

—Qué buena noticia.

—Las cosas están algo tensas entre nosotros ahora mismo. —Se frotó la nuca y su expresión se endureció.

—¿Por qué? —¿Acaso le había contado a Titan lo de su madre?

—Estuvimos hablando de formar una familia y eso llevó a la temida conversación de que se cambie de apellido. Está siendo muy testaruda con este tema.

Contuve una risita, pero no pude evitar sonreír.

—¿Acaso te esperabas otra cosa?

—Supongo que creía que sería un poco más fácil.

—No va a serlo —dije—. Pero sigue insistiendo y lo hará. Confía en mí, lo hará.

—¿Tú crees? —preguntó.

—Sin duda. Te quiere. Y sé que quiere ser una Hunt. Lo único que la echa para atrás es su padre. Es un tema muy delicado para ella.

—Sí, tienes razón.

—Cederá —dije con seguridad—. Sé que cederá.

—Tú la conoces mejor que nadie —dijo riéndose.

Yo era su mejor amigo, pero nunca la conocería del modo en que lo hacía Diesel. Yo nunca había experimentado un amor profundo como aquel. Titan era importante para mí y haría cualquier cosa por ella, pero no era todo mi mundo.

—Ya no. —Le di una palmada en la espalda antes de girarme hacia Autumn—. ¿Os conocéis?

—Creo que no. —Autumn rodeó la mesa y le dio un apretón de manos a Diesel—. Es un placer conocerte.

—Igualmente. —Diesel bajó la mano y se la metió en el bolsillo—. Thorn y Titan me han contado un montón de cosas maravillosas de ti.

—Me alegra saberlo. —Mantuvo las manos unidas delante de cintura y posó la mirada en mí. Lucía una sonrisa, pero aquella alegría no se reflejaba en sus ojos. Aquella mirada escondía algo más que yo no lograba identificar.

Diesel se volvió hacia mí.

—Os dejo que volváis al trabajo. Pero la próxima vez que veas a Titan... dale un empujoncito a mi favor. A ti te escucha.

Tenía demasiada fe en mí.

—A ti te escucha más de lo que te crees.

Me palmeó el hombro y se encaminó hacia la puerta.

—Cuéntame qué tal va la visita al médico.

—Claro. —Diesel se despidió de los dos con un gesto de cabeza antes de salir. Cruzó el umbral de las puertas de cristal y se alejó por el pasillo con aspecto de ser el dueño del edificio antes incluso de casarse con Titan.

Me giré hacia Autumn.

—Estoy seguro de que Diesel se implicará en un montón de cosas por aquí cuando se casen.

—Sí... —Continuaba mirándome dubitativa. La mujer calmada y segura que estaba ahí un momento antes había desaparecido.

—¿Va todo bien? —Llevaba semanas acostándome con ella y, en ese

espacio de tiempo, había llegado a conocerla muy bien. Entendía las señales de su cuerpo y sus estados de ánimo. No lo había convertido en una ciencia exacta todavía, pero ya llegaría a ello.

—Estoy bien.

—De repente pareces muy tensa.

—Supongo que... Da igual. —Volvió a su silla y se sentó.

—¿Qué es lo que da igual? —Me senté en mi asiento y escudriñé su rostro con la mirada.

—Supongo que me sorprende que vosotros dos estéis tan unidos.

—¿Quiénes? —pregunté—. ¿Diesel y yo?

—Sí.

—¿Por qué no íbamos a estarlo? —Era un tío genial, leal y honesto. Yo siempre había considerado a Titan una amiga, pero ahora que iba a casarse con él, era como si yo también estuviera haciendo otro amigo. Formaría parte de nuestra pequeña familia.

—Eh... ¿Porque se va a casar con tu exprometida?

Se me olvidaba constantemente que aquella estúpida mentira era real para algunas personas.

—Sí, pero eso fue hace mucho tiempo.

—Fue hace menos de seis semanas...

Joder, ¿nada más? Parecía que ya hubiera pasado una eternidad. No podía creerme que le hubiera pedido matrimonio sólo unos meses antes. Aquel enorme anillo de compromiso seguía guardado en mi mesilla porque no sabía qué hacer con él. Podía empeñarlo, pero en cierto modo me parecía una tacañería. Aunque tampoco podía quedármelo, porque no tenía ninguna finalidad.

—Parece que haya pasado más tiempo.

Quería cambiar de tema porque estábamos entrando en terreno pantanoso. El mundo estaba empezando a acostumbrarse a que Titan y Diesel estuvieran juntos y ya no estaban centrándose tanto en mí. A lo mejor Autumn necesitaba más tiempo para olvidarse de todo.

—Simplemente me sorprende que estés tan unido a él teniendo en cuenta lo que pasó. No creo que nadie más pudiera manejar la situación con tanta madurez. O sea, querías a esta mujer y deseabas pasar toda la vida con ella... y va y te deja por otro. Sé que yo no sería capaz de poner buena cara ni de darle la mano a la mujer que me quitara a mi hombre.

Yo tampoco podría, pero eso no podía decírselo. Me tentaba la idea de contarle la verdad, pero como el incidente todavía era tan reciente, sabía que tenía que esperar un poco. Si ella le contaba a alguien que toda la relación había sido un montaje, arruinaría la reputación de Titan. En ese momento la gente estaba centrada en la valentía con la que se había enfrentado a su atacante. La consideraban una heroína y yo no iba a arrebatárselo.

—Puedo perder tiempo enfadándome u olvidarme de ello. Y he decidido olvidarme de ello. —Me volví a centrar en mis apuntes y escribí algunas cosas.

Sabía que estaba mirándome fijamente desde el otro lado de la mesa, con aquellos enormes ojos verdes pegados a mi rostro. Llevaba el cabello oscuro retirado detrás de los hombros, haciendo que su hermoso rostro destacara.

Alcé la vista y me encontré con su mirada directa.

—¿Qué?

Al final rompió el contacto visual.

—Nada.

EL PARTIDO ESTABA PUESTO en la televisión y yo estaba sentado en el salón con un botellín de cerveza encima de un posavasos. Había tenido una larga jornada en la oficina con un montón de papeleo y reuniones. Lo único bueno del día había sido ver a Autumn.

Joder, menudos ojos...

Me encantaba aquel brillo suyo que los hacía parecer joyas. Era más bonita que una muñeca y más sensual que una modelo. Tenía todo lo que debía poseer la mujer ideal: cerebro y descaro. Me encantaba todo de ella, y no sólo la delicia que escondía entre las piernas.

Por eso estaba pensando en ella en ese momento.

La echaba de menos.

Cogí el teléfono y le envié un mensaje.

«Estoy pensando en ti».

«¿Sí?».

«Sí».

«¿Y qué es exactamente lo que estás pensando de mí?».

«En tenerte desnuda en mi cama».

«Qué interesante. Ahora yo estoy pensando en lo mismo».

Sonreí al leer su broma, encantado con lo traviesa que era por naturaleza.

«Ven a mi casa. Yo preparo la cena». Era más temprano de lo que solíamos quedar.

«¿Sabes cocinar?».

«Un banquete de Acción de Gracias, no, pero sé preparar algunas cosas. ¿Qué me dices?».

«Mmm... Comida gratis y sexo del bueno».

Mi sonrisa se ensanchó aún más.

«A mí me parece un planazo».

«Llego en un ratín».

«Qué ganas».

Me levanté de un brinco del sofá en cuanto la conversación terminó y me puse manos a la obra en la cocina. No quería hacer nada demasiado básico porque quería impresionarla, así que preparé pollo *marsala* sobre una base de tallarines con champiñones y brócoli. En cuanto terminé y dejé los cacharros a remojo en el fregadero, el ascensor emitió un pitido anunciando su llegada.

Estuve allí cuando las puertas se abrieron, vestido únicamente con mis pantalones deportivos. Siempre que estaba en casa iba sin camiseta. No llevar nada más que mi piel me resultaba extremadamente cómodo, así que disfrutaba de ello cuando no estaba en la oficina. Estaba acostumbrado a llevar un traje

rígido todo el día y una gruesa corbata atada alrededor del cuello.

Ella iba en vaqueros con una sudadera ceñida de color negro, un atuendo informal pero atractivo al mismo tiempo. Podría haber venido tapada solamente con una toalla y yo habría sonreído como estaba haciéndolo en ese momento. Llevaba los labios pintados de un carmín rojo oscuro y tenía unas pestañas espesas y seductoras. Nunca la había visto sin maquillaje, pero me imaginaba que estaría igual de guapa sin él. Silbé por lo bajo y la miré de la cabeza a los pies.

—Me gustan las mujeres en vaqueros.

—Pues entonces te voy a gustar.

Entró en mi ático y avanzó directa para darme un beso. Me puso una mano en el cuello y se alzó de puntillas para besarme. La pasión de sus labios me indicó que llevaba la última media hora con ganas de besarme, que llevaba pensando en mí desde que le había mandado el mensaje.

La agarré y tiré de ella con fuerza hacia mi cuerpo, sintiendo las curvas perfectas justo contra mi pecho firme. Metí los dedos en sus vaqueros y avancé hasta su trasero. Hundí las manos en la carne, agarrándole ambas nalgas.

Me encantaba su trasero.

Fue ella la primera en meterme la lengua y lo hizo con entusiasmo. Me atrajo más hacia sí como si llevara semanas sin verme en lugar de horas. Después de la tensión con la que habían terminado las cosas en la oficina, aquello era un giro de ciento ochenta grados.

—Pues sí que has estado pensando en mí... —Sonreí contra su boca, notando que mi autoestima se duplicaba como si fueran acciones en el mercado de valores.

Apretó la mano contra la erección de mis pantalones.

—Pues lo mismo que has estado pensando tú en mí... —Agitó las pestañas de forma provocativa y luego se alejó de mí arrastrando la mano por mi paquete hasta que me dejó atrás.

Aturdido, me quedé allí durante un instante. Su seguridad me resultaba sensual. No había conocido a ninguna mujer que tuviera tanto poder y que no

temiera hacer gala de él. No fingía humildad con respecto a sus atributos.

Cuando por fin pude dejar de pensar en su mano sobre mi miembro, me di la vuelta y la acompañé al salón.

—¿Tienes hambre?

—Sin duda alguna.

Le retiré la silla antes de tomar asiento frente a ella.

—¿Vino?

Se sentó y empujó su copa sobre la mesa de madera.

—Por favor.

Llené ambas copas antes de ponerme una servilleta en las piernas.

Ella cogió los cubiertos y se me quedó mirando a mí en lugar de cortar su comida.

—No puedes quedarte mirándome toda la noche. Venga, come.

—¿Siempre comes sin camiseta?

—Cuando estoy en casa, sí.

—Parece peligroso...

—¿Por qué?

—Se te puede caer un trozo de pollo caliente en el pecho... y eso tiene que quemar seguro.

—Es que a mí no se me caen las cosas. —Corté la comida y me comí un bocado.

—Ah, vale... —Por fin dirigió la mirada a su cena y se metió un trozo en la boca—. Ostras, qué bueno está.

—No es para sorprenderse tanto.

Continuó comiendo y disfrutando de todo lo que había en el plato, acompañándolo con algo de vino.

—¿Quién te enseñó a cocinar?

—Mamá.

Estaba a punto de dar un trago de vino, pero se detuvo. Intentó contener la sonrisa que pugnaba por aparecer en su boca, pero no fue capaz de ocultarla tras aquellos hermosos labios gruesos.

—¿Mamá?

—Sí, ¿qué pasa?

—Nunca había oído a un hombre decir eso.

—Mi madre ha sido ama de casa casi toda su vida. Siempre que yo llegaba a casa del colegio, le pedía algo de picar, y ella siempre me decía que no iba a preparármelo ella, pero que siempre lo prepararía *conmigo*. Supongo que era su manera de hacer que yo fuera más independiente. Empezó a hacerlo cuando yo tenía cinco años, un poco pronto, pero valió la pena.

—Qué bonito.

—Sí, siempre he sido un poco niño de mamá. Ríete de mí todo lo que quieras, me da igual.

Había vivido en una casa en la que también estaban mi padre y mi hermano, así que no había más que deportes y actividades. Mi hermano pequeño necesitaba más atención que yo, así que mi padre se centraba en él, lo cual hacía que yo pasara tiempo con mi madre.

—¿Por qué iba a reírme de ti?

—Porque ningún hombre hecho y derecho debería decir que es un niño de mamá.

—Yo no le veo nada de malo. Yo soy una niña de papá.

—No es lo mismo. En realidad eso es adorable.

—Tú también lo eres, Thorn.

Bebí vino de nuevo, ignorando su comentario.

—Sólo dices eso porque estás enamorada de mi enorme paquete.

Se echó a reír.

—No lo digo porque esté enamorada de tu paquete. Lo digo porque es verdad.

—Lo que tú digas...

—Si sólo estuviera enamorada de tu paquete, no estaría cenando contigo. Vendría a por mi dosis de acción y luego me largaría. —Ya se había acabado la mitad de la cena y seguía comiendo—. Tenlo en cuenta.

—Ahí tienes razón. Yo tampoco ceno nunca con mujeres.

—¿Nunca? —preguntó con incredulidad.

Negué con la cabeza.

—Creo que nunca había cocinado para una mujer.

—¿Ni siquiera para Titan? —preguntó sorprendida.

—Bueno, para ella sí. Pero es una situación distinta.

—¿Porque es la única mujer a la que has amado?

—Eh... —No me gustó cómo había formulado aquella pregunta; me hacía sonar como un calzonazos—. No. Porque nos quedábamos a trabajar hasta tarde en mi casa y yo improvisaba cualquier cosa. No era realmente romántico...

Hizo girar el vino antes de dar un sorbo y su humor se ensombreció de repente.

—Sé que ahora te resulta duro, pero se hará más fácil.

¿Cómo? ¿De qué estaba hablando?

—¿Qué es lo que se hará más fácil?

—Olvidarte de ella. —Empezó a mover la comida de un lado para otro, claramente ya sin hambre. Bajó la vista hacia el plato antes de volver a alzarla.

Mi respuesta inmediata fue reírme por lo absurdo de sus palabras. No podía olvidar a Titan porque nunca había sentido nada romántico por ella. Quise soltárselo y decirle que yo nunca había amado a una mujer en toda mi vida. Justo cuando decidí hacerlo, ella continuó hablando.

—Yo he pasado por algo parecido. Es una de esas cosas que llevan tiempo. Para cada persona es distinto... Algunas personas se recuperan de inmediato y otras no. —Sus ojos estaban llenos de recuerdos dolorosos y su tono dejó traslucir su ánimo sombrío. Las señales eran sutiles, pero como yo le prestaba tanta atención, me resultaban obvias.

Ahora ya no me importaba aclarar la historia. Lo único que me importaba era lo que le había provocado tanta angustia. ¿Cómo podría un hombre dejarla por otra cuando era absolutamente perfecta? Aquel tipo tenía que estar loco.

—¿Tú has pasado por ello?

—Sí. —Dejó los cubiertos, claramente dando la cena por terminada—. Ya han pasado unos años, pero los primeros seis meses estuve bastante mal. A medida que pasaba el tiempo, se fue volviendo más fácil. Ahora ya estoy bien y soy muy feliz. Pero soy tan feliz que me da miedo volver a perder esa felicidad, lo cual hace que me resulte imposible confiar en nadie. No estoy segura de si alguna vez volveré a querer tener una relación. No cuando me parece tan arriesgado.

El corazón se me encogió de dolor y sufrí por aquella mujer. No quería que estuviera triste jamás. No quería que nunca sufriera tanto que no pudiera volver a confiar en nadie. Fuera quien fuera aquel tío, sabía que lamentaría su decisión algún día... y mucho.

—¿Qué pasó?

—Los detalles no importan. Yo estaba enamorada de ese chico y éramos felices juntos. Empezó un trabajo nuevo, conoció a alguien y, por desgracia, sucedió y punto. No fue una situación en la que él estuviera liándomela por la espalda y mintiéndome sobre dónde estaba. Me dijo que se sentía atraído por ella. Un mes más tarde dejó el trabajo porque no podía seguir estando cerca de ella. Pero fue entonces cuando se dio cuenta de que, fuera lo que fuera lo que tenían, era algo que no podía ignorar. Así que me dejó... —lo dijo todo con una fuerza sorprendente, pero se intuía un atisbo de los años de dolor que había vivido—. Los meses pasaron y yo no dejaba de preguntarme si el problema era yo. Si me hubiera peinado de otra forma o hubiera hecho más ejercicio, ¿se habría quedado? Pero al final me di cuenta de que estaba fuera de mi control. A lo mejor aquella mujer era su alma gemela y no había nada que ninguno de los dos pudiera haber hecho al respecto. Me lo encontré hace unos ocho meses. Están casados y tienen una niña pequeña. Me costó mucho tiempo mirarlo a los ojos y decirle que me alegraba por él... pero me alegro por él.

Era mucho más comprensiva que yo. Yo deseaba reventarle el cráneo a aquel tipo con mis propias manos. ¿Cómo era posible que creyese que aquella

otra mujer era mejor que Autumn? ¿Cómo podía haberse alejado de una mujer tan extraordinaria?

—Lo siento, Autumn.

—No lo sientas. Me costó mucho tiempo entender que ser joven consiste en encontrar a la persona adecuada. Obviamente yo no era la persona adecuada para él y él siguió su instinto. Siempre fue sincero conmigo, así que ¿cómo iba a poder odiarlo? Sé que él también sufrió mucho con todo aquello.

No lo suficiente, en mi opinión.

—Pero ahora que soy feliz estando sola, no quiero volver a pasar por lo mismo. Estar sola me parece mucho más seguro. Soy muy protectora con respecto a mi felicidad y no estoy segura de que pudiera volver a ponerla en riesgo por otra persona...

Su perspectiva tenía todo el sentido del mundo en mi opinión. Había querido a un hombre, pero su amor a él no le había bastado. Aquel tipo de rechazo se te clavaba para siempre. Pero yo no quería que se sintiera así, que tuviera miedo de querer a alguien.

—No deberías rendirte. Él no era el hombre con el que debías estar porque el hombre adecuado sigue ahí, en algún sitio.

—Puede... O puede que no. —Apartó la mirada, abandonando la conversación mientras daba vueltas a sus pensamientos.

Yo renuncié a la comida porque había perdido el apetito. Su dolor se me había clavado en el cuerpo, así que la cena ya no me interesaba, por muy buena que estuviese. Ahora deseaba conseguir que se sintiera mejor, hacer cualquier cosa para sacarla de aquella desdicha.

—Cometió el mayor error de su vida, Autumn.

—A mí me parece que no porque los he visto juntos. —Una suave sonrisa apareció en sus labios—. Y por eso me he reconciliado con la idea. No me esforzaría por ser amable con la mujer con la que se casó como haces tú con Diesel... pero no la odio.

Ahora me sentía un capullo por mentirle. Sólo me había contado aquella historia porque creía que yo estaba pasando por lo mismo. Quise corregirla, pero pensé que tal vez se sintiera avergonzada. No sabía qué hacer, así que no

hice nada.

—Gracias por habérmelo contado...

—Veo cómo estás con Titan y sé que estás pasando por lo mismo. Pero debe de ser difícil ver al amor de tu vida de forma regular...

Oculté una mueca lo mejor que pude.

—No es... No es tan intenso como tú te crees.

—Y entiendo que tampoco quieras una relación. No puedo culparte. Disfrutar de buen sexo con alguien sin ninguna expectativa es mucho más fácil. No te haces ilusiones, no pones en juego tu confianza y sabes que el acuerdo tiene un final. Toda la mierda sentimental queda fuera de la historia.

Yo quería lo mismo, pero por distintas razones. Era incapaz de amar, así que sólo quería lujuria. Nunca me habían roto el corazón porque directamente no podía enamorarme. Si le decía aquello, pensaría que estaba loco... como debería hacer.

—¿Quieres tener familia?

—Sí... En algún momento. Ahora mismo no estoy segura de cómo, pero siempre he querido tener hijos.

Aquello era algo que yo también quería: tener mi propia familia. Para eso necesitaba una mujer, pero sin amor, nunca encontraría a ninguna, a menos que fuese una novia por encargo. Titan era distinta porque deseaba lo mismo que yo.

Pero entonces me di cuenta de que Autumn también.

Quería exactamente lo mismo...

Autumn se giró hacia mí y me miró a los ojos entrecerrando los suyos.

—¿Qué?

Sabía que se refería a la nueva expresión de mi rostro, al brillo de mis ojos ante mi hallazgo. No sabía qué hacer con aquella información porque acababa de descubrirla, pero sin duda alguna quería darle un uso... aunque no en aquel momento.

—Nada.

SEIS

Vincent

Llegué al restaurante el primero y me senté solo. Una única vela parpadeaba en el centro de la mesa y también había una botella de mi vino favorito. Me habían llenado la copa, pero no bebí porque me pareció de mala educación empezar sin ella.

En ningún momento me había ofrecido a pasar a buscar a Scarlet porque aquello daba la sensación de ser demasiado íntimo.

Como si fuese una cita.

No estaba seguro de lo que era aquello. Hasta aquel momento, lo cierto era que no había estado pensando demasiado en mis actos. Sólo estaba haciendo cosas... haciendo cosas que quería hacer. Sabía que disfrutaba de la compañía de Scarlet, así que continuaba solicitando más de su tiempo, a pesar de no tener ni idea de hacia dónde iría aquello.

No estaba seguro de si quería que fuese a alguna parte.

Para mí era fácil acostarme con mujeres como Alessia porque eran actos carentes de significado. Tampoco era como si me hubiese enamorado de ninguna mujer de las que hubo después de Isabella. Eran cuerpos calientes entre mis sábanas, mujeres hermosas que satisfacían mis necesidades físicas. Era un hombre sexual, hasta a mi edad. Pero no me avergonzaba de aquellas necesidades.

Nadie me juzgaba por ello.

Pero que alguien me importase de verdad... aquello era diferente.

Lo máximo que había hecho había sido estrecharle la mano a Scarlet, pero me sentía como si ya la hubiese tocado por todas partes.

Parecía inadecuado.

Parecía lo adecuado.

No me di cuenta de que se acercaba porque estaba demasiado ocupado combatiendo mi propia culpabilidad. Quería justificar lo que estaba haciendo, pero ninguna excusa podía enmascarar lo que realmente estaba sucediendo.

Me gustaba Scarlet.

Me puse de pie justo cuando llegaba a la mesa. Llevaba un vestido negro con escote de corazón y los hombros al aire que se ceñía a su cintura y le llegaba justo por encima de la rodilla, y sus tacones negros añadían algunos centímetros a su altura. Se había peinado el pelo hacia atrás, dejando al descubierto la preciosa piel de su cuello y escote. Estaba guapísima en un sentido clásico, pero también despampanante en otros sentidos...

En sentidos que me hacían preguntarme qué aspecto tendría aquella piel olivácea contra mis sábanas.

Me había sentido atraído antes por otras mujeres, muy atraído incluso.

Pero mi atracción por Scarlet era mucho más intensa... de muchas maneras.

—Estás preciosa.

—Gracias. —De sus lóbulos colgaban unos pendientes que atrapaban la luz cada vez que se movía ligeramente—. Tú también tienes buen aspecto.

Le aparté la silla para que se sentara y luego rodeé la mesa hasta mi sitio. Ni siquiera le puse la mano en la cintura ni la saludé con un abrazo. Evitaba tocarla a toda costa, como si ella fuese de fuego y pudiera quemarme los dedos.

—¿Vino? —Levanté la botella.

—Por favor.

Llené su copa y luego dejé la botella en el otro extremo de la mesa. Ya habían traído una cesta de pan, pero yo no la había tocado porque habría sido de mala educación. Aunque también era verdad que yo no comía pan, así que

daba igual.

Dejó su bolso de mano en el borde de la mesa y cogió la carta.

—Nunca he estado en este restaurante, pero he oído hablar bien de él.

—He tenido algunas reuniones aquí. La comida es fantástica y el servicio es rápido.

Sus ojos se pasearon por los diversos platos.

—¿Alguna recomendación?

—El pato es exquisito. Pero el solomillo también es bueno. Si buscas algo más saludable, tienen un plato vegano increíble. Yo lo he pedido para comer unas cuantas veces.

Sonrió y siguió mirando.

—Bueno, no estoy interesada en nada saludable. Cuando salgo a cenar, me gusta aprovecharlo al máximo. —Se rio sin levantar la mirada.

Me alegré de que no lo hiciera, porque así podía disfrutar observándola. Se acababa de hacer la manicura, una elegante manicura francesa. Tenía los ojos maquillados de otra manera, pero no era capaz de explicar qué había cambiado. Me encantaba que se dedicara a disfrutar en vez de matarse de hambre. Alessia siempre pedía una ensalada y agua con hielo. Ni siquiera bebía vino habitualmente por el azúcar y las calorías.

Aquello volvía nuestras citas un poco aburridas.

—Entonces, ¿qué vas a pedir?

—Hidratos de carbono.

Estuve a punto de soltar una carcajada.

—Voy a pedir la pasta. —Finalmente cerró la carta—. ¿Y tú?

—No quiero decirlo.

—¿Por qué no? —Rodeó el tallo de la copa de vino con los dedos.

—Supongo que yo no aprovecho las cenas al máximo como tú.

Su sonrisa no se había difuminado.

—Por favor, no me digas que vas a pedir una ensalada.

Me encogí de hombros con gesto culpable.

—Venga, hombre... Vive un poco. —Bebió y su pintalabios quedó inmediatamente adherido a la copa.

—Me he dado cuenta de que me resulta más difícil mantener el tipo a medida que he ido cumpliendo años.

—Te entiendo perfectamente —dijo ella—. Sobre todo después de tener a mi hija. Pero, a veces, simplemente tienes que dejar de preocuparte.

Yo siempre había estado en forma, desde que tenía veinte años. El ejercicio físico y la dieta se habían convertido en una parte esencial de mi rutina. Como no tenía una mujer que cocinara para mí, me resultaba fácil llevar una dieta limpia. No saldría con mujeres como Alessia a menos que mantuviese un físico atractivo.

—Me resulta difícil no preocuparme.

—¿Porque eres uno de los solteros más sexis de la ciudad? ¿O del país, si vamos a ello?

Yo no me veía a mí mismo de aquella manera, pero me halagaba que ella me viera así.

—¿Eso es lo que piensas?

Se rio como si mi pregunta fuese absurda.

—Eres un hombre muy atractivo, Vincent. Te cepillas los dientes delante del espejo todos los días... Seguro que ya lo sabes.

Era consciente de mis encantos, pero me alegraba que ella también fuese susceptible a ellos.

—Me siento halagado.

—Pues no deberías; es la verdad.

El camarero se acercó y apuntó nuestros pedidos.

Dejé que Scarlet pidiera primero.

—Tomaré la pasta con extra de queso. —Le tendió la carta.

Elevé la comisura de la boca en una sonrisa.

—¿Y usted, señor Hunt? —preguntó el camarero, reconociéndome como hacía casi todo el mundo.

Scarlet bebió un sorbo de vino mientras me observaba.

Le di la carta.

—Yo quiero lo mismo... pero sin el queso extra.

—Muy bien, señor. —Se alejó.

Scarlet sonreía de oreja a oreja.

—Eso ya me gusta más.

CUANDO TERMINAMOS DE CENAR, salimos del restaurante y llegamos al borde de la acera. Mi chófer se acercó de inmediato a nosotros en mi coche y paró en el arcén, siempre atento a mis movimientos. Le enviaba un mensaje con dos minutos de antelación y él siempre estaba en el lugar adecuado a la hora que lo necesitaba.

—Gracias por la cena. —Scarlet tenía su bolso en la mano y caminaba lentamente a mi lado, haciendo repiquetear los tacones contra el asfalto—. Espero que no te arrepientas de haberte saltado la ensalada.

—Ni una pizca. —No pasaba nada por saltarse la dieta de vez en cuando.

—Bien. Yo desde luego no me arrepiento. —Se frotó el vientre plano y se detuvo ante mi coche.

—¿Te puedo llevar a casa?

—Sí, gracias.

Le abrí la puerta trasera y la ayudé a entrar. Después me senté a su lado y subí la mampara de separación entre el chófer y nosotros. Scarlet le dio la dirección a través del altavoz y en un momento estábamos avanzando por las calles.

No había subido la mampara porque tuviera planeado hacer nada inapropiado. Sólo deseaba un poco de privacidad. Quería poder hablar con ella sin que nadie me escuchara. Irónicamente, no nos dijimos nada durante el

trayecto hasta su casa. Ya la había llevado antes, pero nunca había entrado en el edificio. Vivía en una buena zona de la ciudad. No tenía nada que ver con la zona en la que vivíamos Diesel y yo, pero era indudablemente agradable.

Mi conductor paró en el arcén y yo salí primero. Le tendí la mano para que pudiera usarla como apoyo mientras deslizaba sus bellas piernas fuera del coche. Salió a la acera y se puso completamente recta.

Cerré la puerta trasera y la acompañé hasta el portal de su edificio.

—Esta noche me lo he pasado muy bien.

—Yo también.

Abrí la puerta y la mantuve abierta para que pudiera pasar al interior.

Pero ella no cruzó el umbral.

—Yo siempre me lo paso bien contigo, Vincent. Es muy fácil hablar contigo.

—Gracias. Yo pienso lo mismo de ti.

Sus ojos se movieron ligeramente de un lado a otro mientras me observaba, reflejando en su color verde las luces fluorescentes del interior del edificio. Se le habían soltado algunos cabellos del peinado y flotaban con la suave brisa que acariciaba la ciudad. A medida que se prolongaba el silencio, dio la impresión de que no iba a entrar en el edificio. Parecía como si quisiera quedarse allí fuera conmigo... pasando frío a la intemperie.

Después se inclinó hacia mí poniéndose de puntillas y me dio un beso en la comisura de la boca.

Cerré los ojos al sentir sus labios cálidos, al sentir la suavidad en la que llevaba pensando una semana. Sin apartar la mano de la puerta, le devolví el beso con movimientos tan lentos como los suyos. Me besaba como si no supiese lo que podría suceder una vez que me tocara. Yo la besaba con la misma reticencia, como si hubiese cruzado una línea invisible que no había cruzado jamás.

Se apartó con los ojos entrecerrados por la chispa que había surgido entre nuestras bocas.

—¿Te gustaría subir?

La pregunta me sorprendió, aunque no hubiera debido sorprenderme. Ya llevaba semanas haciendo lo imposible por verla sin pedirle una cita de verdad. Había llamado a su asistente sólo para descubrir cómo le gustaba tomar el café. Le confesaba por voluntad propia cosas que no le habría contado a ningún otro periodista. Mis sentimientos hacia aquella mujer eran obvios... y ahora lo eran para ella también.

No sabía si aquella invitación era sólo para tomar un café después de la cena, pero sospechaba que no era el caso. Por tentador que resultase terminar aquel beso que nos acabábamos de dar, algo me hizo contenerme. Era miedo, culpabilidad y muchas otras cosas.

—Me encantaría... pero no creo que esté preparado para eso.

—Ah... —Fue incapaz de ocultar su desilusión. La vergüenza acudió a sus ojos y sintió el escozor del rechazo.

Yo no quería hacer que se sintiera mal, pero no podía subir con ella. Había demasiada culpa en mi pecho, demasiado dolor.

—Buenas noches, Scarlet. —Me incliné y le di un beso en la mejilla. Luego me giré y regresé a mi coche sin mirar atrás.

Me senté en el asiento trasero y le dije a mi chófer que arrancara de inmediato. Así no tendría que ver si ella seguía allí de pie. La oscuridad del asiento trasero me rodeaba y la música clásica de fondo bloqueaba algunos de mis pensamientos... pero no todos.

Lo único en lo que podía pensar era en el ático vacío al que estaba a punto de volver.

No quería estar allí.

Quería estar en el apartamento de Scarlet.

Pero la culpabilidad me lo impedía.

TATUM SE METIÓ entre mis brazos y me dio un fuerte apretón.

Yo le devolví el abrazo, sonriendo al instante por el gesto afectuoso que acababa de dedicarme. La veía más recuperada y moviéndose más que nunca.

Me abrazó con fuerza, como si ya nada se lo impidiera.

—Estás fantástica —le dije con la boca pegada a su cabello.

—Me siento fantástica. —Se apartó y luego se frotó el costado izquierdo con la mano—. Por fin me han quitado los puntos.

—Qué bien, Tatum. Me alegro mucho de oír eso.

Despedía un resplandor maravilloso, como las embarazadas. Su felicidad aumentaba a medida que recuperaba la salud. Su curación había sido extraordinaria y lo peor ya había pasado.

—¿Eso quiere decir que vas a empezar a trabajar con nosotros? Kyle y yo hemos hecho grandes progresos juntos. Los productos ya están de camino a los distribuidores.

—No —intervino Diesel, como siempre—. Todavía no va a volver al trabajo, pero ya no queda mucho. —Iba vestido con unos vaqueros oscuros y una camiseta, con lo que era obvio que se había tomado el día libre para estar con ella.

Tatum no ocultó su gesto de irritación sólo porque yo estuviera allí.

—Muy pronto, con suerte...

—Tienes que hacerlo bien, pequeña —dijo Diesel—. Ya has llegado hasta aquí. Ahora no cojas un atajo.

Ella puso los ojos en blanco y se apartó.

—Has dejado muy claro tu punto de vista.

Diesel se volvió hacia mí.

—Ya se encuentra mejor, pero está más nerviosa.

—¿Te apetece algo de beber? —preguntó Tatum desde la cocina.

—De momento no —contesté—. Pero gracias.

Diesel me acompañó hasta el sofá.

—¿Qué tal todo, papá?

—Bien. Me alegro de ver que a ti te van bien las cosas.

—Más o menos. —Se sentó en el otro sofá—. Tatum y yo estamos teniendo

algunas discusiones sobre la boda.

Todas las parejas tenían sus preferencias y era inevitable que hubiera ciertos roces. Isabella y yo habíamos pasado por lo mismo.

—Hijo, ¿quieres mi consejo?

—No te lo he pedido.

—Bueno, pues te lo voy a dar de todas formas, listillo —solté yo—. Tú límitate a darle todo lo que quiera.

Diesel soltó una risita falsa y sacudió la cabeza.

—Normalmente, lo haría. Pero esta vez no.

Tatum se acercó a nosotros y dejó un vaso de agua delante de mí, a pesar de que había declinado su oferta. Se sentó junto a Diesel y cruzó las piernas.

Diesel mantuvo la vista en mí.

—Pero a lo mejor podrías darle algún consejo a ella. Titan no quiere llevar mi apellido cuando nos casemos.

Era mejor no verme envuelto en ninguno de sus desacuerdos sobre el matrimonio, pero no pude evitar aportar mi granito de arena.

—Muchas mujeres conservan su apellido hoy en día.

—Sí, pero cuando tienen hijos, eso complica las cosas —protestó Diesel—. Y Titan quiere que nuestros hijos lleven su apellido o vayan con guion, algo que simplemente no va a funcionar. Hemos hablado de ello unas cuantas veces, pero no da su brazo a torcer.

Entendía que una mujer como Titan se enorgulleciera de su independencia, y dado que la gente se refería siempre a ella como Titan, estaría cambiando su identidad por completo. Era una persona que necesitaba control en su vida. Cambiar su apellido la pondría bajo el control de otra persona, en cierto sentido.

—Diesel, sabes que esto no es asunto mío.

Diesel suspiró decepcionado.

—Gracias, Vincent —dijo Tatum—. Diesel no ha sido muy comprensivo con este asunto.

—Con todos los respetos —le dijo Diesel—. Mis hijos van a llevar mi apellido. No te voy a consentir que los llames Titan-Hunt.

Yo tampoco quería que mis nietos tuvieran un apellido diferente al mío, pero aun así guardé silencio. Ni siquiera debería haber estado escuchando aquella conversación.

—Tu madre y yo no estábamos de acuerdo en todo. Descubrí que el secreto de un matrimonio feliz es el compromiso. Poned ambos un poco de vuestra parte. O que uno de los dos ceda en esto y el otro se comprometa a algo en el futuro.

—Es un poco difícil llegar a un compromiso en este asunto —dijo Diesel en voz baja.

—Estoy seguro de que entre los dos lo resolveréis. —Quería quedarme, pero a juzgar por la tensión que existía entre ellos, sería mejor marcharme—. Debería irme ya, tengo que ocuparme de algunas cosas en la oficina.

Tatum me acompañó a la puerta, dejando su gesto avinagrado atrás en el sofá con Diesel.

—Siento que Diesel te haya puesto en una situación incómoda. Es sólo que ahora mismo está enfadado conmigo. —Llegó al ascensor y pulsó el botón.

—Lo entiendo —respondí—. Pero piensa en por qué se siente así.

Me abrazó y luego se apartó.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando un hombre se casa con una mujer, ella le pertenece. Es algo así como un sentimiento de posesividad. Quiere cuidar de ti durante el resto de tu vida, así que quiere que lleves su apellido... para que todo el mundo sepa que eres suya. —Las puertas se abrieron y pasé al interior—. Yo me sentí exactamente igual cuando me casé. Considéralo un gesto romántico.

PASARON cinco días y no hice nada por hablar con Scarlet.

Ella tampoco se puso en contacto conmigo.

La última noche que la había visto no había terminado bien. Sabía que le

había dolido que rechazara su oferta. Había dado el primer paso y me había besado, y luego había ido un paso más allá. El problema no había sido el beso... El beso me había gustado.

Pero deseaba que me hubiera dejado dar el paso a mí cuando estuviese preparado.

A pesar de que no sabía si estaría preparado alguna vez.

No la estaba evitando. Sabía que al final tendría que hablar con ella por el artículo que había escrito. Aquella conversación podía ir en cualquier dirección. Podía mostrarse fría y distante conmigo, incapaz de perdonar el modo en que la había herido; o podía fingir que aquello nunca había sucedido y permitir que aumentara la tensión entre nosotros.

Yo no sabía qué esperar.

Estaba sentado en mi despacho cuando la voz de mi asistente surgió por el interfono.

—Está aquí Scarlet Blackwood para verlo.

Sabía que no tenía una cita con ella y no me hacía falta comprobarlo.

—Que pase.

Un momento después, Scarlet entró en mi despacho. Llevaba una falda de tubo negra con una blusa blanca y tenía un aspecto esbelto y atractivo. Llevaba dos grandes sobres de manila en la mano y su sonrisa habitual había desaparecido. Su felicidad no llenó la habitación como solía. No se sentía intimidada por mí, pero tampoco parecía encantada de estar allí.

—Hola, Vincent. —Su tono frío y cortante sugería que aquella conversación era puramente profesional.

Me levanté.

—Hola, Scarlet.

Se detuvo frente a mi escritorio y levantó las dos carpetas.

—Quería dártelas.

Una debía de contener las fotografías y la otra el artículo.

—Muy amable, gracias.

Las dejó en la superficie de la mesa y presionó el dedo contra una de ellas.

—Este es el artículo que voy a publicar. He hecho lo que me pediste y no he tocado los temas de los que no querías hablar. Lo publicaré dentro de cuarenta y ocho horas tal cual está si no me dices lo contrario. —Empujó el otro sobre hacia mí—. Esta no es la versión que voy a publicar... pero es la versión que quería escribir. Esto es lo que pienso de verdad... lo que siento de verdad. —Me mantuvo la mirada durante varios segundos antes de apartar la mano—. Si no tengo noticias tuyas... cuídate. —Se dio la vuelta y salió de mi despacho, deslizándose por el suelo con la elegancia de una reina.

Yo tenía una reunión en quince minutos, pero aquello ya no parecía importante. Lo único que me importaba era el sobre que descansaba sobre mi escritorio, el artículo que había redactado con tanta sinceridad. Quería saber lo que ponía y también descubrir por qué lo había escrito, para empezar.

Me senté y lo saqué. Luego me puse a leer.

VINCENT HUNT: **Ya no hacen hombres así**

Por Scarlet Blackwood, editora jefe

CUANDO VINCENT HUNT *aceptó protagonizar un artículo en Platform, lo único que me importaba era lo mucho que les iba a gustar a nuestros lectores saber más sobre este enigma. Callado y misterioso, Vincent Hunt es un hombre que evita ser el centro de atención todo lo posible. Por desgracia, con eso se vuelve más interesante... que es lo último que él quiere. Ya en nuestra primera conversación, me di cuenta de que había estado buscando oro pero, en vez de ello, había desenterrado un tesoro real.*

Vincent Hunt es un hombre extraordinario.

A pesar de sus miles de millones, no mencionó ni una sola vez su opulencia. Tampoco habló ni una sola vez de sus relaciones románticas con las mayores supermodelos del mundo. Hombre de muy pocas palabras, dijo más con sus ojos color café que con esa mandíbula cincelada que tiene. Con sus cincuenta y tantos años hace que hombres de veintitantos años parezcan en baja forma. Lleno de amable dulzura y masculina caballerosidad, Vincent

Hunt es un hombre que destaca muy por encima de los demás.

Me habló de su complicada relación con su familia y, en vez de ver a un hombre orgulloso a la defensiva discutiendo para imponer su opinión, vi a un padre confesar su amor por sus tres hijos. Lo que se dijeron entre ellos no importaba. A fin de cuentas, Vincent Hunt quiere a su familia más que a nada en este mundo. Si se le despoja de su traje caro, su reloj elegante y los miles de millones que tiene en la cartera, es igual que el resto de nosotros. Es un padre.

Sentía que las rodillas se me debilitaban por momentos.

En cuanto Vincent Hunt se probó la nueva línea de trajes, fue como si los hubieran hecho exclusivamente para él. El tejido se amoldaba a su musculatura y su amplio pecho tensaba la camisa del modo perfecto. No sonrió para ninguna de sus fotografías, pero el intenso aire adinerado que le rodeaba realzó los trajes de todas formas.

Lo que más me gusta es la moda. Me preocupa el tacto de cada tela, su olor al extenderla. Pero estar con Vincent Hunt hizo que me olvidara de los trajes y me centrara en el hombre que había debajo del tejido.

Empezó con una comida de negocios, pero nos encontramos por casualidad en un desfile de moda. Eso condujo a un almuerzo, a una visita a un famoso museo y a continuación, a una preciosa cena a la luz de las velas. Me dije a mí misma que no debía permitirme perder la cabeza por Vincent Hunt, pero cada vez que miraba esos ojos marrones, me perdía en ellos.

Era demasiado bueno para ser cierto. Era el hombre que toda mujer desea. Amable, sincero, fuerte y un auténtico caballero. Ha madurado como un buen vino y nunca he visto a un hombre más atractivo que el que apenas me tocó.

Pero sabía que Vincent Hunt era complicado por alguna razón.

Viudo desde hace muchos años, todavía lloraba a su esposa en su corazón. Ella era el fantasma contra el que toda mujer debía competir y, por supuesto, siempre ganaría.

Su amor por su mujer nunca me molestó. Lo respetaba y lo entendía.

Pero me preguntaba si tendría sitio para una persona más, hasta si sólo era una pequeña parte del espacio de su corazón.

Estoy empezando a darme cuenta de que Vincent Hunt prefiere las relaciones físicas porque no le provocan ningún sentimiento. No hay razón para sentirse culpable si no hay nada por lo que sentirse culpable.

Pero eso no es lo que yo quiero.

Quiero esas conversaciones, esos paseos por el museo. Quiero conocer al hombre que hay debajo del traje, tener más que una simple relación... tener una amistad. Ningún hombre en toda mi vida ha hecho que el corazón me lata tan rápido, me ha hecho sentir como si todavía no fuese demasiado vieja para enamorarme.

Así que voy a contarle cómo me siento y voy a desear que sea para bien.

No pido un para siempre.

Todo lo que pido es una oportunidad.

Porque Vincent Hunt es un hombre con el que estoy dispuesta a ser paciente. Y es el único hombre que estoy dispuesta a compartir con otra mujer. Por él vale la pena el riesgo, vale la pena esta confesión.

Por él todo vale la pena.

TERMINÉ la última página y la dejé sobre mi escritorio. Las letras negras contrastaban contra el papel crema y destacaban en negrita. Quería volver a leerla, pero sabía que su contenido no cambiaría.

Scarlet me entendía mejor de lo que yo creía.

Quizá no fuese tan listo como pensaba.

Junté las manos en el regazo y mis dedos se tocaron. Volví a pensar en el artículo y repasé los diferentes puntos que había tratado. Era increíblemente halagador, y tan sincero que mi respeto por ella continuó creciendo.

Le había hecho un desplante en su portal, pero hasta entonces había dado un paso más.

Y había sido un buen paso.

La idea de llamarla resultaba tentadora. Quería invitarla a mi casa para una cena íntima. Quería saber más sobre su hija y sobre las cosas que la

hacían feliz en la vida. También quería aquellos momentos tranquilos en los que no decíamos nada en absoluto. El silencio tranquilo era lo que más valoraba en una relación. No era muy buen conversador. Lo único que era capaz de hacer era ser franco sobre lo que quería. Pero hablar por placer... aquel no era mi punto fuerte.

Y quería hacer otras cosas con ella.

Quería hacerle el amor.

En cuanto permití que el pensamiento entrara en mi mente, sentí el ardor de la traición. Me sentí infiel con Isabella. Ella era la única mujer a la que le había hecho el amor. Alessia, Meredith y todas las demás sólo eran buenos polvos. La distinción quedaba clara y yo nunca la cruzaba.

Había esperado el tiempo suficiente para seguir con mi vida, pero ahora que había llegado el momento, no estaba seguro de poder hacerlo.

Sería incapaz.

SERÍA de mal tono hacer aquello por teléfono, así que esperé en el exterior del edificio de su oficina hasta que salió del trabajo.

Salió llevando el mismo conjunto que vestía cuando se había pasado por mi oficina.

Salí del lateral del edificio y me acerqué a ella. No advirtió mi presencia, así que pronuncié su nombre.

—Scarlet.

Ella se detuvo al escuchar mi voz y se dio la vuelta hacia mí con ojos incapaces de ocultar su sorpresa. La había pillado desprevenida, así que le hicieron falta unos segundos para recuperar la compostura.

—Hola, Vincent. No había visto que estabas ahí...

—No pasa nada. —Estábamos separados por los viandantes que pasaban por la acera. El tráfico peatonal aumentaba cuando todo el mundo salía del trabajo y se dirigía al gimnasio o a su casa. Ahora que estábamos cara a cara, aquello se volvió de repente mucho más difícil—. Me ha gustado el artículo.

Agarró el bolso que llevaba al hombro, mirándome con evidente azoramiento.

—Me alegro...

—Deberías publicarlo.

—Genial. —Se aclaró la garganta—. ¿Y el otro artículo...? —Era la primera vez que apartaba la vista, posándola en el suelo para descansar de la intensidad de mi mirada, esa que tanto le gustaba.

No quería herir a aquella mujer, no cuando le había tomado tanto cariño. Pero tampoco quería arrastrarla conmigo y dejar que esperase más. Era culpa mía, por darle pie en primer lugar. No debería haber quedado con ella a desayunar y a cenar tantas veces. Nunca debería haberla puesto en aquella posición, para empezar.

—Todo lo que has dicho de mí es cierto. Me conoces mejor de lo que pensaba.

Asintió levemente.

—Me gustas, Scarlet. Ambos sabemos eso. Pero... no creo que pueda hacer esto.

Cerró brevemente los ojos, encajando la dolorosa respuesta que no quería escuchar.

—Alessia y Meredith... sólo son acompañantes. No significan nada para mí. Pero tú sí significas algo para mí... y por eso me siento como si estuviera mal. Pensaba que podría pasar página, pero no creo que pueda. Mi mujer... ella siempre estará ahí.

—Lo entiendo, Vincent —susurró—. Pero ten presente que nunca te he pedido que te olvides de ella.

—Ya lo sé... pero me siento como si estuviese traicionándola.

Se quedó callada y metió las manos en los bolsillos de su chaqueta. Echó una ojeada a las personas que pasaban por la acera antes de volverse de nuevo hacia mí.

—Acepto tu decisión, Vincent. Y te agradezco que hayas venido a decírmelo en persona. Pero como amiga, creo que hay algo que tengo que

decirte.

—Te escucho.

—Si yo hubiese tenido la suerte de casarme contigo, sé que habría querido que continuaras con tu vida. Sé que habría querido que otra mujer te cuidase, que recogiera tu ropa sucia, te preparara la cena y te hiciera feliz. Tenemos un tiempo limitado en este mundo... debemos aprovecharlo al máximo. —Se acercó a mí y se puso de puntillas antes de darme un beso en la mejilla. Después se dio la vuelta con rapidez, evitando mirarme a los ojos—. Cuídate, Vincent.

La vi marcharse, sintiendo el calor de su beso pegado a mi piel. Los tacones de sus zapatos repiqueteaban contra el asfalto mientras se alejaba. Escuché su taconeo mientras se desvanecía hasta desaparecer por completo. Sentí a Scarlet salir de mi vida para siempre.

No pensé que me fuera a doler tanto.

Pero así fue.

SIETE

Titan

Thorn se pasó por casa antes de que Diesel llegara del trabajo y repasamos los progresos que él y la señorita Alexander estaban haciendo en la oficina. Ahora que veía todos sus proyectos desplegados ante mí, me daba cuenta de que asociarme con ella había sido la mejor decisión que había tomado jamás.

Tenía mucho que ofrecer.

Estar en posesión de aquella clase de avances tecnológicos cambiaría la dirección de la compañía. Al tener constantemente nuevos dispositivos que ofrecer a nuestros clientes, siempre tendrían una novedad que esperar. La gente estaría en ascuas, esperando lo que vendría a continuación. Los productos más antiguos bajarían de precio, por lo que más líneas de negocio podrían permitirse comprarlos.

Ahora que conocía el verdadero alcance de las habilidades de la señorita Alexander, entendía que nunca habría estado en condiciones de competir con ella.

Me habría aplastado.

—Tomaste la decisión correcta, Thorn.

Estaba sentado disfrutando de un botellín de cerveza fría frente a mí en la mesa del comedor y teníamos los papeles desperdigados entre nosotros. Iba vestido con un traje gris y una corbata negra y empezaba a salirle la barba.

—¿A qué te refieres?

—A la señorita Alexander. Me considero una mujer inteligente y con talento, pero en comparación con su intelecto no habría podido competir con ella... no con esta clase de tecnología. Mi *marketing* siempre sería superior al suyo, pero sin un producto mejor, eso no habría importado.

Asintió levemente.

—Deberías confiar más en mí.

—Ya confío en ti, te confiaría mi vida. ¿Cómo podría confiar más en ti?

Sonrió antes de beber de su cerveza.

—Es una mujer excepcional. Creo que esta asociación estará mucho tiempo dando frutos. Por no mencionar que es fácil llevarse bien con ella. No tiene un carácter difícil ni tampoco una pizca de arrogancia. Se concentra en el trabajo y en nada más.

Advertí que Thorn siempre decía un montón de cosas buenas sobre ella y que sus cumplidos eran excesivos. No hablaba en términos tan halagüeños de nadie más, ni siquiera de Vincent Hunt o Kyle Livingston.

—Ella está prohibida, Thorn. Sé que es guapa y lista, pero hay de sobra donde escoger.

Su rostro se volvió inexpresivo.

—¿Qué?

—Ahora somos socias. ¿Tienes idea de lo complicado que se volvería todo si te liaras con ella? —La vería un tiempo y luego la dejaría. Entonces la situación se volvería incómoda cada vez que estuviesen juntos en la misma habitación. Thorn era mi mejor amigo y era probable que ella y yo también nos hiciéramos grandes amigas. Era una combinación abocada al fracaso.

Thorn se llevó lentamente el botellín a los labios y dio un sorbo.

Yo organicé los papeles y los devolví a la carpeta.

—¿Sabes? Diesel y yo somos incapaces de ponernos de acuerdo sobre mi apellido.

Thorn seguía bebiendo, acabando con todo el contenido de un solo trago.

—¿Quieres un poco de agua?

Se terminó la cerveza y se secó la boca con el dorso de la mano.

—Estoy bien.

—Entiendo su punto de vista, pero para mí es un sacrificio enorme.

Thorn se aclaró la garganta antes de volver a mirarme.

—Siempre has tenido el mismo apellido, así que es difícil renunciar a él. Tiene sentido. O sea, yo ya llevo diez años llamándote Titan. Cuando te cases, ¿cómo te voy a llamar? ¿Tatum? Al principio será raro, pero terminará sucediendo. Así que el cambio será difícil en un comienzo... pero a lo mejor consigues verlo como un modo de reinventarte a ti misma. Empezaste como Titan, pero ahora vas a dar un paso hacia una posición más poderosa al convertirte en una Hunt.

—¿Y por qué es más poderosa?

—Vas a combinar todos tus bienes con los de Diesel. Eso quiere decir que vosotros dos os convertiréis en la pareja más rica del mundo... Piensa en ello por un momento.

A mí el dinero me daba igual porque tenía de sobra, pero alcanzar aquel tipo de estatus era desconcertante. Sabía que no llegaría a aquella posición por mí misma, igual que tampoco lo haría Diesel. Pero juntos lograríamos que sucediera.

—Como Titan, eres la mujer más rica del mundo. Ahora vas a ser una de las *personas* más ricas del mundo. Y eso es la hostia.

Sí que lo era.

—Titan no se perderá porque todo el mundo recordará tus orígenes. El apellido no es tan importante como tú te piensas. Todo depende de la persona. Y al adoptar el apellido de Diesel, estarás unida de verdad al hombre al que amas. Yo no soy un tío romántico, pero si lo fuera, no hay duda de que mi mujer llevaría mi apellido. No habría lugar a discusión.

—¿Por qué?

—Porque es sexi. Si una mujer me robara el corazón y no pudiese vivir sin ella, la haría mía de todas las maneras posibles. Te puedes jugar lo que quieras a que sería una Cutler. Su enorme anillo le diría al mundo que está ocupada... pero, además, llevar mi apellido les diría con quién lo está. Y a

menos que me equivoque, a ti te gusta la posesividad de Diesel, ¿no?

Podría mentir y negarlo, pero Thorn se daría cuenta en seguida.

—Sí. —Me gustaba ser de Diesel y me gustaba que se enorgulleciese de que fuera suya. Antes solía disfrutar manteniendo el control constantemente, pero ahora me encantaba tener a un hombre que quisiera dominarme todo el tiempo. Quería cuidar de mí, amarme y hacerme suya de todas las maneras que pudiese.

—Pues entonces deja que te tenga.

Después de hablar con Thorn no me pareció tan difícil.

—Para honrar al hombre al que amas, dale algo que nunca le has dado antes a nadie. Dale tú... toda tú.

Sonreí ante las dulces palabras de Thorn.

—No me había dado cuenta de que fueras tan romántico, Thorn.

—No lo soy —protestó—. Pero sé lo que se siente al querer tener a una mujer para ti solo.

—Ah, ¿sí? —le pregunté. Por lo que yo sabía, nunca le había importado ninguna de las mujeres con las que había estado. Todas eran rollos, mujeres a las que no les importaba darle el control que él necesitaba. Sólo querían buen sexo y regalos caros. Thorn nunca parecía mostrarse posesivo con nadie, ni nunca me había contado otra cosa.

Thorn ignoró la pregunta.

—En contra de lo que pensábamos, Diesel te ha sido leal desde el principio. Nunca ha mentido y siempre ha estado a tu lado. Ni siquiera cuando lo echamos se rindió. Se ha ganado tenerte, Titan. Se lo ganó hace mucho tiempo.

Cuando Thorn lo ponía así, me entraban hasta ganas de tomar el apellido de Diesel. Ya no me daba la sensación de que fuera un sacrificio tan grande.

—¿Te ha convencido Diesel para que hagas esto?

—Me pidió que hablara contigo de ello. Pero te estoy dando mi opinión.

Sabía que Thorn no me mentiría.

—Entonces, ¿cómo me vas a llamar?

Se puso a pensar en ello rechinando ligeramente los dientes y moviendo la mandíbula.

—Hunt.

—¿Sí?

—Creo que te pega.

—Sí... sí que me pega.

El ascensor emitió un pitido justo antes de que se abrieran las puertas. Entró Diesel con la corbata ya suelta. Se quitó la chaqueta y la colgó en el perchero.

—Hola.

—¿Qué hay? —preguntó Thorn desde donde estaba sentado—. Tu mujer y yo sólo estábamos hablando de trabajo.

—Se supone que no debe hablar de trabajo —dijo Diesel sombríamente—. Pero ya he renunciado a prohibírselo.

—Lo cual es inteligente por tu parte —dije yo—, porque hace tiempo que no sirve para nada.

Diesel volvió aquellos ojos abrasadores hacia mí, convirtiéndome en la única destinataria de su mirada ardiente. Se acercó hasta mí en la mesa y se inclinó para darme un beso en los labios, que sólo fue breve porque Thorn estaba sentado justo allí.

—¿Qué tal te encuentras?

—Muy bien. —Ya no tenía los puntos y ahora sólo quedaba una cicatriz. Ya casi había acabado con la medicación y las punzadas de dolor y la fatiga habían disminuido considerablemente. Estaba contando los días que faltaban hasta que estuviese lo bastante recuperada para ir a trabajar... y para casarme—. ¿Qué tal tu día?

—Igual que todos los demás. —Se metió en la cocina y cogió un botellín de cerveza. Lo destapó con sus grandes manos y tiró el tapón encima de la mesa—. ¿Qué tal van las cosas con lo vuestro?

—Bien —respondió Thorn—. Trabajar con la señorita Alexander fue una

jugada inteligente.

—Es excepcionalmente brillante —dije yo—. Nunca he conocido a nadie con esa clase de inteligencia.

Diesel dio un trago mirándome fijamente.

—Yo sí. —Se encaminó hacia el salón y se sentó en el sofá.

Thorn debió de captar la tensión sexual en el ambiente, porque se despidió.

—Me tengo que marchar ya. Mañana hablamos, Titan.

Lo acompañé hasta el ascensor y lo vi desaparecer detrás de las puertas. Luego me acerqué al sofá donde estaba Diesel, que se puso de pie en cuanto yo me aproximé. Se sacó la corbata del cuello de la camisa y se desabrochó los botones sin apartar sus ojos de los míos.

—Hay algo que quiero decirte.

—¿Puede esperar? —Se quitó la camisa, revelando su pecho duro como la piedra y su abdomen perfectamente cincelado. Su piel bronceada estaba tensa y se notaban todas las separaciones entre los músculos. Tenía los bíceps tonificados y definidos y había un surco apreciable en el punto en que empezaba el tríceps. Sería la inspiración perfecta para la escultura de un dios griego. Se desabrochó el cinturón y continuó con los pantalones. Cuando estuvo en bóxers se acercó a mí y deslizó una mano en mi cabello mientras la otra se cerraba sobre mi cintura—. Ahora mismo, lo único que quiero es follarte. —Envolvió mi pelo en sus nudillos y tiró suavemente de mi cabeza hacia atrás, obligándome a mirarlo a los ojos.

Mis manos ascendieron por su cuerpo duro y mis dedos exploraron las grietas entre sus músculos.

—Puede esperar... pero no creo que tú quieras esperar.

Sus ojos color chocolate perforaron los míos, y su mirada acalorada se convirtió rápidamente en un incendio forestal desbocado.

—Entonces dímelo. —Su mano descendió por mis vaqueros hasta aferrarme el trasero. Me dio un ligero apretón, demostrando lo poderoso que era con una sola mano.

—Quiero llevar tu apellido.

Durante menos de un instante, sus ojos se suavizaron. El puño con el que me agarraba el pelo se aflojó un segundo antes de volver a apretarse. Su mirada se hizo más intensa de lo que había sido un momento antes y él parecía más agresivo, espoleado por mi revelación.

—¿Quieres ser la señora de Hunt?

—Sí... más que nada.

Saltó al oír mis palabras y tiró de mí con más fuerza mientras cubría mi boca con la suya. Me besó con violencia, haciendo que me palparan los labios y prácticamente magullándome. La bestia que habitaba dentro del hombre había sido liberada y ahora me trataba más como a un trofeo que como a una mujer. Sus modales de hombre ancestral de las cavernas habían salido a la superficie y ahora me hacía avanzar hacia atrás, dirigiéndome hacia el pasillo.

Me levantó en brazos agarrándome por el trasero y me llevó hasta el dormitorio que compartíamos. Me dejó caer sobre el colchón en vez de depositarme encima con delicadeza y me quitó las ropas tirando de ellas sin ningún cuidado. Me arrastró las caderas hasta el borde de la cama y luego me separó los muslos cogiéndome por debajo de las rodillas.

Apuntó su miembro hacia mi entrada y después dio un violento empujón, enterrándome su enorme pene dentro sin darme la oportunidad de prepararme. Me clavó los dedos en la carne y dejó escapar un gemido cargado de testosterona.

Era placentero, pero la rápida intrusión también resultaba dolorosa. Daba igual las veces que me follara, mi estrechez nunca sería capaz de adaptarse a su sexo si se movía con aquella agresividad. Siempre necesitaría algo de tiempo para aclimatarme, para estirarme hasta aceptar su tamaño.

Pero en aquel momento, a él le daba igual.

Me estaba follando como la primera vez que lo habíamos hecho. Era duro, agresivo y rápido. Tiraba de mí con más fuerza hacia él y no apartaba su mirada de la mía, disfrutando al verme mientras mis pechos se agitaban con cada empujón.

Cerré las manos alrededor de sus muñecas y disfruté de la plenitud de su

sexo. Ya me había estirado bien, así que ahora su tamaño sólo me daba placer. Se deslizaba a través de mi humedad y estaba bañado en ella, en una mezcla de nuestra mutua excitación mientras nuestros cuerpos se devoraban el uno al otro.

Puso las manos a ambos lados de mi cintura y se inclinó sobre mí, profundizando el ángulo para que su pene me golpeará en el fondo con cada empujón. Introdujo una mano en mi cabello y me agarró por la nuca. Tiró de mí mientras me embestía, moviéndose todavía con más dureza.

—Mía.

Me agarré a sus antebrazos y gemí en su cara. Le había permitido tomarme entera, reclamarme como suya. Había renunciado por completo a mi control y a mi miedo, dándole la confianza y el amor que no había sido capaz de dar a nadie en una década. Me había vuelto más vulnerable que nunca, rindiéndome a un hombre que se había ganado mi lealtad inquebrantable. Era la sensación más liberadora que había conocido: ansiar que me poseyera en vez de temerlo. Quería que aquel hombre me dominase y confiaba en que lo haría bien. Al final, Diesel Hunt había ganado. Yo había cedido y lo había coronado vencedor.

—Tuya.

NOS SALTAMOS la cena y decidimos quedarnos en la cama.

Descansábamos intermitentemente, acurrucándonos juntos bajo las sábanas. Luego, un simple contacto se convertía en una caricia, un beso inocente se llenaba de lengua y entonces lo tenía otra vez encima de mí, hundiéndome en el colchón con su tamaño y enterrando su miembro entre mis piernas. Me lo hacía en la misma posición una y otra vez, inmovilizando mi pequeño cuerpo debajo del suyo. Continuó rellenándose con su semen, haciendo que volviera a salir goteando en las sábanas que tenía debajo.

La habitación olía a sexo.

Después de la cuarta ronda, me atrajo hacia su cuerpo y pasó una de mis piernas por encima de su cadera. Deslizó la mano hacia arriba por mi pierna, tocándome suavemente la piel con las puntas de los dedos hasta llegar a la

cadera. Entonces continuó siguiendo la curva de la cintura hasta mi pecho. Jugueteeó con mis pezones con el pulgar antes de encaminarse en dirección contraria. Me tocaba como si nunca hubiera tenido oportunidad de hacerlo. Su voz profunda interrumpió el silencio entre nosotros.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Unas cuantas cosas...

—¿Como por ejemplo? —insistió.

—Tu padre me dijo algo el otro día sobre que debería considerar tu petición como algo romántico. Pero ha sido Thorn sobre todo el que me ha hecho ver las cosas de otra manera.

Sonrió.

—Sabía que me apoyaría.

—Me dijo que eran sus propias opiniones.

—Por supuesto. No te mentaría. Te es leal a ti, no a mí.

—Me recordó que siempre me has sido leal, que me has querido desde el principio. Te has ganado mi confianza y eres el hombre al que quiero. Debería darte algo que no le he dado nunca a nadie, y por eso es por lo que he decidido hacerlo. Vas a ser mi marido... deberías tenerme entera.

Soltó un gemido tan bajo que no estaba segura de si lo había oído o sólo lo había imaginado. Me agarró firmemente la cadera, clavándome los dedos.

—No podría estar más de acuerdo con él.

—Quiero llevar tu apellido. Quiero que el mundo sepa que soy tuya. Y también quiero que el mundo sepa que eres mío.

—Que somos el uno del otro —susurró.

—Me cuesta renunciar a mi identidad y adoptar una nueva... pero es algo bueno. Quiero ser una Hunt. Quiero compartir un imperio contigo. Quiero que seamos socios, de la clase más auténtica y profunda.

—Eso me hace muy feliz. Ni te lo imaginas.

—A mí también me hace feliz. Siento haberme puesto tan difícil con este asunto.

—No te disculpes —dijo él—. Lo entiendo. Has tomado la decisión correcta y eso es todo lo que importa. —Subió la mano por mi cuello antes de posarla en mi mejilla. Sus dedos presionaron suavemente la caída de mi cabello y me contempló con sus profundos ojos marrones—. Espero que eso quiera decir que te has entregado a mí.

—Lo he hecho... Confío en ti.

Apretó la frente contra la mía y luego la besó.

—Desde el instante en que lleves mi apellido, no voy a ser el mismo hombre. Seré más intenso, más agresivo. Seré territorial y me volveré un poco loco. Espero que lo aceptes.

—No espero nada menos.

Me dio un beso en la boca.

—Entonces cástate conmigo.

OCHO

Thorn

Estábamos sentados uno frente a otro en la sala de conferencias con las malditas puertas de cristal rodeándonos por todas partes. Yo no era muy dado a comportarme con profesionalidad, así que tal vez estar como un pez en una pecera era un buen modo de mantenerme a raya.

A Autumn se le daba de fábula fingir que sólo éramos amigos. Se ceñía al trabajo y estuvo hablando de cuándo estaría a punto la primera línea de productos y de cómo habría que distribuirla. Aunque era científica, conocía bien sus márgenes comerciales. Conocía la empresa por dentro y por fuera, lo cual era impresionante porque probablemente dedicaba la mayoría del tiempo al laboratorio.

Cerró las carpetas cuando nuestra charla llegó a su fin.

—Hoy no estás muy hablador.

—Es que me distraes.

—¿Te distraigo del trabajo mientras hablo del trabajo? —preguntó sorprendida.

—La verdad es que no te estoy escuchando. Sólo te estoy mirando.

Puso los ojos en blanco, pero su leve sonrisa sugería que le gustaba aquella atención.

—¿Qué ha pasado con lo de ser profesional?

—¿Te imaginas que te agarre el culo?

—No, pero imagino que si esta enorme mesa no estuviera entre nosotros,

las cosas serían distintas...

—En realidad, es por las puertas de cristal. —Hice un gesto con la cabeza hacia la pared que tenía detrás—. No sé por qué Titan está tan obsesionada con ser transparente. Es un coñazo.

—Quiere que el mundo sepa que no tiene nada que esconder.

Los secretos estaban infravalorados.

—Supongo que debería volver al laboratorio.

Recogió los documentos, los metió en el maletín de piel azul oscura que hacía juego con el vestido negro que llevaba, y se colgó el maletín del hombro. Llevaba unos tacones de infarto e imaginé que se cambiaba de calzado cuando trabajaba en el laboratorio.

Me puse de pie y rodeé el escritorio, impidiéndole salir.

—Vamos a cenar esta noche.

—A cenar, ¿eh? —preguntó—. ¿Vas a cocinar tú?

—Si quieres... Iba a pedir algo.

—Eso tampoco está mal.

—No quiero pasar más tiempo del necesario en la cocina cuando tengo mejores cosas que hacer... —Ya estaba desnudándola con la mirada, imaginando el tacto de sus bragas de encaje arrugadas dentro de mi puño.

—¿Yo cuento como algo mejor que hacer?

—Si no lo sabes, luego te lo demuestro. —Me aparté de su camino para que pudiera llegar a la puerta, pero si las paredes no fueran transparentes, estaría besándola en la boca en ese mismo momento. Mis manos estarían tocándole el trasero y apretádoselo con fuerza.

Sonrió y se encaminó hacia la puerta.

—Me muero de ganas, Thorn. —Abrió la puerta y se alejó por el pasillo.

Vi cómo bamboleaba las caderas al moverse y observé cómo se le tensaban los gemelos con cada paso que daba. Todavía tenía que aguantar unas horas antes de poder tenerla por fin debajo de mí. Me moría de ganas de que llegara ese momento.

LLEVABA el cabello negro en rizos abiertos, sombra oscura en los ojos y un vestido de punto tan ceñido que no dejaba mucho a la imaginación.

Se había arreglado... sólo para mí.

Era un rey.

Mis manos le levantaron el vestido de inmediato y le masajearon las nalgas desnudas con las puntas de los dedos. Llevaba unos botines marrones, pero el resto de las piernas estaban desnudas, y aquella piel bronceada estaba a punto de ser víctima de mis labios agresivos. Detuve el rostro frente al suyo, pero no me acerqué para besarla, pese a lo mucho que lo deseaba.

La provoqué.

Froté la nariz contra la suya y contemplé aquellos ojos vibrantes. Tenía la energía de un bosque entero, puro y hermoso. Aquella mujer tenía algo que destacaba en comparación con las demás. De algunos nombres ni siquiera me acordaba, pero Autumn era un nombre que jamás olvidaría. Su carácter especial no se debía únicamente a su aspecto. La combinación de aquella sonrisa, su atrevida inteligencia y su porte la convertía en la mujer más deseable del planeta.

Le apreté el trasero con más fuerza mientras la abrazaba junto a la puerta de mi casa. Tenía la cena en la mesa, pero en ese momento no estaba pensando en comida.

—¿Vas a besarme o qué? —dijo con voz sensual, seduciéndome por el modo en que sus palabras me rozaron la piel.

—No. No hasta que me lo supliques. —Pasé la boca por la curva de su oreja, olí el aroma de su hermoso cabello y le besé la piel justo por debajo de la oreja, asegurándome de que oyera cómo la rozaban mis labios.

La expresión feroz de su mirada me indicó que había tenido el efecto justo.

La agarré de la mano y la llevé hacia la mesa.

—Ojo de bife, patatas y brócoli.

Como si estuviera en una bruma inducida por las drogas, tardó un minuto

en volver a la realidad.

—¿Cómo tienes ese físico si comes así todo el tiempo?

—No como así todo el tiempo. Sólo cuando estoy intentando impresionar a una chica.

Se sentó y dio un sorbo al vino al instante.

—Creía que habías dicho que no cocinabas para nadie.

—Y no lo hago. Eres la primera mujer a la que intento impresionar, de hecho.

Sonrió, pero mantuvo una expresión precavida al mismo tiempo.

—¿Es una frase para ligar?

—Ya te tengo, Autumn. ¿Por qué iba a necesitar frases para ligar? —Me coloqué la servilleta en las piernas y cogí el tenedor.

Dio un trago más largo a su copa antes de dejarla en la mesa.

—Entonces, ¿por qué quieres impresionarme, Thorn?

—Porque me gustas.

—¿Y nada más? —preguntó—. Porque ya me has impresionado de la forma que más importa.

No tenía por qué invitarla a cenar a mi casa ni que pasar tiempo con ella. Con las demás, simplemente nos acostábamos y después se largaban. No había comidas ni vino. No me había percatado de lo diferente que era mi comportamiento hasta que ella lo había señalado.

—Pues sinceramente, no estoy seguro. A las otras mujeres con las que he estado no les pedía que cenaran conmigo ni hablaba demasiado con ellas. Íbamos directos al grano y nada más.

—Entonces, ¿Titan es la única relación que has tenido?

—Supongo... —Bebí vino, sintiéndome culpable por mentirle.

—¿Y las demás sólo eran... lo que somos nosotros?

—Nunca fui monógamo con ninguna. Sólo eran diversiones para pasar el rato. A ellas les gustaban mi poder, mi riqueza y las cosas que les hacía.

Algunas estaban abiertas a hacer tríos, otras incluso cuartetos. No compararía esas experiencias con lo que tenemos nosotros.

—¿Porque nosotros no estamos con nadie más?

—Sí. Y porque me gustas de verdad.

—¿Qué es lo que te gusta de mí?

—Todo —dije con una carcajada—. Eres la mujer más guay que he conocido en mi vida.

—¿De verdad? —me preguntó con una sonrisa—. Siempre he creído que a los científicos no se los consideraba guais.

—Eso sólo lo dice la gente que no es guay.

Se rio y cortó un trozo de su filete.

—Vaya, está riquísimo.

—Es de mi restaurante favorito.

—Lo recordaré. Te compraré un bistec si quiero hacerte la pelota.

—Podrías ahorrarte el paseo y en lugar de eso ponerte de rodillas.

Estaba a punto de dar un bocado a su comida, pero en cambio me miró entrecerrando los ojos.

—Creía que la mejor forma de conquistar a un hombre era por el estómago.

—Yo soy más de sexo.

—Lo recordaré.

—¿Y tú qué? —pregunté—. ¿Sexo o comida?

—Depende.

—¿De?

—Del tío. Si tuviera que elegir entre comida o sexo contigo, elegiría el sexo. Si fuera sexo con otro tío... probablemente elegiría la comida.

Dejé de comer porque aquella mujer me fascinaba. Me hacía cumplidos de tantas formas que apenas podía creerlo. Era como si lo hiciera a propósito...

pero no era así.

—Eres fascinante.

—¿Fascinante? —preguntó.

—Sabes cómo hacerme sentir bien.

Las mejillas se le tiñeron de un suave color.

—Sólo soy sincera.

Volvimos a centrarnos en la cena porque nuestra conversación se apagó después de lo que ella había dicho. Lo máximo que teníamos en común era el trabajo que compartíamos, pero irónicamente yo no pensaba en eso cuando estábamos juntos. El trabajo era lo último que se me pasaba por la mente. Me interesaba mucho más la mujer que la colaboración.

Cuando terminamos, dejamos los platos sobre la mesa.

—¿Necesitas ayuda con los platos? —preguntó.

—No. La asistenta se encarga de eso.

—¿Cuándo viene?

—Por la mañana, cuando estoy en el trabajo.

—Ah, eso tiene sentido. Ya me parecía raro que tuvieras el piso tan limpio.

—Eh. —Le puse las manos en las caderas y le hice cosquillas—. No seas así, pequeña.

—¿Pequeña? —preguntó tensando el vientre contra las puntas de mis dedos.

—Sí. —Era la primera vez que llamaba así a una mujer, pero me gustaba. Me gustaba ponerle un apodo posesivo, un apodo que nadie más usara con ella. Me hacía sentir más unido a ella, me daba la impresión de que era mía aunque no lo fuese—. ¿Te parece bien?

Me subió las manos por el pecho y se puso de puntillas para poder mirarme mejor. Dejó los ojos fijos en mis labios, pidiéndome un beso sin pronunciar las palabras de verdad. Hundió los dedos en mi camiseta, como si deseara quitármela a tirones por la cabeza, y frotó la nariz contra la mía, pero

yo no me incliné para acercarme a ella.

—Bésame.

—Me lo tomaré como un sí...

—Entonces no me hagas seguir suplicándote.

NO SÉ CÓMO OCURRIÓ, pero terminamos en la alfombra delante de mi chimenea de gas en el salón. Con los brazos detrás de sus rodillas mientras sostenía mi peso sobre su cuerpo, me la estaba follando en el suelo.

—Joder... —La visión de sus pechos, su esbelta cintura y las expresiones eróticas que ponía mientras la complacía hicieron que aquello pareciera más un sueño húmedo que la realidad. Era demasiado bueno para ser verdad. Mi miembro podía sentir la humedad que su sexo preparaba para mí, los fluidos de la excitación. Ya me la había tirado dos veces, pero ahora mi erección estaba hundida en ella por tercera vez aquella noche—. Es que tu coño... Madre mía. —Tenía calor y estaba pegajoso por el sudor, pero aquello no me hizo bajar el ritmo. Me abrí paso por mi propio semen y sentí que me goteaba hasta los testículos. Seguí dándoselo una y otra vez, pero su minúsculo sexo no podía contenerlo todo, no cuando yo no paraba de meterle mi enorme erección.

Autumn estaba absorta en mí desde que habíamos empezado. Se había corrido sobre mi sexo más veces que nunca antes y sus manos cálidas continuaban aferrándose a mí. Sabía que me había cortado la piel porque el sudor me escocía al penetrar en las heridas. Estaría dolorida a la mañana siguiente, pero en ese momento lo único que sentía era el placer que yo le daba.

Subió las manos por mi pecho y me agarró los hombros, mientras su cabello estaba esparcido tras ella sobre la alfombra. Tenía las mejillas rosadas y los ojos más brillantes que auroras boreales. Le temblaban los pechos con mis embestidas y sus pezones permanecieron duros en todo momento. Podía sentir cómo su sexo se contraía sobre el mío cada vez que se corría.

Joder, era el mejor sexo de mi vida.

Y ella se limitaba a quedarse allí tumbada. Hasta tal punto era sensual.

—No quiero dejar de follarte nunca...

Me agarró la nuca con una mano y tiró para unir mi boca con la suya en un beso.

—Pues no lo hagas.

Noté cómo su aliento entraba en mi boca a la par que sus palabras. Mi sexo dio un brinco en su interior, enfundado en mis propios fluidos y en los suyos. Quería seguir, pero cuando aquella mujer me había dicho que no dejara de follármela nunca, no fui capaz de controlar la eyaculación.

Me corrí en su interior por tercera vez aquella noche, derramando mi semilla en el fondo de su apretado canal. Gruñí cuando la sensación de satisfacción me subió por la columna. Los testículos se me encogieron hacia el cuerpo y me dieron un placer adicional.

—Dios, qué puta maravilla...

Me subió la mano por el pecho hasta llegar al cuello, con la misma mirada de satisfacción en los ojos.

Le agarré la mano y la giré para exponer su muñeca. Le di un beso en la piel sensible, uniendo mi mirada a la suya. Nunca había estado con una mujer que me hiciera sentir tan bien. Ningún trío o cuarteto tenía comparación con estar hundido en el cuerpo de aquella mujer. El sexo no tenía necesariamente nada de especial, pero ella sí poseía algo especial.

—Quiero seguir, pero esta vez necesito un descanso...

—Merece la pena esperar por ti. —Se incorporó y me besó el pecho, pasándome la lengua por el sudor y recogiendo las gotas.

Cerré el puño sobre su pelo y acerqué su cabeza a mí, acunándola.

—Quédate a dormir.

—¿Esta noche? —preguntó.

—Sí. —Yo no invitaba a las mujeres a pasar la noche conmigo, pero sabía que empezaría bien el día con algo de sexo matutino—. No te lo he preguntado. Te estoy diciendo que te vas a quedar a pasar la noche.

—No estoy segura de por qué crees que respondo bien a las órdenes.

—No lo haces. —Le eché la cabeza hacia atrás y la miré a los ojos—.

Pero a mí sí que respondes bien.

Supe que le había dado la respuesta correcta cuando una suave sonrisa asomó a su rostro.

—Tengo que avisarte de que ronco.

—Me da igual.

—Y me quedo todas las mantas.

—De todas formas, suelo pasar calor.

—Y puede que te monte sin previo aviso en mitad de la noche.

Sonreí.

—Mejor todavía. —Seguía dentro de ella, pero mi sexo se había ablandado a lo largo de la conversación. Podía sentir mi semen caliente rodeándome porque aún estaba enterrado en el fondo de su cuerpo. Me incliné hacia abajo y la besé, disfrutando del sabor de sus labios delante de la silenciosa chimenea. Le hundi la mano en el pelo y sentí la descarga de excitación cuando aceptó quedarse conmigo.

La tendría toda la noche.

El interfono de mi ascensor pitó y Titan habló:

—¡Hola! Vamos a subir Diesel y yo, ¿te parece bien?

Detuve los labios en mitad del beso cuando mi cuerpo se llenó de desilusión. Era la primera vez que Titan salía de casa y, aunque me hacía ilusión, no podía haber elegido un peor momento.

Autumn apartó los labios con un gesto lleno de sorpresa en el rostro al oír la voz de Titan.

Uf, odiaba a Titan en ese momento.

Salí rápidamente de Autumn y me dirigí al ascensor todavía con el miembro mojado. Pulsé el botón con la mano e intenté no sonar como un capullo total.

—Hola, chicos. ¿Qué pasa?

—Tenemos una noticia fantástica que queríamos contarte —dijo Titan—. Subimos.

—Eh, espera. —Vi cómo Autumn se ponía de pie y se vestía. No quería que se escondiera por ahí como si fuera un sucio secreto, pero tampoco quería decirle a Titan que se marchara porque probablemente tendría algo importante que contarme—. Dadme sólo un segundo, ¿vale? Tengo la casa hecha un asco.

—¿Y eso desde cuándo te importa? —preguntó Titan con una carcajada.

—Esperad un momento. —Dejé el telefonillo y me acerqué a Autumn—. Les diría que se fueran, pero no habrían venido si no fuera algo importante. No he visto a Titan salir de casa en más de un mes, así que probablemente sea algo gordo.

—No pasa nada —dijo—. Lo entiendo.

Me pareció que estaba tomándoselo sorprendentemente bien.

—Bueno, pues espera en mi habitación hasta que se marchen. Intentaré que se vayan deprisa.

—¿Cómo? —Después de echarse el pelo hacia atrás, me contempló con los ojos verdes cargados de ira—. ¿Quieres que me esconda?

—Si te ve aquí, va a saber lo que estábamos haciendo.

—¿Y qué importa que lo sepa? —Cruzó los brazos delante del pecho—. ¿Es que acaso te doy vergüenza o algo así?

—¿Me estás vacilando? —rebatí—. Mírate. Dios, no, claro que no me das vergüenza.

—Entonces, ¿por qué mantenemos esto en secreto? ¿No le has dicho que nos estamos viendo?

—No. Me pareció que sería poco profesional.

—¿Y eso por qué? —preguntó—. Antes te acostabas con Titan. ¿Por qué no puedes acostarte conmigo? Sólo la estás ayudando de forma temporal.

—Creía que no querías que se lo contara —expliqué—. Un caballero no va hablándole a la gente de sus conquistas.

—Pero tenía entendido que ella era tu amiga.

—Claro que lo es. —Aquello se estaba convirtiendo en una pesadilla y el tiempo iba pasando—. Me pidió que no tuviera nada contigo porque va a hacer negocios contigo. Me lo dijo después de que empezáramos a vernos...

así que ahora no sé qué hacer. No quiero soltarle esta bomba en este preciso momento.

—¿Por qué te ha dicho que no tengas nada conmigo?

—Conflicto de intereses, supongo.

—Entonces, ¿le dijiste que querías estar conmigo?

Titan volvió a hablar por el telefonillo.

—¿Thorn? ¿Va todo bien?

Autumn continuaba mirándome con desconfianza.

—¿Podemos terminar esta conversación cuando se vayan? —pregunté—. Esto no me hace ninguna gracia y me siento un capullo, pero no sé qué otra cosa hacer. Dame un respiro.

Se puso los zapatos y cogió el bolso bruscamente de la mesa. Luego se encaminó por el pasillo y entró en mi dormitorio.

Joder, mi noche perfecta se había ido a la mierda.

Me puse la ropa y pulsé el botón.

—Subid. —Me pasé las manos por la cara e intenté combatir la migraña que estaba formándose detrás de mis ojos. Lo último que quería era echar a Autumn. Quería compartir la cama con ella y disfrutar de ella a la mañana siguiente. Si Titan y Diesel no fueran como de mi familia, les habría dicho que se fueran a freír espárragos.

Las puertas del ascensor se abrieron un instante después y pasaron a mi casa.

Titan estaba en muy buena forma. Iba bien vestida y sonreía, y Diesel le sujetaba la mano.

—Es agradable estar fuera otra vez, ¿eh? —pregunté riéndome.

—Es agradable salir de casa —dijo Titan—. Hace una eternidad que no sentía el aire fresco.

—Y es un detalle por tu parte dejar que salga ya de casa. —Le estreché la mano a Diesel.

—Creo que ya es buen momento. —En cuanto me soltó la mano, volvió a

ponerla en la cintura de Titan.

—Espero que no hayamos interrumpido nada —dijo Titan.

—No, no os preocupéis. —Esperaba que no se fijaran en los platos vacíos de la mesa de la cocina y que no notasen el evidente olor a sexo del salón. No los invité a sentarse en los sofás porque estaba intentando mantenerlos alejados del otro lado del ático. No quería que Autumn oyese algo que no debería.

—Bueno, ¿entonces tenéis una buena noticia?

—Sí —dijo Titan—. Por fin nos vamos a casar.

—¿Sí? —pregunté—. ¿Cuándo?

—Pues no estamos avisando con mucho margen, pero... el fin de semana que viene.

—No tiene nada de malo —dije—. Ya sabéis que podéis contar conmigo. ¿Dónde?

—En Tailandia —respondió Diesel—. Es un viaje largo, pero sólo vamos a invitar a una docena de personas.

—Ostras, me encanta Tailandia. Yo me apunto, ya lo sabéis. —Era un país precioso con unas playas espectaculares. Había estado unas cuantas veces—. Estoy muy emocionado por vosotros. Lleváis mucho tiempo esperándolo y ahora por fin va a pasar.

—Estamos muy ilusionados. —Titan compartió una mirada de afecto con Diesel.

Diesel le devolvió el mismo gesto.

—Gracias por haberla animado a ponerse mi apellido. Es el mejor regalo que podría darme.

—No me costó demasiado convencerla. —Me metí las manos en los bolsillos de los vaqueros—. Siempre lo había deseado. Yo sólo tuve que hacer que se diera cuenta de cuánto.

—Gracias de todas formas —dijo Diesel—. Estoy contando los días para poder llamarla señora Hunt. —Cuando volvió la mirada hacia ella, frotó la nariz con la suya.

Por algún motivo, aquello me recordó a Autumn.

—Gracias por haber venido a contármelo en persona. Me pondré a buscar mi bañador en cuanto os vayáis.

—Hay una cosa más. —Titan se alejó de Diesel y se acercó a mí; a juzgar por el afecto que brillaba en sus ojos, tenía algo que pedirme. Su mirada estaba llena de emoción antes incluso de decir nada—. Thorn... Ya sabes lo que te voy a pedir.

Sí, lo sabía.

—Y tú sabes cuál va a ser mi respuesta.

—¿Quieres ser mi padrino? —preguntó—. No querría que lo fuera nadie más.

Los medios no comprenderían por qué hacíamos una cosa así. ¿De verdad iba a llevar al altar a mi exprometida para que se casase con su nuevo amante? No sonaba plausible. Pero sabía que era importante para ella porque nuestra relación era mucho más profunda de lo que nadie sabía.

—Será un honor.

—Gracias. —Se aproximó a mi pecho y me abrazó—. Eres lo más parecido a una familia que tengo.

—Ya lo sé. —Le sostuve la espalda—. Tú también eres mi familia.

Se quedó allí un rato, abrazándome durante más tiempo que nunca.

Cuando Diesel nos miró, lo hizo con un atisbo de celos. Yo era el último hombre por el que tendría que sentirse celoso, teniendo en cuenta que ella había roto nuestro compromiso. El amor que había entre nosotros era puramente fraternal. Pero que no fuera romántico no quería decir que no fuese profundo.

Se apartó y me miró con los mismos ojos emotivos.

—Siempre has sido tan bueno conmigo... Hasta cuando rompí nuestro compromiso porque me enamoré, volviste conmigo.

Esperaba que Autumn no hubiera escuchado aquello.

—Tú y yo siempre estaremos juntos... La única diferencia es que ahora también tenemos a Diesel... así que somos tres.

—Sí... Somos una familia. Has sido mi mejor amigo desde hace diez años y sé que lo seremos para siempre.

No dije nada porque temía alentarla. Tenía que contarle la verdad a Autumn, pero quería ser yo quien se lo dijera. Y primero tenía que hablar con Titan al respecto.

—Pues claro.

Retrocedió y volvió con Diesel.

—Mañana voy a ir a por el vestido. ¿Quieres venir conmigo y ayudarme?

Ir a comprar vestidos no me iba mucho, pero no podía decir que no.

—Claro.

—Asegúrate de que escoja uno bueno —dijo Diesel—. Cuanto más deje al descubierto, mejor.

—Lo intentaré —dije riéndome.

Se despidieron y se marcharon de mi ático. Cuando las puertas del ascensor se cerraron y por fin se fueron, me dirigí al dormitorio con la esperanza de encontrar a Autumn de mejor humor que cuando nos habíamos separado.

Cuando vi su rostro, me di cuenta de que mi deseo no se había hecho realidad.

—¿Quiere que seas su padrino? —preguntó sin dar crédito.

Sabía que aquello iba a acabar mal.

—Su padre falleció cuando era joven.

—Eso ya lo sé, pero creo que es raro... ¿Tú no? —Levantó una ceja.

Sí, tenía razón. Sí que era raro.

—Yo...

—Me preguntaba si seguía enamorada de ti y oír eso me hace pensar que tiene que estarlo... No se me ocurre ninguna otra explicación.

Estaba tan perdida con aquel tema que directamente estaba en una galaxia distinta.

—Siempre he admirado a Titan por ser la empresaria inteligente y entendida que es. No estaría donde está hoy si no fuera un genio. Pero todo esto me confunde. O sigue sintiendo algo por ti o es una insensible total al pedirte que seas su padrino. Vamos, es que es maleducado. Que espere siquiera que vayas a la boda es... cruel.

Ahora que la imagen de Titan se estaba viendo perjudicada, no podía dejar que aquello continuara. No quería que Autumn se cuestionara su relación empresarial con Titan. Si se retiraba del acuerdo, dañaría a Titan de forma considerable.

—Tenemos que hablar... —Me senté en el borde de la cama y di unas palmaditas a mi lado.

Ella lanzó una ojeada con recelo antes de sentarse.

—¿Qué pasa, Thorn?

—Lo que estoy a punto de contarte te va a resultar confuso... pero es la verdad. No quiero que pienses que Titan es algún tipo de psicópata emocional, así que tengo que decirte la verdad. Pero espero de verdad que esto quede entre nosotros.

—Vale... —Cruzó las piernas sobre la cama y apoyó las manos en el regazo.

Algo dentro de mí me decía que podía confiar en Autumn. Ella no revelaría el secreto de Titan al mundo. Nos perjudicaría tanto a Titan como a mí; quedaríamos como los mayores mentirosos del planeta.

—Titan y yo nunca hemos tenido una auténtica relación. Somos amigos desde hace más de una década y ella se había dado cuenta de que no quería tener una relación con nadie. Y yo tampoco. Pero quería formar una familia, y yo también. Así que se nos ocurrió casarnos y tener una familia. Nuestra relación no se basaría en el romance, sino que sería un acuerdo basado en la confianza, la lealtad y la honestidad. Tanto ella como yo tendríamos libertad para mantener relaciones con otras personas, pero, en última instancia, estaríamos comprometidos el uno con el otro. Yo la amaría y la protegería como debía hacer cualquier marido, pero jamás estaría enamorado de ella. —Fijé la mirada en el otro lado de la habitación, en los ventanales que mostraban la ciudad. No me apetecía mirar a Autumn a la cara, no cuando acababa de soltarle aquella aplastante verdad.

A juzgar por su silencio, se había quedado sin palabras.

—Conoció a Diesel antes de que nos prometiéramos. Se enamoró de él, pero rompieron por un malentendido. Cuando volvieron juntos, yo ya le había pedido matrimonio y ella me dijo que tenía que romper el compromiso. Yo me enfadé porque me hacía quedar como un idiota, pero conseguimos arreglarlo. Y ahora aquí estamos... Seguimos siendo amigos. —Me giré hacia Autumn para ver su reacción.

Su expresión no había cambiado en absoluto, pero abrió la boca ligeramente para hablar. Volvió a cerrarla de nuevo y se aclaró la garganta.

—Entonces... ¿Todo fue un montaje publicitario?

—Supongo. Pero no lo hacíamos por la publicidad.

—¿Alguna vez os...?

—Ni una sola vez. Ni siquiera la he besado.

—¿Pero te imaginabas pasando la vida con ella?

—Como compañero, sí. Como he dicho antes, nunca he estado enamorado de ella. Me alegré cuando conoció a Diesel. Es un tío genial y sé que juntos serán felices mucho tiempo.

—¿Ella por qué aceptó este acuerdo? Titan es guapa y exitosa... Podría tener a cualquier hombre que quisiera.

Yo no quería traicionar a Titan revelando sus secretos, pero su historia ya era de dominio público.

—Pasó por una relación de malos tratos cuando era joven. La destrozó mentalmente y tenía problemas de confianza. Quería estar con alguien con quien pudiera contar, alguien en quien pudiera confiar sin reservas. Sabía que yo siempre la cuidaría, que nunca le pondría una mano encima y que podía ser todo lo que ella necesitaba. Sería un padre fantástico para sus hijos y procedía de una buena familia... Todas esas cosas. Y además ella también iba a seguir manteniendo relaciones sexuales con otros. Era perfecto para los dos.

—¿Y para ti por qué era perfecto?

—Porque yo tampoco quería una relación. Tener a Titan como esposa solucionaba mis problemas. Hacía felices a mis padres y económicamente era

un movimiento inteligente. Me gusta su compañía y le confiaría mi vida. Es difícil encontrar amigos de verdad que te sean fieles para siempre... especialmente en un mundo cruel como este.

Se cruzó de brazos, pegándose más el vestido al cuerpo. Debía de haberse arreglado el pelo con los dedos mientras yo estaba en el salón con Diesel y Titan, porque volvía a tenerlo peinado.

Esperé en silencio, prácticamente en vilo.

—¿Autumn?

Se aclaró la garganta.

—Estoy segura de que Titan y tú no sois los primeros que hacen un acuerdo así, pero... es sólo que me ha pillado por sorpresa. Te conté cosas de mi vida personal porque creí que las entenderías... Y ahora me siento un poco estúpida.

—No, no te sientas estúpida. —Le agarré la mano con la mía—. Por favor.

No me miraba.

—Pequeña.

Al principio se resistió al apodo, pero después de diez segundos, al final se giró hacia mí.

—No quiero que te sientas así. Me siento culpable por haberte engañado, pero me alegro de que compartieras aquello conmigo. Me da la sensación de que por eso te conozco mejor... y me siento más unido a ti.

—Yo te conté algo sincero y personal sobre mí. Ahora quiero saber algo de ti.

—Lo que sea. ¿Qué quieres saber?

—¿Cuál es la verdadera razón por la que no quieres una relación?

No quería edulcorarle la verdad. Ella me había contado algo que era difícil de compartir y sería un insulto que yo no le revelara mi verdad.

—Es que no siento nada. He estado con un montón de mujeres, pero jamás he estado cerca de enamorarme de nadie. Nunca me han roto el corazón. Simplemente me gusta tener rollos sin importancia y me gusta estar con mujeres que me permitan controlarlas... hacer lo que yo quiera. —A medida

que las palabras salían de mis labios, supe que estaba sonando como un capullo. Ella tampoco quería una relación, pero al menos se debía a una razón legítima.

Su expresión no se alteró y no pareció que me estuviera juzgando.

—Eso no significa que no sea un caballero. No significa que no sea honesto. No significa que no me preocupe. Titan es la única mujer con la que he tenido una relación cercana además de mi madre. Titan es una persona increíble y obviamente es guapa... pero nunca he sentido nada. Me hace preguntarme si soy incapaz de sentir amor romántico. A lo mejor es que me pasa algo, no estoy seguro. Cuando veo cómo Diesel mira a Titan, sé que yo nunca he mirado a nadie así.

—Gracias por contármelo.

—Sé la impresión que da de mí... pero espero que eso no te espante.

—No —dijo llanamente—. Pero no estoy segura de que la forma en que te evalúas a ti mismo sea precisa del todo.

—¿Por qué lo dices?

Se echó el pelo hacia atrás y apartó la mirada de la mía.

—A lo mejor me la estoy jugando con lo que te voy a decir, pero... me da la sensación de que yo te importo.

—Claro que sí. —Yo sabía que era así. Nunca me cansaba de ella. Jamás le había pedido a una mujer que se quedara a dormir en mi casa. Nunca antes había cocinado para alguien.

—Pero creo que te importo de una forma distinta que las otras mujeres.

—¿Por qué dices eso?

—Nunca has preparado la cena para nadie. Nunca se ha quedado nadie a dormir. Simplemente me parece que... a lo mejor yo soy diferente.

Nunca lo había pensado demasiado. No llevaba con ella tanto tiempo.

—Eres un hombre muy celoso... eso lo sé. —Se rio.

—Sí... Tienes razón.

—Fuiste tú el que quiso que fuéramos monógamos.

Aquello también era cierto.

—Quizás hayas madurado. A lo mejor ver a Titan enamorada ha tenido un efecto en ti.

—Sí, supongo que es posible... pero tú no quieres tener una relación de todas formas, ¿no?

Volvió a bajar la vista con una sonrisa en la cara.

—Bueno, si conociera a un buen chico en quien confiara de verdad y con quien me sintiera a gusto... tampoco descartaría la idea.

¿Por qué aquello me había hecho feliz? ¿Por qué me había puesto una sonrisa en la cara? Entrelacé sus dedos con los míos y me llevé su mano a los labios. Dejé la boca allí apoyada un instante, deleitándome en su piel cálida.

—Y, si yo conociera a una mujer increíble... yo tampoco descartaría la idea.

NO SABÍA CÓMO REACCIONARÍA TITAN.

Pero sospechaba que iba a cabrearse.

En cierto modo, le había mentido sobre que salía con Autumn y luego le había contado a Autumn la verdad sobre mi falsa relación con Titan. Era una traición en varios sentidos, pero esperaba que no le importara demasiado porque iba a casarse en menos de dos semanas.

El chófer de Titan nos llevó a lo largo de la calle hacia los estudios de los diseñadores de moda. Yo había salido de la oficina un poco antes de lo habitual para tener tiempo de sobra para elegir el vestido correcto. Imaginaba que Connor Suede iba a diseñar algo en exclusiva para ella.

—¿Le has contado a Connor tus ideas?

—¿Connor? —Titan me miró de forma inexpresiva. Vestida de nuevo con ropa elegante y con el cabello perfectamente peinado, había vuelto a ser ella misma. Lo único diferente eran sus pies: ahora llevaba calzado plano en lugar de tacones porque aún no estaba lo bastante fuerte para caminar con ellos por las aceras resbaladizas después de todo un día de lluvia.

—Te va a diseñar él el vestido, ¿no?

—No —dijo riéndose—. Dios, ¿te imaginas la masacre?

—Me he perdido.

—Diesel sabe que me acosté con él... así que no le mola mucho la idea.

Asentí lentamente.

—Ya lo pillo...

—Me he decidido por Chase Cruz. Además, él se especializa en vestidos de boda. Las habilidades de Connor están más bien orientadas a prendas de oficina y a moda de verano.

Me sentí aliviado por no tener que verlo. Quería acostarse con mi mujer, cosa que a mí no me hacía demasiada gracia. Por supuesto, si él hubiera sabido que yo salía con Autumn, se habría retirado porque era un caballero, pero su ignorancia no hacía que lo odiase menos.

—¿Tienes alguna idea de lo que quieres?

—Sí. Corte de sirena con mangas de encaje. Algo sencillo pero elegante. Y quiero la espalda abierta. A Diesel le gusta mi espalda... —Sonrió y miró por la ventana.

—Demasiada información, Titan.

—Tú me has contado cosas peores, Thorn. No te hagas el inocente.

Le había mencionado mi trío en dos columpios sexuales. Con pelos y señales.

—Cierto. —Me pregunté cuándo debería contarle lo mío con Autumn. Había planeado hacerlo ese mismo día porque ya no podía seguir guardándolo en secreto. Aunque mi vida personal no era asunto suyo, aquello le atañía—. Gracias por haberme traído contigo.

—De nada. Según las órdenes de Diesel, tienes que asegurarte de que esté buena.

Solté una risita.

—Tú siempre estás buena, Titan. Podrías ponerte uno de esos disfraces hinchables de *Tyrannosaurus rex* y Diesel seguiría pensando que estás

espectacular.

Sonrió.

—Sí... Probablemente tengas razón.

Nunca me había fijado de verdad en lo feliz que era cuando hablaba de él. Sabía que le quería y me daba cuenta de lo intensa y apasionada que era su relación. Pero la profundidad de su conexión era absoluta y estaba cargada de significado. Su historia estaba escrita por todo su rostro... y en su corazón.

¿Tendría Autumn razón? ¿Había esperanza para mí?

Llegamos a la oficina y nos acompañaron a la sala de diseño. Chase Cruz saludó a Titan con un beso en cada mejilla y luego me dio la mano. Era un hombre atractivo que podría desfilarse con su propia ropa si lo deseara, y hablaba con un acento puertorriqueño que haría caer rendida a cualquier mujer a la que intentara impresionar.

—Encantadora, como siempre. Muchas gracias por permitirme diseñar tu vestido. Es un auténtico honor.

Titan le dio unas palmaditas en el hombro.

—Eres un amor, Chase. Me muero de ganas de que me pongas guapa.

—Y lo haré —aseguró—. No habrá ningún problema. El señor Hunt es un hombre con suerte. —Le pasó un vestido interior de color carne que apenas le ocultaría los pechos cuando se lo pusiera—. Ponte esto y te tomo las medidas.

Titan entró en el cambiador y cerró la puerta.

Yo me senté en una silla fuera del vestidor que tenía una copa de champán y un plato de fresas cubiertas de chocolate al lado. Era un toque elegante, pero a mí me iba más la fruta con licor.

—Me sorprende que Diesel te haya permitido salir de casa hoy.

—Él no me permite hacer nada, Thorn. Vamos a dejar eso claro. —Bajó la voz y volvió a subirla mientras se quitaba la ropa y se ponía el vestido por la cabeza—. Y le ha parecido bien porque sabía que tú ibas a venir conmigo.

Ya había matado a un hombre por ella. ¿Qué no haría?

Salió sólo con el vestido interior y se puso de pie en la plataforma que había en el centro de la sala. El vestido lo cubría todo, pero aun así dejaba a

la vista la mayor parte de su piel. Bajé la mirada hacia mi teléfono para darle algo de intimidad.

Chase le tomó las medidas de todo el cuerpo y luego fue sacando distintos vestidos para ver qué le gustaba. Titan rechazó todos los grandes y pomposos, y los más sencillos fueron los claros ganadores. Juntos examinaron el encaje y decidieron qué le gustaba más a Titan.

—¿Qué me dices de diamantes? —preguntó Chase—. Diamantes de verdad.

—No —dijo Titan—. Quiero que el único diamante que lleve sea el de mi dedo.

Chase asintió comprensivamente.

—Entonces creo que lo mejor será el encaje. Podría hacer mangas sencillas, la espalda abierta y un ajuste ceñido perfecto en la parte baja de la espalda. Tienes curvas naturales, lo cual hará que el vestido parezca una segunda piel.

—Suenas de maravilla.

—Me llevará un tiempo, pero si empiezo hoy, debería tenerlo acabado en una semana.

—Gracias, Chase. Sé que te estoy pidiendo mucho.

—Cualquier cosa por Tatum Titan.

Ella mantuvo la sonrisa, pero arrugó ligeramente los ojos con un asomo de tristeza.

Dentro de poco nadie volvería a llamarla por aquel apellido.

VOLVIMOS a su ático y Titan me mostró el traje que quería que me pusiera. Era de mi diseñador favorito y de un color que yo había llevado muchas veces, pero como aquel era su día, no me importaba lo que me pidiera que llevase.

Hasta me habría puesto un traje de payaso si me lo hubiera pedido.

—¿Qué te parece? —me preguntó.

—Me gusta. —Era azul marino con una corbata negra—. ¿Qué va a llevar Diesel?

—Un traje negro.

—Entonces, ¿yo voy a ser el único que vaya de azul?

—Sí. —Puso la funda de plástico al traje y lo dejó sobre el respaldo del sofá—. Le he pedido a mi ayudante que se encargue de la mayoría de los preparativos. Te he reservado una de las mejores *suites* del complejo. ¿Vas a ir acompañado?

No se me había pasado aquella idea por la cabeza. La única persona a la que llevaría era Autumn, pero no podía soltar aquello en ese preciso instante.

—Todavía no estoy seguro... ¿Quiénes están invitados?

—Sólo algunos amigos, la familia de Diesel y unas pocas personas más.

—¿Y la señorita Alexander? No la conoces demasiado bien, pero probablemente al final acabéis siendo buenas amigas.

—No estoy segura —dijo—. Es una situación complicada, todavía no he tomado ninguna decisión.

Puede que yo la tomase por ella.

—¿Quieres beber algo? —me preguntó mientras entraba en la cocina.

—Ponme lo que vayas a tomar tú. —Me senté en el sofá al lado de mi traje.

—Yo todavía sólo puedo tomar agua —me respondió—. Así que, ¿estás seguro?

Hice una mueca.

—Ponme un *whisky* de malta solo.

Cogió el vaso y me preparó la copa en el mueble bar antes de volver.

—Creo que nunca te he visto beber agua desde que te conozco...

—Porque no la bebo —bromeé.

—Me imagino cómo serán tus conversaciones con el médico...

—No muy buenas —dije riéndome. Di un largo trago y sentí el ardor bajándome por la garganta hasta el estómago. Al instante percibí el calor, que me ayudó a reunir el coraje para decir aquello.

—Titan, tengo que contarte una cosa. Voy a ser sincero contigo... No te va a hacer gracia.

Cruzó las piernas y dejó el vaso en la mesa.

—Es una lástima que no pueda tomarme un Old Fashioned para estar preparada. —Se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en la rodilla—. ¿Qué pasa, Thorn? Y, por favor, dime que no tiene nada que ver con Diesel.

—Lo cierto es que no.

Suspiró aliviada.

—Bueno, eso lo hace un poco más fácil, supongo.

Me froté las palmas de las manos e intenté encontrar la frase adecuada con la que empezar, pero no había ninguna opción buena.

Titan me observaba expectante.

Sentí su dura mirada.

—Me estoy acostando con Autumn. —Ya lo había soltado. Mi secreto ya no era un secreto, y la verdad era que sentaba bien habérmelo quitado de encima—. Empezó hace casi un mes. —Evité su mirada porque ya sabía qué expresión estaría poniendo.

Estaba cabreada.

—¿Desde antes de que fuera mi socia?

Asentí.

—Fui a su despacho para negociar tus condiciones y... la atracción estaba ahí. Iba aumentando cada vez que estaba con ella. Entonces coincidimos en una fiesta y ella dio el primer paso. —No le di detalles ni le dije que Autumn me había mirado el paquete sin vergüenza y se había convertido en una gran admiradora de mi pene.

Cuando Titan suspiró, supe que estaba furiosa. No era la clase de persona que se ponía a despotricar cuando se enfadaba. Su silencio era más afilado que un cuchillo de cortar carne. Atravesaba el aire y escocía como la sal en

una herida abierta.

—Esto es increíble... No me puedo creer que no me lo contaras.

—No tengo que contarte hasta el último detalle de mi vida personal, Titan. —La atacó, recordándole que cada uno tenía su propia vida a pesar de lo unidos que estábamos—. No quería que pensaras mal de ella porque quisiera acostarse conmigo.

—Me da igual lo que hagas con tu polla, Thorn, pero confié en tu criterio para saber si era una buena opción para la empresa. Eras mis ojos y mis oídos. Y ahora me entero de que tu objetividad estaba en entredicho porque te la estabas follando todo el tiempo. Confié en ti.

Aquello era algo para lo que no estaba preparado. Ni siquiera había imaginado que se sentiría así hasta que lo dijo y ahora me daba cuenta de que tenía derecho a preocuparse.

—Mi objetividad nunca estuvo en entredicho. Autumn es humilde y es un genio. No podrías encontrar a nadie mejor. Y, sinceramente, no podías competir con ella. Esta era la única opción.

Se puso en pie de golpe y empezó a pasearse por la sala con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No me lo contaste para proteger su intimidad, pero no protegiste mis objetivos. Deberías haberte aliado conmigo, Thorn, no con ella. ¿Y de verdad crees que yo juzgaría a una mujer por querer acostarse con un hombre? Venga ya, creo que no me conoces bien. —Sacudió la cabeza y dejó escapar otro suspiro.

—Creía que iba a ser un rollo de una noche, así que no pensé que hiciera falta contártelo.

—¿Y en qué momento dejó de ser un rollo de una noche?

Al instante.

—Pues no me acuerdo.

Dejó de caminar y me lanzó una mirada furibunda.

Cuando tuve a Autumn una vez, la deseé de nuevo. Lo supe en el segundo en que me la tiré.

—Unos días después...

—Entonces, ¿se ha convertido en una relación?

—No es una relación, es un acuerdo. Ella no quería una relación y yo tampoco... pero tampoco queríamos estar con otras personas.

—Lo cual lo convierte en una relación —soltó—. Si fuera un rollo de una noche, probablemente daría igual. Pero conoces de verdad a esta mujer, compartís pensamientos y sentimientos, lo cual nubla tu capacidad para tomar decisiones válidas. Podrías haber insistido en ello sólo por tu encaprichamiento.

—Ten un poquito más de fe en mí, Titan. —Me levanté y empecé a pasear—. No soy ningún idiota que se trague cualquier cosa que le diga una mujer. Sé separar las cosas. Sé que es la socia perfecta para ti e, independientemente de lo que ocurra entre nosotros, eso nunca cambiará. No es sólo un presentimiento. Es una afirmación respaldada por pruebas.

Titan desplazó el peso a una pierna, aún con los brazos cruzados y con aquella mirada feroz en los ojos. Tamborileó con los dedos sobre su brazo mientras meditaba sobre mis palabras. Sabía que estaba pensando por el gesto concentrado de su rostro. Estaba debatiéndose consigo misma, repasando todo lo que habíamos dicho con un enfoque crítico.

—En el fondo, no cambia nada. Ahora estamos donde estamos y tenemos que sacarle el máximo partido... Supongo.

—Será genial, Titan. Autumn es el supergenio que necesitas para llegar al próximo nivel.

—Espero de verdad que tengas razón. —Por fin volvió a mirarme, calmada pero irritada.

Habíamos superado el primer obstáculo. Con suerte, superaríamos también el siguiente.

—Hay otra cosa más...

Suspiró, preparándose.

—Hemos pasado mucho tiempo juntos y ella creía que la relación entre tú y yo era cierta. El tema no paraba de salir y me llegó a contar algo muy personal a raíz de eso. La opinión que tenía de ti empezó a cambiar porque no

entendía que me pidiesen que fuera tu padrino... ni directamente que quisieras que estuviese en tu boda. No paraba de evaluar la situación de forma crítica y no se le ocurría más explicación que el hecho de que fueras una sádica y una psicópata... así que le conté la verdad.

Esta vez soltó un gruñido.

—Tienes que estar de coña.

Me metí las manos en los bolsillos y me encogí de hombros.

—No me quedó más remedio.

—Pues claro que sí —soltó—. Simplemente podrías no haber dicho nada.

—Titan, era tu reputación la que se estaba viendo afectada. Habría tenido consecuencias en tu relación laboral con ella.

—Cosa que directamente no habría ocurrido si no hubieras empezado a follártela. —Ahora era imposible extinguir aquel fuego: estaba furibunda. Había conservado la calma durante la primera parte de la conversación, pero ahora cualquier signo de civismo había desaparecido—. Thorn, puedes tener a cualquier mujer de esta puta ciudad.

—Pero es que no quiero a ninguna otra.

Como si le hubieran tirado un jarro de agua fría por la cabeza, su fuego abrasador fue sofocado de inmediato.

—Entiendo que estés disgustada y sé que fue una decisión estúpida por mi parte, pero tú aceptaste mi pedida y luego me hiciste quedar como un puto idiota ante todo el mundo. Todavía me lanzan miradas raras cuando salgo.

Su mirada se llenó de culpa de inmediato.

—Así que estamos empate. Tú la cagaste y ahora la he cagado yo. ¿Estamos en paz?

Bajó las manos a los costados y suspiró mientras su enfado desaparecía.

—Estamos en paz.

Nunca creí que me alegraría de que me la hubiera liado delante del mundo entero, pero ahora había valido la pena. Acababa de recurrir a mi carta para salir de la cárcel. Pero aquella era mi única esperanza. No podía haberla empleado mejor.

—Corrígeme si me equivoco, pero me parece que esta mujer te gusta de verdad.

—Me gusta, sí.

Se acercó a mí, tratándome con la ternura que había mostrado aquel día cuando habíamos diseñado su vestido de boda.

—¿Sabes lo que quiero decir? Nunca te he oído decir que te gusta alguien. Normalmente te gusta el culo de alguien o algo así.

—El culo de Autumn me gusta... pero también me gusta todo lo demás.

Titan me contempló con aquella mirada de complicidad, examinándome como una máquina de rayos X.

—¿Va en serio?

—No lo sé, Titan. Ahora mismo lo único que sé es que me gusta estar con ella y que quiero seguir viéndola.

—¿En exclusiva? —Levantó una ceja.

—Sí.

Relajó la ceja, pero su sonrisa se ensanchó.

—Eso es una novedad.

—Seguramente me acabaré aburriendo de ella como me pasa con todas las demás, pero por ahora estoy contento así.

Regresó a su asiento en el sofá y cogió el vaso de agua.

—Si pudiera, estaría tomándome una copa contigo, pero tendrá que bastar con el agua. Así que cuéntame todos los detalles.

—Venga ya, yo no soy de los que largan las cosas.

Casi se atragantó con el agua cuando se echó a reír.

—No, lo único que haces tú es largar las cosas.

—Pero no en una situación como esta. Trabajas con ella. No es adecuado.

—Thorn, soy tu mejor amiga. Me hablas de las demás.

—Las demás son diferentes.

—¿Por qué?

—Porque no me importan.

Sonrió como si acabase de hallar una pieza de oro que nadie más había visto todavía.

—Supongo que eso es todo lo que necesito saber...

—No te hagas esperanzas.

—Demasiado tarde.

—Porque no ha cambiado nada.

—Ha cambiado todo. En cuanto dejaste de ponerte condón, en cuanto no le contaste los detalles a tu mejor amiga, y en cuanto me has hablado de ella... todo ha cambiado. Pero eso no es nada malo, Thorn. Siempre he tenido la esperanza de que encontraras a alguien como me ha pasado a mí. No hay un sentimiento más increíble en todo el mundo.

Veía cómo se miraban casi cada día. Veía la confianza inquebrantable que se tenían el uno al otro. Veía cómo crecía su amor a medida que avanzaba el año, cómo se volvía más profundo y nunca flaqueaba a pesar de los obstáculos que se presentaban en su camino. Cualquiera que encontrase esa clase de amor tendría mucha suerte.

Pero, ¿sería yo uno de los afortunados?

—Voy a darte un consejo y más te vale seguirlo.

—No te lo he pedido —repliqué.

—Pues te aguantas porque me vas a escuchar.

Puse los ojos en blanco.

—Consejos de una mujer que ha tenido una sola relación en toda su vida...

—Una relación fantástica —dijo—. Y este es mi consejo: sé sincero con ella.

—Titan, ¿cuándo no soy sincero yo? Soy tan claro que a la gente le caigo mal.

—No digo sincero en ese sentido.

—¿En qué sentido entonces? —Me acabé el resto del *whisky* antes de limpiarme la boca.

—Sé sincero con respecto a lo que sientes. —Se llevó una mano al corazón—. No restes importancia a tus sentimientos. No le digas que quieres estar con otras si no es así. No le digas que no quieres hacerlo porque tengas miedo. Entrégate a fondo.

Aparté la mirada y no respondí a su afirmación. Titan quería lo mejor para mí, así que se había puesto optimista. No quería que estuviera solo el resto de mi vida, y tampoco es que yo quisiera.

—En realidad, estaba pensando en pedirle algo más...

—¿El qué? —preguntó Titan.

—Estaba pensando en preguntarle si querría tener el mismo acuerdo que teníamos tú y yo.

—¿Por qué iba a aceptar eso?

—Porque quiere lo bueno que implica, pero no todo lo malo.

—O simplemente podrías intentar tener algo real...

—Y puede que lo hagamos... pero a lo mejor podríamos hacerlo de un modo distinto. Ella tiene miedo de sufrir y yo quiero algo de seguridad. Me voy haciendo mayor y quiero tener pareja. Y qué mejor pareja que una mujer con la que tú haces negocios. Tiene mucho que ofrecer y sería una persona fantástica con la que unir mis bienes. Y con respecto a los niños... Ella tendría unos niños preciosos.

—Supongo que ya te entiendo.

—Y a lo mejor nos enamoramos por el camino... o a lo mejor no. Pero sea lo que sea, nos quedará una relación basada en la amistad, la confianza y la lealtad. Y eso siempre dura más que el amor.

NUEVE

Vincent

Se abrieron las puertas del ascensor y entré en el ático que compartían Tatum y mi hijo. Ahora que se iban a casar en poco más de una semana, sospechaba que algunas cosas iban a cambiar.

Pero otras seguirían igual.

Nada me hacía más feliz que ver con qué facilidad cruzaba Tatum la habitación para abrazarme. Me dio un abrazo fuerte, sin hacer una mueca por el dolor del pecho. Parecía haber recuperado la salud por completo, hasta tal punto que daba la impresión de que jamás la hubiesen disparado. Las tragedias como la que ella había tenido que soportar normalmente cambiaban a las personas.

A ella no la había cambiado en absoluto.

—Estás guapísima, Tatum. —Cuando me aparté, bajé la vista hacia su anillo. Solía ver a Isabella con él puesto todos los días, pero luego había desaparecido en el agujero negro de mi mesilla de noche. Verlo en la mano de Tatum me procuraba un tipo diferente de alegría. Me hacía sentir como si Isabella continuara allí, dándole la bienvenida a la hija que nunca había llegado a conocer.

—Gracias, Vincent. ¿Te puedo ofrecer algo?

—Sólo un poco de agua, por favor.

Titan fue a la cocina a por un vaso y lo depositó en la mesita de café.

—¿Qué tal va todo?

—Ando arreglando las cosas en el trabajo para mis vacaciones.

—Espero que la boda no te cause demasiadas molestias.

—Para nada. —Me senté en el sofá, desabrochándome el botón de la chaqueta mientras doblaba el cuerpo para sentarme—. Es sólo que tengo que estar preparado. Trabajo para poder tener una vida. No vivo para trabajar. Hay una gran diferencia.

—Y es una diferencia importante. —Ella también tenía un vaso de agua, pero no bebió. Tenía los labios pintados de su color habitual y se había puesto un vestido negro que normalmente llevaría al trabajo, aunque no había vuelto a la oficina... al menos, que yo supiera—. Bueno, ¿tenías pensado traer a una acompañante? —preguntó—. Es para avisar a la planificadora.

Interrumpí de inmediato el contacto visual mientras el bello rostro de Scarlet me venía a la mente. Su cabello oscuro encuadraba su cara a la perfección, y las esbeltas líneas de su cuello me hacían desear besarla por todas partes. Había pasado una semana y no habíamos hablado. No estaba seguro de por qué esperaba que me llamara ella después de la dolorosa conversación que habíamos tenido. Había aceptado mi marcha con dignidad y elegancia, algo que sólo me hizo desearla más. Era una mujer fuerte, de la clase que no se muestra débil delante de nadie. Se negaba a permitirme hacerle daño y aquello me hacía respetarla.

—No.

—Oh... Qué lástima.

—Sí. —Bebí un trago de agua y sentí el fresco líquido humedecer mi garganta reseca.

—Entonces hace tiempo que no sales con nadie, ¿no?

Diesel no andaba por allí, así que aquella conversación no resultaba incómoda. Sentía que podía contarle a Titan cosas que no podía contarles a mis hijos. A lo mejor era porque era una mujer.

—Pues sí, la verdad. Estuve más o menos saliendo con una mujer de la revista *Platform*... pero la cosa no salió bien.

Entrecerró los ojos para mirarme y ladeó la cabeza. Nada de lo que yo había dicho resultaba particularmente alarmante, pero era evidente que mis

palabras habían significado algo para ella. Se inclinó por encima de la mesita y recogió el número de la revista en cuya portada salía yo.

—¿Scarlet Blackwood?

Sólo podía llegar a la conclusión de que había leído el artículo.

—Sí.

—Vincent... le gustas mucho.

Yo había leído el artículo que se había publicado y, aunque estaba lleno de cumplidos, no me parecía que dejara clara nuestra relación romántica.

—Estás viendo más de lo que hay.

—No es verdad. —La volvió a dejar en la mesa—. Lo pensé cuando lo leí, pero ahora que sé que has salido con ella... es evidente.

Uní las manos cubiertas de venas hinchadas en los nudillos. Pensar en Scarlet me deprimía, pero la idea de llamarla me llenaba de culpabilidad. Hiciera lo que hiciera, estaba condenado.

—¿Por qué dejasteis de veros?

Me encogí de hombros mientras buscaba una explicación.

—Era demasiado complicado.

—¿Complicado en qué sentido? —preguntó—. Siempre he oído que Scarlet es una editora maravillosa y una persona todavía más increíble. Se puede juzgar el carácter de una persona por la opinión que tengan sus empleados de ella. Y sus empleados sólo dicen cosas buenas.

—No me sorprende...

Volvió a entornar los ojos, y esta vez esbozó también una sonrisa.

—Así que, ¿te gustaba?

Sabía que debía callarme.

—Es una mujer encantadora. Muy elegante, educada, interesante...

—Entonces, ¿por qué no sigues viéndola?

Me pasé los dedos por la barba reciente. Llevaba cinco días sin afeitarme. Ya no tenía ninguna motivación para conservar mi aspecto físico.

—Tiene cuarenta y tantos, ¿no?

—Sí... cuarenta y dos.

—O sea, que es la primera mujer de tu edad con la que sales.

—No del todo —dije riéndome—. Ojalá estuviera yo en los cuarenta.

—¿Qué hacíais juntos?

Si de verdad hubiera querido detener aquella conversación, me habría bastado con dejar de responder a sus preguntas. O podría poner una excusa y marcharme. Incluso simplemente con decirle que mi vida personal no era asunto suyo sería suficiente. Pero no quería hacer ninguna de aquellas cosas. Supongo que quería seguir hablando de ello.

—Desayunamos juntos después de que me encontrara una noche con ella. Luego fuimos a visitar el MET antes de que abriera... y cenamos juntos. Disfrutaba con su compañía. —Era sólo que la disfrutaba un poco demasiado.

—¿Cuánto ha durado esto?

—Unas semanas —contesté—. La primera vez que quedamos fue para poder hablar sobre el artículo, pero nuestra conversación tomó otros muchos derroteros. Entonces dejamos de hablar del artículo y simplemente mantuvimos una conversación de verdad. Tiene una hija que está estudiando enfermería. Se casó una vez, pero, al parecer, fue un error. Tiene un sentido del humor fantástico... es fácil hablar con ella.

—Por lo que he leído en el artículo, no fue ella la que lo dejó, así que... ¿fuiste tú?

Me limité a asentir.

—¿Por qué, Vincent? Da la impresión de que te gustaba de verdad. —La voz de Titan perdió intensidad hasta convertirse prácticamente en un susurro. Debió de detectar el carácter delicado de la situación.

—Sí que me gustaba —admití—. Ese era el problema...

La ternura apareció en sus ojos y trajo un aire de tristeza a su rostro.

—Has estado con otras mujeres...

—Pero no significaban nada para mí. Éramos amigos, claro. Pero era sólo una relación física, simple compañía. Eran mujeres jóvenes que disfrutaban

dejándose mimar por un hombre rico. Yo disfrutaba del sexo y ellas también.

—Entonces, ¿Scarlet es especial para ti?

Asentí.

—Siento que se me acelera el corazón cuando estoy cerca de ella. Siento que me tiemblan las manos. No sólo me atrae su aspecto físico, sino todo lo que hay debajo de la piel. No quiero follármela como a las otras; quiero hacerle el amor. Llevaba sin sentirme así por nadie desde... —Era demasiado insultante comparar a Scarlet con Isabella. No me hubiera atrevido a decirlo en voz alta.

—Vincent... —Extendió la mano y cogió la mía—. No puedo ni imaginarme lo que debe de ser eso.

—Espero que ninguno de vosotros pierda al otro tan pronto en la vida. —Le apreté la mano—. No quiero que mi hijo tenga que sufrir nunca la pérdida del amor de su vida.

—Estoy segura de que no. Pero, si así fuera, yo querría que él continuara con su vida. Sé que querría que fuese feliz.

Contemplé nuestras manos unidas y entendí lo que me estaba intentando decir.

—Ella no querría que estuvieses solo, Vincent. Sé que no llegué a conocerla, pero lo sé sin más. Ya has esperado el tiempo suficiente. Tienes tanta vida por delante... No desperdicies los años que te quedan.

Aparté la mano y me enderecé en la silla.

—No quiero olvidarla nunca...

—Nunca lo harás.

—Me da miedo ser feliz si permito que pase algo con Scarlet. Y a medida que crezca mi felicidad, se difuminará mi recuerdo de Isabella. No pensaré en ella todos los días. Pensaré en ella cada vez menos... y no quiero que eso suceda.

—Pensarás menos en ella, pero no pasa nada. Eso no quiere decir que hayas dejado de quererla.

Había prometido amar a aquella mujer durante el resto de mi vida. En

cuanto le había puesto la vista encima, lo había sabido. No quería romper jamás la promesa que le había hecho, no por obligación, sino porque sentía el voto que le había hecho.

—¿Qué pasaría si la situación fuera a la inversa?

Ojalá fuese así.

—Tú hubieras querido que ella pasara página, ¿no?

—Eso depende.

—¿De qué?

Si Isabella se hubiera enamorado de otro hombre, a mí no me habría molestado. Habría entendido que quisiera continuar con su vida. No habría habido celos por mi parte.

—Querría que ella estuviese con un hombre realmente fantástico, con alguien que la quisiera tanto como yo y que siempre cuidara de ella. Si él encajase en ese perfil, estaría contento.

—¿Y no crees que ella se sentiría de la misma manera?

Sabía que sí.

—Sí...

—Entonces dale una oportunidad a esto, Vincent. Podrías volver a ser feliz.

La felicidad era lo que más miedo me daba. Los únicos atisbos de felicidad que había conocido habían sido los buenos momentos con mi familia. O cuando exploraba la costa del Mediterráneo con una bella mujer a mi lado. Cada momento había sido efímero... y no había durado mucho.

—¿Le contaste a Scarlet por qué querías dejarlo?

Asentí.

—Entiende mi situación. Es muy compasiva.

—Si está dispuesta a compartir tu corazón con Isabella, parece una mujer fabulosa.

—Lo es.

—Sé que no tengo derecho a decirte lo que deberías hacer. No es asunto mío. Pero no creo que esté bien que sigas castigándote. Amar a otra mujer nunca estropeará el amor que sentías por tu esposa. Si Scarlet lo entiende, entonces no tienes nada por lo que preocuparte. Pero recupérala antes de que sea demasiado tarde. Si esperas demasiado, nunca sabrás lo que habría podido suceder.

Asentí dándole la razón, porque sabía que estaba en lo cierto. Pasar página era lo más difícil que había tenido que hacer nunca y, siendo sincero, no lo había hecho realmente. Entendía que Isabella no iba a volver, pero me negaba a compartir mi vida con alguien nuevo porque la compartía con su fantasma. Prefería vivir con su recuerdo que con una mujer de carne y hueso. Pero sabía que no podía seguir haciendo aquello para siempre. No debería renunciar a algo que me hacía feliz sólo para poder seguir siendo desgraciado.

Isabella querría que fuese feliz.

Eso lo sabía en el fondo del corazón.

—Sabes que Jax, Brett y Diesel te apoyarán. Quieren que seas feliz.

—Lo sé.

—Pues entonces hazlo, Vincent. Y recuerda... —Extendió la mano izquierda y su anillo de diamante reflejó la luz. Recordé exactamente la sensación que me produjo deslizar aquel anillo en el dedo de Isabella. Recordé la noche en la que se lo di. Su cara se iluminó con la expresión más intensa de gozo que había visto jamás—. Ninguno de nosotros la olvidará nunca... porque está aquí con nosotros ahora.

ESPERÉ en el exterior del edificio de Scarlet hasta que salió del trabajo. Pensé en llamarla, pero aquello no era todo lo personal que la situación exigía. Después de cómo la había herido, tenía que compensarla. Necesitaba hacer algo que fuese merecedor de su perdón.

Así que esperé fuera, con el frío.

Salió poco después de las cinco, vestida con unos zapatos de tacón y una chaqueta larga negra con grandes botones relucientes en la parte delantera. Tenía el pelo rizado echado sobre un hombro y las gafas de sol colgadas de la

parte delantera de la chaqueta. Nada en ella parecía diferente. Si seguía molesta por nuestra conversación, no lo parecía.

Salí del lateral y me acerqué a ella por la derecha. No quería sobresaltarla, así que pronuncié su nombre antes de llegar.

—Scarlet.

Giró rápidamente la cabeza en mi dirección y fue incapaz de controlar la reacción que se dibujó en su rostro. Estaba impactada por mi presencia, probablemente porque había supuesto que no volvería a verme nunca más.

—¿Vincent? ¿Va todo bien?

—Sí, todo va perfectamente. Tenía la esperanza de que pudiéramos hablar. —Ahora que estábamos cara a cara, no me sentía tan seguro de mí mismo como era habitual en mí. Había dado por sentado que ella seguiría queriendo estar conmigo, pero... ¿y si me equivocaba? ¿Y si alguien le había robado el corazón? Era tan guapa que hasta un tío de treinta y pocos años la desearía.

—Eh... supongo. —Azorada, se metió el pelo detrás de la oreja—. Disculpa, es sólo que me sorprende mucho verte aquí. Pensé que no volvería a verte... a no ser que fuese en los periódicos o en Internet o algo así.

—¿Podemos ir a algún lugar privado? ¿A cenar, quizá?

—¿No puedes sencillamente decirme ahora lo que tengas que decir? —No se mantenía tan tranquila como antes. Como la había pillado desprevenida, sólo era capaz de reaccionar emocionalmente—. Sé... que eso ha sido un poco grosero. Es sólo que... estoy bastante disgustada desde nuestra última conversación, así que si tienes algo que decir sobre eso, prefiero oírlo ahora. No puedo esperar hasta que estemos sentados en un restaurante. Necesito saberlo ya. Porque si has venido a decirme...

—¿Que lo siento y que cometí un error?

Ella inhaló de inmediato.

—¿Que lo he pensado mejor y he cambiado de idea?

Exhaló.

—Sí, eso es exactamente lo que quería decirte.

Una emotiva sonrisa se extendió por su rostro.

—Entonces vamos a por esa cena.

NOS SIRVIERON el vino y pedimos la cena. Ahora estábamos solos en un restaurante abarrotado, con una vela parpadeante en la mesa entre ambos. La iluminación era suave y bañaba su cara en un resplandor exquisito. Después de trabajar durante todo el día, seguía pareciendo que se acababa de arreglar. Me encantaba la peca que tenía en la mejilla, el color de su pintalabios y el espesor de sus pestañas.

Ya la había mirado fijamente durante mucho tiempo, pero ahora era incapaz de detenerme.

Debería decirle cómo me sentía. Debería contarle lo que había estado haciendo durante la última semana. Debería confesarle el conflicto que sentía al amar a dos mujeres al mismo tiempo.

Pero no dije nada.

Ni ella tampoco. Agitó el vino en la copa antes de dar un trago. Manchó la copa de pintalabios y recordé cómo me sentí cuando me besó en la boca. Ella también debía de estar pensando en ello porque apartó la mirada con un cierto rubor en las mejillas.

—¿Qué tal tu semana?

—Mi hijo se casa el sábado que viene.

—Qué emocionante. ¿Dónde?

—En Tailandia.

—Caray, eso está lejos...

—Pero va a ser precioso. Y no me lo perdería por nada.

—Va a ser muy divertido.

—Sí, estoy seguro. —Deseaba que mi esposa estuviera allí para vivirlo conmigo.

—Te he echado de menos. —Me sostuvo la mirada mientras el susurro salía de sus labios—. He echado de menos hablar contigo... he echado de

menos no hablar contigo.

Sabía exactamente a lo que se refería.

—Y yo.

—He recibido muchos cumplidos por el artículo, pero cada vez que alguien lo mencionaba, sólo me recordaba lo que había perdido. Así no era fácil sentirse orgullosa.

—Tienes motivo para estarlo. Nunca le he contado a nadie las cosas que te conté a ti.

—Lo sé... me han preguntado cómo lo hice.

—¿Y qué les has dicho? —Tenía los dedos apoyados en el tallo de la copa.

—Les he dicho que te entendía... y que tú me entendías a mí. Es la base de toda conexión humana.

Era una respuesta sencilla, pero algo tan fundamental no necesitaba una explicación complicada.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —Me había dado oportunidades de sobra para empezar la conversación por mi cuenta. Cuando no cooperé, me dio el empujón que necesitaba.

—Mi futura nuera.

Scarlet sonrió.

—¿Qué te dijo?

—Me hizo darme cuenta de que no pasa nada por continuar con mi vida y de que Isabella querría que lo hiciera. Le conté a Tatum que tú eres la primera mujer por la que alguna vez he sentido algo... que me ha importado. Cuando estoy contigo, quiero hacerte el amor. Quiero besarte despacio, hasta si no desemboca en nada más. Quiero ver una película el lunes por la noche porque no tengamos otra cosa que hacer. Quiero enseñarte el mundo y también mis sábanas... pero también quiero algo más que eso. Es más que compañía o amistad. Es... mucho más. Entre las otras mujeres con las que he estado y yo nunca hubo nada importante. Pero entre nosotros, puedo sentirlo. Me recuerda a cómo me sentía por Isabella cuando empezamos a salir.

Sus ojos se enternecieron.

—Eso es muy bonito, Vincent. Yo me siento de la misma manera.

—He estado viviendo con el fantasma de mi esposa en vez de vivir con una mujer de carne y hueso. Sé que ella querría que pasara página y fuera feliz. Nunca antes lo he intentado... hasta que te he conocido. Sólo espero que puedas tener un poco de paciencia conmigo... y que entiendas que pase lo que pase entre nosotros...

—Siempre amarás a tu esposa. Lo entiendo, Vincent. —Me sonrió—. Ya te dije que eso no me supone ningún problema.

—La mayoría de las mujeres no serían tan comprensivas.

—Y probablemente yo tampoco lo sería si no me gustaras tanto. Pero dicen que el hombre perfecto no existe, ni tampoco la mujer perfecta. El amor consiste en aceptar a la otra persona por quién es. Entiendo tus problemas, y yo también tengo los míos propios. Pero si los dos miramos más allá de esos obstáculos... creo que podríamos encontrar la felicidad.

Aquella era precisamente la razón por la que quería estar con Scarlet. Había sido comprensiva desde el instante en que nos habíamos conocido. Su afecto por mí había aumentado mientras me iba conociendo. Su interés no tenía nada que ver con mi dinero o mi poder. Tenía su propia carrera, que le encantaba. No me necesitaba para nada.

—Muy bien dicho.

Extendió la mano por encima de la mesa y abrió la palma.

Yo la miré varios segundos antes de poner mi mano encima. Mis duros dedos tocaron los suyos suaves y sentí la misma descarga de energía que sentí cuando me besó. Su calidez se mezcló con la mía y sentí la fricción entre las puntas de nuestros dedos. Observé nuestras manos unidas y sentí una clase de intimidad que nunca había compartido con Alessia ni con ninguna de las otras. Era la primera vez que abría mi corazón realmente, que aceptaba de verdad algo nuevo en mi vida. Era aterrador y todavía me llenaba de culpabilidad, pero también me hacía sentir maravillosamente.

Maravillosamente de verdad.

ENTRAMOS en el asiento trasero de mi coche.

Vi su mano en el asiento de cuero junto a mí. En vez de pensar en cada uno de mis actos antes de actuar, desplacé mi mano hasta la suya y se la cogí.

La comisura de su boca se elevó en una sonrisa.

Tocar la mano de una mujer no era difícil. Follársela hasta hacer que se corriera dos veces tampoco lo era. Sabía cómo ocuparme de una mujer. Sabía cómo ocuparme de varias. Pero ocuparme de una que hacía que se me parara el corazón era una historia completamente diferente. Su contacto significaba muchísimo más.

—¿Te apetece venir a casa?

Se dio la vuelta hacia mí en el coche y las sombras dibujaron diferentes diseños en su rostro. Sonreía con los ojos, y, poco a poco, empezó a hacerlo también con los labios.

—Me encantaría, Vincent. Pero no hay ninguna prisa. Tenemos tiempo de sobra.

No sabía lo que haríamos cuando llegáramos allí, pero aquella noche no quería despedirme de ella, no cuando acababa de recuperarla. Ella nunca había estado en mi casa, ni yo en la suya. La había invitado a todos los lugares públicos que había podido. Estaba quedándome sin excusas para pasar tiempo con ella. No podíamos estar comiendo continuamente. Me giré hacia mi chófer.

—Vamos a casa. —Pulsé el botón y subí la mampara de separación.

Avanzamos por las calles en dirección a mi ático, que estaba a unas cuantas manzanas de distancia. Por suerte, la empresa de limpieza acababa de arreglarlo. Había dejado encendida la chimenea de gas y en la televisión todavía ponían el partido porque lo había grabado. Cuando llevaba allí a mis citas, solía ofrecerles una copa de vino antes de que nos fuéramos a la cama.

Pero ellas solían desear saltarse el vino.

No sabía lo que haría cuando tuviera allí a Scarlet.

Sabía lo que quería hacer.

¿Pero sería aquello lo apropiado?

Nuestras manos permanecieron unidas mientras mi chófer nos llevaba por la ciudad. Las piernas de ella sobresalían por debajo de la larga chaqueta y mis ojos no pudieron evitar recorrer su cuerpo. Tenía un tipo estupendo. Era una de las primeras cosas que había advertido.

Después de lo que pareció una eternidad, el conductor paró en la acera frente a mi edificio.

De la mano, entramos y cogimos el ascensor hasta mi planta. Había dos viviendas en cada una, pero yo había comprado ambas sólo para poder disfrutar de mi privacidad. Nadie podía acceder a aquella planta sin el código, por lo que nadie podía subir allí excepto el jefe de bomberos. Había muchos pirados en el mundo y yo no quería que me siguieran a mi casa.

Abrí la puerta y entramos.

En cuanto estuvimos en mi espacio personal, sentí la tensión bajándose lentamente por la columna. Nunca había sido más consciente del hecho de que estaba a solas con una mujer. Scarlet y yo habíamos estado solos en el museo, pero no era lo mismo.

Ahora estábamos rodeados por cuatro paredes... y sin interrupciones.

—¿Me permites tu abrigo? —Me puse detrás de ella y le quité la gruesa chaqueta de los hombros.

—Claro. —Dio un paso hacia delante y paseó la vista por mi ático. Tenía una amplia sala de estar, lo bastante grande para invitar a cenar al menos a cincuenta personas. Había un piano de cola en la esquina, a pesar de que nunca lo tocaba. En su día fue propiedad de uno de los más grandes músicos de todos los tiempos. Era un trofeo tanto como una obra de arte. Los sofás eran gris oscuro y el resto del mobiliario estaba decorado con oscura madera de cerezo, estatuas negras y una cómoda alfombra. Cuando había diseñado aquella casa, le había dicho al decorador que aquel lugar siempre sería el espacio de un caballero. No quise nada que pudiera encajar en un catálogo de Pottery Barn. Seguía siendo refinado, elegante y lleno de masculinidad. Su mirada recorrió la escena que tenía delante, examinando el enorme televisor que había en la pared y la chimenea de piedra—. Tienes una casa preciosa.

—Gracias. Luego te la puedo enseñar, si quieres.

—¿Cómo es esto de grande?

—Mil y pico metros cuadrados.

Abrió mucho los ojos y después dejó escapar una risa contenida.

—Qué barbaridad. —Se volvió a reír, y esta vez se tapó la boca. Todavía le sonreían los ojos, pero fue controlándolo poco a poco—. Lo siento... No estaba preparada para ese dato.

Era mucho espacio para una sola persona. No visitaba muy a menudo el resto de la casa. Mi gimnasio privado era la única habitación a la que acudía con regularidad. El único motivo por el que mantenía el ático era su ubicación. Las vistas eran espectaculares y estaba cerca del trabajo.

—Llevo aquí unos cinco años. —Me acerqué al bar que había contra la pared, en donde tenía todo lo necesario para prepararle una bebida a cualquier invitado... pidiera lo que pidiera—. ¿Te apetece beber algo?

—Claro. Tomaré lo que vayas a tomar tú.

Miré por encima del hombro.

—Yo voy a tomar *whisky*... solo.

Pasó junto al sofá y acarició con la mano el tejido del respaldo. Sus ojos lo observaban todo, probablemente con la percepción de alguien acostumbrado a maquetar el diseño de una revista entera.

—Me gusta el *whisky*.

—¿En serio? —Me di la vuelta y preparé las bebidas.

—¿Acaso a las mujeres no les puede gustar el *whisky*, Vincent? —preguntó con picardía.

Me reuní con ella detrás del sofá y le tendí su vaso.

—Por supuesto que sí, pero sólo te he visto beber vino.

—Porque tú siempre pides una botella para la mesa —dijo ella—. Pero sí que me gusta el vino. Me gusta todo, en realidad. —Se llevó el vaso a los labios y dio un sorbito antes de apretarlos—. Es muy suave.

—Sólo lo tomo así. —Di un trago sin apartar los ojos de ella. Concentré mi mirada en sus destacados pómulos y en los bellos ángulos de su rostro.

Tenía los labios jugosos y suaves. Mi experiencia tocándolos era muy limitada, pero nunca olvidaría su tacto.

Cuando empezó a aumentar mi atracción, pensé en el enorme colchón que tenía en mi dormitorio. Con sus sábanas suaves como plumas y sus bellas vistas de la ciudad, era la habitación más romántica del ático. Podía imaginármela debajo de mí, con las piernas separadas mientras yo me movía lentamente sobre ella. El cuello de la camisa de repente me pareció demasiado estrecho para mi cuello musculoso. Una oleada de calor surgió del centro de mi cuerpo y se extendió por mis extremidades. Se me secó la garganta y los pantalones del traje me tiraron de repente al engrosarse mi miembro contra la bragueta.

Como Scarlet me gustaba de verdad, el sexo adquiriría un significado diferente. Si ella no me hubiese importado, el sexo no habría significado nada, por lo que no habría pensado demasiado en ello. Mi mano se introduciría en su cabello, la besaría y entonces nos quitaríamos la ropa.

Pero aquello era más complicado.

Ella me miraba con sus preciosos ojos verdes, estudiando la barba reciente de mi rostro mientras seguía bebiéndose su copa.

—¿Qué te parece que nos pongamos cómodos en el sofá y veamos el partido? ¿Lo has grabado?

—Sí... —Tenía que haber visto la luz roja en el vídeo.

Me cogió de la mano y tiró de mí hacia el sofá.

—No es que vea todos los partidos, pero me gusta. —Se sentó y cruzó las piernas con la bebida todavía en la mano.

Me senté a su lado, sintiendo que la tensión desaparecía de golpe de mis hombros.

Me sonrió y desplazó la mano hasta mi muslo. La puso más cerca de la rodilla que de la entrepierna, y me pregunté si lo habría hecho a propósito porque había notado el bulto que tenía en los pantalones.

Sabía que me había llevado hacia el salón a propósito. Sabía que había detectado mi reticencia y había entendido que todavía no estaba preparado para pasar al dormitorio. En vez de presionarme, había captado mis

emociones y me lo había puesto fácil. Era un detalle considerado por su parte. Puse la mano encima de la suya, casi cubriéndola por completo porque la mía era mucho más grande que la suya.

—No es que no te desee.

—Lo sé, Vincent. —Me apretó la mano y después me miró el paquete de reajo.

No cabía duda de que lo había notado.

—No hay ninguna prisa. Pasará cuando tenga que pasar. Estoy más que contenta de estar aquí contigo, disfrutando de este magnífico *whisky* en tu preciosa casa. Quiero una relación duradera basada en algo más que el sexo. Sé que te deseo de un modo en que nunca he deseado a ningún otro hombre, pero he esperado todo este tiempo por ti... y puedo esperar un poco más.

Mi imagen estaba basada en el silencio frío. Me conocían como un dictador implacable de cientos de corporaciones. No demostraba debilidad ni expresaba mis sentimientos ante nadie. Para el mundo entero, yo era una losa de piedra viviente. Indiferente, cruel y despiadado, llevaba la definición de la palabra hombre a un nuevo nivel.

Era agradable despojarse de esa máscara. Era agradable revelar más de mí a alguien. Era agradable no tener que preocuparme por ser fuerte todo el tiempo... porque no lo era, desde luego.

—Gracias. —Tenía el rostro más cerca del suyo y pude ver la luz de la televisión reflejada en sus ojos. Me encantaba lo espesas que tenía las pestañas y la forma en que el lápiz de ojos los hacía destacar más. Me encantaban las pecas que tenía diseminadas por las mejillas como pequeños copos de nieve.

Incliné automáticamente mi cara hacia la suya y encontré sus labios. En cuanto sentí su calidez, aspiré hondo, haciendo que me dolieran los pulmones al alcanzar su capacidad plena en un instante. Acaricié sus labios con los míos, memorizando la sensación que me producían contra la boca. Las excursiones en yate con Alessia quedaron olvidadas. La cena en mi chalet suizo con Meredith se perdió en el olvido. Ahora me imaginaba las cosas que le iba a hacer a aquella mujer, las cosas que le podía dar. Quería cuidar de ella, ser merecedor de aquel beso todos y cada uno de los días.

Empezó despacio, igual que el último beso que nos habíamos dado. Pero ahora no había interrupciones y los sentimientos afloraron a la superficie. Quería seguir besándola así para siempre, ir la conociendo físicamente poco a poco. La conexión y la emoción estaban allí, así que la química no era un problema.

Llevó la mano hasta mi hombro y me clavó los dedos. Me succionó el labio inferior antes de que su beso pasara a la comisura de mi boca. Besaba con sensualidad, confianza y fruición. Respiraba en mi boca y me amasaba con los dedos. A veces se le escapaba un suave gemido entre los labios, tan bajo que no estaba seguro de haberlo oído. Me tiró de la chaqueta para acercarme a ella.

Le puse la mano en la rodilla y la deslicé despacio hacia su muslo, sintiendo la piel suave y los músculos tonificados debajo al moverla. Mi mano se detuvo justo antes de avanzar demasiado por debajo de su vestido, pero mis dedos ansiaban llegar un poco más lejos. Quería tocar su ropa interior con los dedos y pasarlos por sus pezones cuando se endurecieran.

Lo siguiente fueron nuestras lenguas, y para entonces ya la tenía tan dura que hasta me dolía.

Quería tumbarla en el sofá y enterrarme entre sus piernas. Hacía meses de lo de Alessia. Antes solía tener sexo a diario y despertarme con una bella modelo cabalgándome por la mañana. Pero llevaba tiempo sin hacerlo porque estaba harto del sexo superficial.

Me produjo más satisfacción un solo beso de Scarlet que todo lo que había hecho con Alessia y las otras.

Parecía lo correcto.

Y ya no me asustaba tanto como antes.

DIEZ

Diesel

Señora de Diesel Hunt.

Me gustaba.

Me gustaba mucho.

De hecho, no quería esperar para llamarla así. Quería aquel privilegio en ese mismo momento, de inmediato. No quería esperar hasta nuestra boda en Tailandia. Quería poseer a aquella mujer de forma absoluta e irrevocable.

Cuando había empezado a salir con Titan, había sido una batalla por el dominio. Ella quería controlarme a mí y yo quería controlarla a ella. Era una oponente feroz y yo temía que nunca ganaría, que como mucho compartiría el poder con ella.

Pero ahora había sucumbido a mí.

Era toda mía.

No habría disputas, tan sólo posesión. Se había sometido a mí por voluntad propia y no porque yo fuera más fuerte que ella.

Sino porque me lo había ganado.

Subí en el ascensor al ático que compartía con ella. No habíamos decidido dónde íbamos a vivir juntos porque estábamos concentrados en la boda... y en la luna de miel. Todavía había algunas cosas de las que no habíamos hablado, como el acuerdo prematrimonial.

Las puertas se abrieron y sentí cómo me corría la testosterona por la sangre. Cada minuto que pasaba en la oficina estaba ansioso por volver con

ella. Ahora podía actuar según cada uno de mis instintos, podía tomarla de cualquier modo que deseara. Nunca tendría que volver a permitir que ejerciera su poder sobre mí.

Yo era el rey.

Y, a pesar de que la amaba, ella ahora era mi prisionera.

Por propia voluntad.

Entré en el salón y vi a Thorn sentado a su lado con un montón de papeles desperdigados, dos tazas de café y los portátiles abiertos sobre la mesita. Tatum estaba vestida para ir al trabajo a pesar de que no había vuelto a su edificio. Thorn llevaba un traje y una corbata negros. Aunque ya estaba preparada para regresar al trabajo, Thorn todavía se ocupaba de la mayoría de sus proyectos porque llevaba dirigiéndolos las últimas seis semanas. Ella iba a marcharse a una larga luna de miel, así que no tenía sentido apartar a Thorn del trabajo.

Yo no tenía nada contra él, pero en aquel momento no quería verle la cara.

Tatum alzó la vista cuando me vio.

—Hola, ¿qué tal...?

—Thorn, Tatum hablará contigo mañana. —Mis ojos permanecían fijos en los de Titan pese a que no estaba hablando con ella. Me quité la chaqueta y la tiré al suelo.

Thorn no hizo ningún comentario de sabelotodo. Lo metió todo en su maletín y el sonido de los papeles moviéndose llenó el tenso silencio.

Tatum se me quedó mirando y sus ojos se oscurecieron de irritación.

—Estás siendo un poco maleducado.

Me desaté la corbata y la saqué del cuello de la camisa. No la tiré al suelo porque tenía otros planes para ella.

—Son más de las cinco en punto. Ahora me toca a mí.

Thorn se colgó el maletín al hombro y se encaminó hacia el ascensor con la comisura de la boca curvada en una leve sonrisa.

—Hablamos mañana, Titan.

—Perdona por los malos modos de Diesel. —Apartó sus papeles a un lado y cruzó las piernas.

Thorn entró en el ascensor cuando las puertas se abrieron.

—No te preocupes, lo entiendo. —Las puertas se cerraron y lo ocultaron de la vista.

Yo no le había dirigido ni una sola mirada, considerándolo poco importante. Llevaba todo el día en el trabajo mientras mi mujer estaba en casa. Le había advertido que las cosas iban a ser diferentes, que ahora la consideraba de mi propiedad por completo.

Me desabotoné la camisa mientras me acercaba a ella despacio, haciendo resonar suavemente los zapatos de vestir contra el suelo de madera. Cuando llegué a la alfombra, los movimientos se vieron amortiguados, pero mi presencia llenó el espacio que nos separaba.

Me detuve delante de ella y posé el dorso de los dedos en el hueco de su garganta. Mis ojos observaban mis movimientos. Deslicé los dedos lentamente por su cuello hasta alcanzar el mentón y le moví el rostro hacia arriba, obligándola a mirarme.

Poco a poco, metí los dedos en su cabello y sentí los mechones sedosos que formaban un suave tirabuzón. Mis dedos invadieron su pelo, acariciándola como a una yegua galardonada. Vi cómo se le aceleraba la respiración y fui testigo de cómo tragaba. Los músculos de su garganta se desplazaron con el movimiento, lo cual me indicó que aquel encuentro estaba excitándola muchísimo.

Pasé el pulgar por su labio inferior como si fuese un pintor sosteniendo un pincel. Sentí sus intrincadas facciones y exploré la prominente suavidad de sus pálidas mejillas. Como si jamás hubiera sufrido en su vida, tenía un aspecto absolutamente perfecto. Como un diamante en bruto que brillase más que cualquier otra joya, era el mayor premio que se podía tener.

Y era mía.

Deseé cerrar el puño alrededor de todo su cuerpo y apretar. El anillo que llevaba en el dedo no era una declaración lo bastante grande de la adoración que sentía por ella. No era lo bastante fuerte para apartar todas las miradas que se posaban en su cuerpo.

Quería más de ella. No quería compartirla con nadie... ni mucho menos con todo el mundo.

Sentí la corbata de seda entre las yemas de los dedos y pensé en cómo iba a utilizarla. Podía hacerle cualquier cosa que quisiera y la infinita cantidad de posibilidades me la ponía tan dura que creí que me iba a estallar. Me enrosqué la corbata sobre los nudillos antes de retroceder.

—Arriba.

Titan me miraba fijamente con el pintalabios un poco corrido porque le había pasado el pulgar por encima. En sus ojos se apreciaba una batalla incipiente, su reacción natural ante cualquier orden que se le diera. Pero su resistencia no duró más que un instante. Se puso de pie y me miró de frente.

No la había besado nada más entrar por la puerta. No había habido abrazos ni caricias. El afecto que quería darle era muy distinto, mucho más intenso. Puede que no fuera romántico, pero me importaba una mierda que no lo fuera.

—Date la vuelta. —No levanté la voz, pero mi orden quedó muy clara únicamente con mi tono. Ante todo, un hombre de verdad no tenía que alzar la voz.

Separó ligeramente los labios como si hubiera estado esperando un beso, pero ocultó su desilusión y obedeció. Como si se imaginase lo que iba a pedirle, se llevó las manos a la espalda y esperó a que se las atara.

Enrosqué la corbata sobre sus muñecas y se las ató con más fuerza de la necesaria. Quería que la seda se le clavara en las manos, que la presión le recordase que era propiedad de uno de los hombres más ricos del mundo.

Yo.

Comprobé el nudo a pesar de que sabía que estaba bien apretado. Después la guie hacia delante por el pasillo en dirección a mi dormitorio. La coloqué a los pies de la cama antes de desvestirme detrás de ella, tomándome mi tiempo mientras observaba su espalda. Lancé la camisa sobre el respaldo de una silla, me deshice de los pantalones con los pies y dejé los zapatos y los calcetines en el suelo a mi lado. Me desnudé por completo y pegué mi pecho duro a su espalda. Mis testículos chocaron contra sus manos, pegadas a sus nalgas.

En cuanto sus dedos me rozaron, empezó a masajearme el escroto

despacio.

Yo le rodeé la cintura con los brazos y posé la boca sobre su cuello. Besé la piel suave, primero con besos tiernos y después con mordiscos agresivos. Subí la lengua por su cuello y respiré en su oído, sintiendo que su cuerpo se relajaba y se tensaba al mismo tiempo. Sus dedos empezaron a acariciarme con más intensidad y ella giró el rostro hacia el mío, prácticamente suplicándome un beso.

Pero no recibiría ninguno hasta que se lo ganara.

La provoqué pasando mi boca sobre la suya, pero en ningún momento dejé que se rozaran. Podía notar contra mi miembro el anillo metálico que llevaba mientras me acariciaba, lo cual no hacía más que recordarme que me pertenecía.

Agarré el tejido del vestido con las manos y se lo subí despacio, arrastrándolo por sus caderas hasta que quedó recogido alrededor de su cintura. Su trasero respingón sobresalía y el tanga negro contrastaba con el tono pálido de su piel.

Metí un dedo dentro del tanga y lo bajé lentamente, avanzando por sus muslos esbeltos hasta que quedó a la altura de las rodillas.

Su espalda se elevaba cada vez que respiraba hondo, dejando clara su excitación con su respiración agitada. Tenía el vestido subido y el tanga por las rodillas.

Perfecto.

La agarré por la nuca y la empujé poco a poco hacia la cama, manteniéndole la espalda arqueada mientras se movía. Su trasero fue sobresaliendo y ella apoyó la barbilla contra el edredón. Todavía tenía los pies en el suelo, pero estaba apoyada en las punteras.

Yo me encontraba detrás de ella con una erección ansiosa, admirando las curvas de aquella hermosa mujer. Me coloqué sobre ella y le di un beso en la parte alta de la columna. De inmediato, la piel se le puso de gallina a medida que yo descendía por su columna, besando cada curva de su espalda y a continuación el comienzo de sus nalgas.

Se tensó debajo de mí y su respiración se volvió más trabajosa. La expectación la estaba matando, la espera intencionada que yo estaba

provocando la hacía sufrir. Mantenía las muñecas detrás de la espalda, pero de vez en cuando tiraba, como si hubiera olvidado que la seda seguía allí.

Puse las manos sobre el colchón a ambos lados de sus caderas y me incliné sobre ella, presionando mi gran erección contra su trasero. Empecé a frotarme contra ella, abriéndome paso entre sus deliciosas nalgas.

Estiró los dedos hacia mí, pero estaba demasiado lejos.

Aquella mujer era mía por completo para que disfrutase de ella.

La agarré de la garganta y le eché la cabeza hacia atrás lo máximo posible. Cuando sus ojos llegaron hasta los míos, le agarré el cuello con más firmeza.

—Quédate así. —Le solté el cuello y puse la mano en el colchón.

Introduje mi sexo en su abertura empapada y me hundí hasta el fondo. Cerré ambas manos en puños sobre el edredón que tenía debajo mientras mi erección absorbía su excitación como si fuera una esponja. En todas y cada una de las ocasiones me había recibido con su humedad. Siempre estaba preparada para mí, en cualquier momento. Me deslicé hasta el fondo y mi miembro se engrosó y dilató su estrechez al máximo. Bajé la vista hacia su rostro y observé cómo disfrutaba. Cuando llegué demasiado lejos, movió el cuerpo de inmediato. A veces le golpeaba el cérvix por accidente porque mi sexo era demasiado largo.

Durante los primeros segundos, me limité a disfrutar de lo que ella sentía. Memorice el modo en que echaba los hombros hacia atrás al tener atadas las muñecas. Los pequeños músculos de su cuerpo estaban flexionados y se percibían bajo la piel. Había estado débil mientras se recuperaba de la herida de bala, pero ahora volvía a hacer gala de su fuerza habitual.

Y, sin embargo, había decidido doblegarse por mí.

La provoqué con mi miembro, dejando que notase lo duro que estaba por ella. Quería que sintiese la calma que precedía a la tormenta, que se supiera totalmente poseída por el hombre al que había entregado el corazón. Cuando entraba por aquella puerta, la quería toda para mí. Me importaba un carajo que Thorn estuviese allí. Podría tratarse del presidente de Estados Unidos y seguiría sin importarme una mierda.

Sin previo aviso, empecé a embestir con fuerza. El peso la impulsó hacia el colchón y yo apreté más contra la cama, haciendo que se moviera de arriba

abajo mientras empujaba con fuerza. Le daba en el ángulo perfecto, logrando que rozara con el clítoris las sábanas que tenía debajo.

Se puso a jadear de inmediato y sus gemidos se entremezclaron con su respiración agitada. Retorcía las muñecas en sus ataduras en un intento por liberarse. No quería escapar, pero sí darse la vuelta y tocarme. Sabía que deseaba pasarme las uñas por la espalda y abrirme la piel.

Pero no tenía derecho a hacerlo.

Con aquel ángulo podía tomarla hasta el fondo. Se mostraba tan sumisa que ya deseaba descargar mi semilla en su sexo. Quería hacerlo una y otra vez, pero mi necesidad de ser posesivo me contenía.

Estaba a punto de correrse. Lo sentía por el modo en que se contraía sobre mí. Lo notaba por cómo se ralentizaba su respiración.

Me introduje en ella por completo y me quedé inmóvil.

Ella gimió a modo de protesta.

Bajé la mirada hacia su cara y vi el rubor de sus mejillas y el odio en sus ojos.

—Diesel...

Me froté contra ella, haciendo que su clítoris se frotara con más fuerza contra las sábanas.

Ella gimió al tiempo que cerraba ambas manos en puños.

—Eres mía.

Ella dudó antes de responder, disfrutando de la fricción que le daba.

—Sí...

—Sí, jefe.

Exhaló de forma entrecortada antes de obedecer.

—Sí, jefe.

Saqué mi erección de ella y le rodeé el pecho con un brazo. Le besé el cuello, bañando la piel con besos cálidos y acariciándola con la lengua.

Se retorció debajo de mí, disfrutando con aquello, pero también odiándolo.

—Por favor...

—Por favor, ¿qué? —le dije al oído.

—Fóllame, por favor.

Le besé la comisura de la boca y froté mi sexo húmedo por la separación de sus nalgas.

—¿Quieres mi polla, pequeña?

—Sí, jefe...

Ver a mi futura mujer suplicando mi miembro era más erótico que cualquier trío que hubiera hecho en mi vida. Empujé hacia abajo la base de mi erección y volví a meterla en ella, que me recibió con su calidez y su humedad.

—Sí...

Embestí con fuerza, cogiendo velocidad al instante. Mi sexo ya notaba la punzada de placer en la sangre. Se retorció expectante, pues sabía que el orgasmo que se avecinaba sería tan potente como un tsunami. Mi miembro se volvió todavía más grueso, aumentando la presión de sus paredes. Había llegado al límite, pero no me permití atravesar la línea de meta.

Quería provocarla, no torturarla.

Empujé y la apreté contra el colchón al mismo tiempo, dándole todo lo que necesitaba para llegar al clímax.

—Dios... —Casi había llegado. Estaba jadeando, retorciéndose.

Entonces me detuve de nuevo.

—¡Diesel!

Pegué la boca a su oreja.

—Dime que me quieres.

Respiró en un instante de silencio, absorbiendo mis palabras en aquel momento de sexo enloquecido. Luego respondió:

—Te quiero, Diesel...

Empecé a moverme.

—Otra vez.

—Te quiero.

Empujé con más dureza, llevándola al final.

—Otra vez.

—Dios... —Empezó a correrse, apretándome el miembro sin piedad—. Te quiero...

Se le contrajeron los dedos en espasmos y sus gemidos se volvieron incoherentes. Sacudió las caderas levemente y el placer la redujo a un caos tembloroso.

Llegué al límite al oír aquellas palabras saliendo de su boca. Mi sexo se sacudió una última vez y me descargué dentro de ella, llenando su entrepierna con mi gran cantidad de semen. Ya me la había tirado antes de ir a trabajar, pero de eso hacía más de ocho horas. Prácticamente era un día distinto.

Noté que mi propia semilla me rodeaba al llenar el reducido espacio de su sexo. Clavé los dedos en las sábanas y controlé la respiración mientras sentía una oleada de bienestar por todo el cuerpo y el placer se extendía desde mi abdomen hasta cada extremidad. Me encantaba controlar a aquella mujer, dominarla como nunca lo había hecho nadie. Yo podría hacerlo el resto de mi vida... La poseía.

La convertiría en una Hunt.

Tiré de la corbata y desaté el nudo con dos dedos.

Tenía las muñecas marcadas por la opresión y separó las manos lentamente. Los músculos de sus hombros estaban tensos por haber permanecido tanto tiempo en aquella postura y se quedó tumbada un instante, recuperándose del agotamiento y también del placer.

Yo mantuve mi sexo dentro de ella y le besé la nuca, frotando el pecho contra su espalda esbelta. El anillo de diamante seguía brillando pese a la escasa iluminación, recordándome que era mía para siempre. Le besé los hombros y después la columna, mimándola después de haberla tomado con brusquedad, como si no fuera más que una posesión mía.

Era de mi propiedad.

Al igual que yo era de su propiedad.

Salí despacio de su cuerpo con mi sexo cada vez más blando y todavía húmedo de su excitación. El semen había quedado esparcido por su abertura estirada y disfruté de la imagen. Era un hombre y, como todos los hombres, estaba orgulloso de lo que acababa de hacer.

—Voy a darme una ducha. —Le besé la parte posterior del hombro.

Ella se elevó con los brazos y bajó de la cama poco a poco. Era la mujer más sensual del mundo con el tanga en las rodillas y las muñecas marcadas por haberla atado con la corbata. El semen goteaba entre sus muslos.

—Voy contigo.

—No. —Me puse de pie frente a ella y metí la mano en su pelo. La agarré y le moví la cabeza para que me mirase a la cara—. Te vas a quedar con mi corrida dentro hasta que esté preparado para follarte otra vez. Así que ponte el tanga y espérame.

Sus ojos despidieron chispas por el modo en que le había hablado, pero no se atrevió a oponerse.

Le solté el pelo y me di la vuelta.

—Espero que tengas tantas ganas como yo de ser la señora Hunt. —Me dirigí a la puerta sin esperar una respuesta.

Su voz llegó hasta mí justo antes de que saliera de la habitación.

—Las tengo.

ENTRÉ en Illuminance y recibí de inmediato miradas del personal de la recepción. Sabían perfectamente quién era yo y cuál sería mi futuro papel en la empresa... en todas las empresas de las que Titan era propietaria. Las mujeres eran las que me miraban con más intensidad, sin dirigirme ni una sola sonrisa. Sus miradas eran vacías e inexpresivas, como si estuvieran viendo a una leyenda de la que sólo habían oído rumores.

El ascensor me llevó a la planta superior, donde se encontraba el despacho de Titan además de los miembros de la plantilla importantes a quienes le

gustaba tener cerca. Era su primer día oficial de vuelta al trabajo y había salido del ático con un par de zapatos de tacón nuevos y un conjunto elegante.

Estaba tremendamente sensual.

Mi mujer volvía a estar en marcha. Su atacante estaba pudriéndose en alguna tumba por ahí, pero ella seguía dirigiendo el mundo como la máquina imparable que era. Una bala no era lo bastante fuerte para acabar con ella porque era invencible.

Me acerqué al escritorio de Jessica, una de las cuatro ayudantes que se encargaban de gran parte de la agenda de Tatum.

Cuando me vio, se puso de pie inmediatamente.

—Señor Hunt, Titan no está en el despacho ahora mismo. Está en una reunión con la señorita Alexander y el señor Cutler. Me dijo que le llevase adonde estuviera ella si se pasaba por aquí.

No pude contener la sonrisa que se dibujó en mi cara. Nunca antes había tenido esa clase de privilegio, ni siquiera cuando estábamos saliendo oficialmente. Como todos los demás, tenía que informar de mi llegada y esperar hasta que estuviera lista para recibirme. Pero ahora tenía un pase especial que me permitía ir a cualquier parte y hacer todo lo que yo quisiera.

—Le llevaré a la sala de conferencias.

—Conozco el camino. —Me alejé de su escritorio y entré en el largo corredor. Había unas cuantas salas de conferencias en aquella planta, pero ella sólo utilizaba una. Tenía unas vistas fabulosas de la ciudad y, a pesar de las puertas de cristal, ofrecía intimidad.

Me acerqué a la sala y los vi a los tres sentados juntos con los portátiles delante, y con cuadernos y bolígrafos. Tatum estaba espectacular con la blusa negra con botones dorados que llevaba. Tenía el pelo echado hacia atrás con suavidad y algunos delicados mechones sueltos. Con sombra de ojos oscura y los labios pintados, parecía estar lista para la pasarela, en lugar de para una reunión.

Thorn llevaba un traje negro y una corbata rosa. Concentrado y absorto, no parecía prestarle especial atención a la señorita Alexander. Tatum me había contado que se acostaban y no podía echárselo en cara a Thorn porque yo no era mucho mejor.

Me había tirado a Tatum en la primera oportunidad que había tenido.

Entré y vi que todos se giraban hacia mí.

La señorita Alexander me dedicó una sonrisa profesional y una breve inclinación de cabeza.

Thorn me saludó.

—Diesel, llegas justo a tiempo. Vamos a hacer una pausa para comer dentro de poco.

Rodeé la mesa y paré a estrecharle la mano. Thorn había sido amable conmigo todo el tiempo desde que había quedado clara mi inocencia. Ahora se esforzaba por mostrarse amistoso conmigo para compensar las cosas tan duras que me había dicho.

Yo no era el tipo de hombre que guardaba rencores. Él era la familia de Tatum, así que ahora también era la mía.

—Genial. Debería obligar a Tatum a comer.

—Pues buena suerte con eso —dijo Thorn con una carcajada—. Sería como conseguir que una cabra se pusiera a bailar.

—¿Me estás comparando con una cabra? —Tatum levantó tanto la ceja que estuvo a punto de salirse de la cara.

—¿Qué? —dijo Thorn—. Las cabras son bonitas.

—Son animales de granja —le espetó—. Yo no soy ningún animal de granja.

Tatum estaba a la cabeza de la mesa, así que seguí rodeándola hasta llegar a su silla. Apoyé una mano en la mesa y me incliné para besarla.

Aquello hizo que se callara.

Le di un beso recatado, pero aun así era inadecuado para una reunión de negocios. Aunque a mí me daba igual que estuviera reunida con Thorn o con una sala llena de ejecutivos. Mi presencia no hacía más que reforzar la suya. Era una mujer poderosa con una riqueza increíble, pero con un marido como yo, era verdaderamente intocable. Si se metían con ella, se metían conmigo.

Y sin duda alguna, nadie quería meterse conmigo.

Cuando me aparté, vi el afecto en sus ojos. El resto de su rostro era una máscara profesional, pero aquella era una faceta que no podía ocultar... no a mí, al menos. Reaccionaba a mi contacto sin importar cuántos pares de ojos la estuvieran mirando. Era mía y ella sabía que la reclamaría delante de cualquiera.

—¿Qué tal va todo?

—Bien. —Tatum se metió un mechón de pelo suelto detrás de la oreja, actuando con inocencia a pesar del modo en que me la había follado al llegar a casa el día anterior—. Justo estábamos trabajando en la primera línea de productos que vamos a sacar como empresa. Vamos a asistir a la feria comercial de Chicago este fin de semana.

—¿La semana antes de nuestra boda? —pregunté con incredulidad.

Tatum se encogió de hombros.

—Voy a coger dos semanas libres para la luna de miel, así que es ahora o nunca. Será una oportunidad maravillosa para presentarla, para que la gente hable de ella y para que nuestro equipo de relaciones públicas la publicite y genere expectación antes de que la saquemos el mes que viene. —Volvía a estar dedicada a fondo a los negocios, como siempre, compaginando un millón de cosas. Como si jamás hubiera recibido aquel disparo, volvía a estar al máximo.

—Yo también voy a ir. —Me senté en la silla que había a su derecha, colocándome entre ella y Thorn. Yo no formaba parte de aquel proyecto y no estaba enterado de muchos de los detalles, pero sabía lo suficiente—. ¿Cuándo nos vamos?

Tatum no puso ninguna objeción.

—El viernes por la noche. Iremos en mi *jet*.

—Vale.

Tatum me dedicó una mirada antes de darse la vuelta. Probablemente quería decirme que me quedase en Manhattan para ponerme al día con todo el trabajo que me había perdido, pero no diría nada delante de sus socios.

Volvió a girarse hacia el ordenador y se dirigió a la señorita Alexander.

—¿Te parece que hay que hacer alguna mejora? ¿Qué probabilidades hay

de que alguien pueda copiar esto?

La señorita Alexander era mucho más profesional que yo a pesar de que estaba sentada enfrente de Thorn.

—Siempre habrá alguien por ahí que pueda copiarlo. Pueden diseccionar mi trabajo y averiguarlo. Pero, para entonces, habrá una nueva línea de productos mejor. Ocurre lo mismo con los iPhone. Cuando la competencia se pone al día, ya ha salido uno nuevo.

Lancé una mirada a Thorn y vi que contemplaba a la señorita Alexander con tanta intensidad que daba aspecto de estar cabreado.

—¿Hay posibilidad de patentarlo? —preguntó Titan.

—En ciertos aspectos, sí —dijo la señorita Alexander—. Pero no todo se puede proteger. Las normas son así.

Hablaron durante varios minutos más, atando cabos de la reunión para poder hacer una pausa para la comida. Cuando por fin terminaron, dejaron los ordenadores y los apuntes en la mesa.

—¿Qué os apetece comer? —preguntó Tatum.

Yo sabía qué me apetecía comer a mí.

—Ensalada —dijo la señorita Alexander.

—A mí también —dijo Thorn. Aunque él probablemente estaría de acuerdo con cualquier cosa que propusiera ella.

—¿Te parece bien, Diesel? —Tatum se giró hacia mí, esforzándose todo lo posible por tratarme con indiferencia.

Pero fracasó estrepitosamente.

—Lo que tú quieras, pequeña.

Cruzamos la calle para ir a una cafetería y nos sentamos en una pequeña mesa junto a la ventana. Nos atendieron de inmediato y pedimos las bebidas y la comida antes de que el camarero se marchase y continuáramos nuestra conversación.

Yo tenía la mano apoyada en el muslo esbelto de Tatum y hundía los dedos en la tela que le cubría la piel. Quería subírsela un poco y acariciar su piel desnuda, pero no quería que ningún hombre la mirase.

Aunque ya la estaban mirando.

No daba la sensación de que sólo Tatum y yo fuésemos pareja, sino que parecía que estuviésemos en una cita doble. No era de dominio público que Thorn y la señorita Alexander se acostaban fuera del trabajo y no era asunto mío saberlo, pero, por supuesto, Tatum me lo había contado. Al principio se había enfadado, pero no había tardado en superarlo. Según ella, podía haber más que sólo buen sexo entre Thorn y la señorita Alexander.

Decía que era posible que a Thorn aquella mujer le gustara de verdad.

Thorn no la miró ni una sola vez mientras estuvo sentado junto a ella al otro lado de la mesa. Tampoco habló con ella de trivialidades. Su indiferencia deliberada sólo hacía más fuerte su conexión. Podía sentirla en el aire que nos rodeaba.

La señorita Alexander tampoco lo miraba, sino que se decantaba por mirar por la ventana o por mirar a Tatum. Tenía las piernas y los brazos cruzados, y poseía el mismo aplomo que Tatum, además de vestir con la misma elegancia.

Sospechaba que las dos se harían buenas amigas muy pronto.

—¿Vas a ir a ver a tus padres mientras estás en Chicago? —Tatum rompió el silencio con una simple pregunta.

—Tengo que ir —dijo Thorn—. Mi madre me sacaría los ojos si no pasara por allí.

La señorita Alexander sonrió y sus ojos brillaron un poco.

Thorn seguía sin mirarla.

—Si se enterase de que he ido a Chicago y no la he avisado... me mandaría amenazas de muerte.

Tatum puso los ojos en blanco.

—No te mandaría ninguna amenaza de muerte. Es más buena que el pan.

—Sí, sí, es muy buena —dijo Thorn—. Pero no cuando la cabrean. Y cuando su hijo mayor no se pasa por casa, se arma una bien gorda. Una vez estuve en Chicago una sola noche antes de coger un vuelo de vuelta a Manhattan y de alguna forma se enteró. —Sacudió la cabeza—. La llamada que recibí al día siguiente fue... aterradora. No llora ni hace que me sienta

culpable. Se pone a gritarme como si fuera un sargento en el ejército.

Tatum se echó a reír.

—Sigo sin imaginármelo...

—Porque tú le caes bien —dijo Thorn—. Yo no siempre le caigo bien.

Subí la mano por el vestido de Tatum un poco, disfrutando de la piel suave de su muslo.

—¿Tus padres son así? —le pregunté a la señorita Alexander.

—No —dijo riéndose—. Pero es que viven cerca.

—Connecticut está a un buen trecho —dijo Thorn—. A una hora o así.

Levanté una ceja, interesado en que Thorn supiera algo sobre sus padres.

Tatum lucía la misma expresión.

La señorita Alexander pareció ponerse un poco nerviosa por su afirmación.

—Sí, pero no es más que un trayecto en tren. Hablo con mi madre de forma regular y ellos nunca han sido dependientes ni exageradamente cariñosos. Pero, si vivieran en Chicago, probablemente se sentirían igual.

—¿Eres hija única? —pregunté.

—Sí —dijo la señorita Alexander—, así que el legado y la continuidad de mi familia han recaído sobre mí... por desgracia.

—Pero tú quieres tener hijos —dijo Thorn—. No es que te suponga una carga.

En esta ocasión, la señorita Alexander lo fulminó con la mirada, callándolo con su ferocidad.

Thorn apartó la vista.

Ahora la situación volvía a ser incómoda. Era evidente que la señorita Alexander quería mantenerse en un registro profesional, pero Thorn no quería representar una farsa ahora que le había contado a Tatum todo sobre su vida personal. El engaño que estaban escenificando realmente no tenía sentido.

Thorn se giró hacia ella.

—Sabén que nos acostamos, así que podemos comportarnos con naturalidad.

La señorita Alexander respiró hondo, pero sus ojos se convirtieron en dos puñales.

—Es nuestra vida personal. No veo por qué tenemos que hablar de ello... especialmente delante de ellos.

—Son mi familia, pequeña —susurró Thorn—. Respeto tu deseo de que todo se mantenga profesional, pero con ellos dos estoy todo el día. Lo saben todo sobre mi vida. Es que me parece que no tiene sentido, nada más...

La señorita Alexander apartó la mirada, dando la conversación por finalizada.

—Tiene razón —dijo Tatum—. Aquí todos somos amigos. No creo que haga falta mostrar una imagen falsa cuando estamos todos involucrados. Todos tenemos la madurez para no dejar que interfiera con el trabajo. —Le dedicó una sonrisa a la señorita Alexander—. Así que puedes estar tranquila.

—¿Ves? —Thorn le puso la mano en el muslo por debajo de la mesa.

Ella no se la retiró.

No era capaz de determinar su relación con sólo mirarlos. En público sus sentimientos no eran tan evidentes. Pero, a juzgar por cómo Thorn quería sincerarse sobre lo que tenían, su relación sí que parecía ser distinta a todas las demás.

Yo nunca le había puesto la mano en el muslo a ninguna mujer en un restaurante.

Salvo a la única mujer con la que deseaba casarme.

—Diesel. —Thorn se giró hacia mí—. ¿Cuándo es la despedida de soltero?

Era demasiado viejo para hacer una puta despedida de soltero.

—Nunca.

—¿Cómo que nunca? —preguntó Thorn asombrado—. Uno sólo se casa una vez.

—Sí, y lo espero con ganas. —No quería meterle un billete en el tanga a

una *stripper*, no quería fumar puros con hombres en medio de un club de *striptease* para revivir mis días de soltero. No quería emborracharme como un imbécil con una mujer en cada brazo. Hacía mucho que aquellos días se habían acabado—. Tengo treinta y cinco años. No necesito una despedida de soltero.

—¿A quién le importa tu edad? —replicó Thorn—. Deberíamos celebrarlo.

—No hace falta —dije con desdén.

—Por favor, dime que tú no vas a ser una pardilla. —A continuación, Thorn se dirigió a Titan.

Ella sonrió.

—Muy pardilla.

Thorn puso los ojos en blanco.

—¿En qué momento la pareja más rica del mundo se ha convertido en la más panoli? Diesel, se supone que tienes que ver a mujeres desnudándose una vez más. Y Tatum, tú se supone que tienes que bailar en un escenario con un tío vestido únicamente con un tanga.

Tatum hizo una mueca.

—Sinceramente, eso no suena nada divertido.

—¿Y yo por qué iba a querer ver a mujeres desnudándose? Tengo a la mujer más atractiva del mundo aquí mismo. —Me incliné hacia Tatum y le besé la mejilla.

Thorn volvió a poner los ojos en blanco.

—Vale. Despídete de tu juventud de la forma más patética posible.

—Ya lo he visto todo —afirmé—. He hecho de todo. Me despedí de esa vida en cuanto conocí a Tatum. No es que me vaya a casar joven ni a perderme nada. He llevado una vida de soltero infeliz durante demasiado tiempo.

La mirada de la señorita Alexander se enterneció.

La de Thorn también, pero a él se le dio mejor ocultarlo.

—Y si Tatum realmente quiere salir y ver a un tío bailar en tanga, puede verme a mí. —Me volví hacia ella—. ¿Verdad, pequeña?

Ella se rio.

—No te imagino haciendo eso.

—Pero seguro que puedes imaginarme haciendo otras cosas. —Le subí más la mano por el muslo, arrastrando el vestido hacia arriba—. Yo seré tu despedida de soltera. Y tú serás mi despedida de soltero. Nos emborracharemos como idiotas, nos desnudaremos y haremos locuras que no recordaremos.

—Vale, eso *sí* que suena divertido —dijo la señorita Alexander.

—Bueno... —Thorn se aproximó a ella—. Si estás buscando un *stripper*, yo estoy disponible.

Ella sonrió y lo apartó.

—Una suerte que no lo esté buscando.

—Oye, tú. —Le rodeó los hombros con el brazo—. Bailar se me da igual de bien que...

—Profesionalidad de ahora en adelante. —Le bajó el brazo—. Lo digo en serio, Thorn.

Thorn suspiró y se giró hacia nosotros otra vez, pero no soltó ningún comentario resabido como habría hecho normalmente. Ella ejercía algún tipo de poder invisible sobre él, un poder que yo podía ver pero tal vez él no. Era obvio que tenían química y Thorn se comportaba con ella con una picardía que nunca le había visto dirigir a nadie más.

Tatum tenía razón... Allí había algo más.

ONCE

Thorn

«Ven a casa». Contemplé mi teléfono y esperé una respuesta.

«No».

«Pequeña».

«No me llames así».

«Pequeña sexi».

Los tres puntitos no aparecieron.

«Entonces iré yo».

«No abriré la puerta».

Aquella conversación no estaba siendo productiva, así que la llamé. Sostuve el móvil contra la oreja y escuché cómo sonaba. No hubo respuesta. Colgué y le envié un mensaje.

«Vamos a tener esta conversación. No tienes elección».

«Y tanto que tengo elección».

«De acuerdo. Voy para allá». Me quedé en el sofá porque sabía que no se tragaría mi farol.

Empezó a sonar el teléfono.

Sonreí y contesté.

—Pequeña sexi.

—Eso tampoco me lo llares.

—¿Por qué? Me gusta. Es perfecto para ti.

—Bueno, pues a mí no me gusta.

—Chorradas. Quieres escucharme llámártelo mientras me corro en tu interior. —Ahora era yo el que no se tragaba su farol. Sabía exactamente cómo reaccionaba a mí, a cada contacto, a cada mirada.

Ella no discutió.

—Ahora mismo estoy decepcionada contigo.

—¿Por qué?

—No me vengas con esas —saltó—. Me prometiste ser profesional.

—*Estoy* siendo profesional. Si no lo fuese, te lo haría encima de la mesa, delante de Titan.

—Estoy hablando en serio, Thorn. Le contaste lo nuestro y ahora siento como si me viera como una putilla cualquiera.

Sacudí la cabeza.

—Te prometo que no piensa eso.

—No lo sabes...

—No, sí que lo sé. Titan nunca, jamás, llamaría eso a otra mujer. Es una feminista convencida y cree que es una mierda que los hombres puedan acostarse con mujeres por ahí, y que eso sea prácticamente deseable. Si una mujer quiere una relación física con un hombre, no tiene sentido moral y es una puta... Ella desprecia eso. El único modo de que consigamos cambiarlo es que todos dejemos de utilizar esos términos degradantes con tanta alegría. Así que no, no lo piensa.

Autumn guardó silencio.

—Confía en mí, esto no afecta a la opinión que tiene de ti. Admira tu intelecto y tu éxito. Lo único que le importa es el trabajo, nada más. ¿De acuerdo?

Suspiró por teléfono.

—Aun así, me dijiste que mantendríamos la profesionalidad.

—Esto es todo lo profesional que soy capaz de ser. No voy a quedarme en este proyecto para siempre. Cuando Titan regrese de su luna de miel, la pondré al día y después lo dejaré en sus manos. No tendrás que volver a trabajar conmigo nunca más. Todo saldrá bien.

Se volvió a quedar callada.

—Y ahora... ¿vas a venir tú o voy yo?

Resopló en el teléfono.

—Directo al grano, ¿eh?

—¿Me estás diciendo que esta noche no quieres acostarte conmigo?

Silencio.

—Eso pensaba yo. Así que, ¿qué prefieres?

Permaneció al teléfono, pensándose la respuesta. Luego dijo:

—Mañana me tengo que levantar temprano para mi clase de *spinning*.

—Entonces iré yo. Te veo en un momento, pequeña sexi.

NOS DESNUDAMOS en cuanto entré en su casa. Estaba sentado en el centro de su sofá con los talones apoyados contra el suelo para impulsar las caderas hacia arriba y contrarrestar sus acometidas. Estaba apoyado en el respaldo acolchado del sofá, con sus tetas en la cara y las manos en sus caderas.

La.

Leche.

Me metí un precioso pezón rosado en la boca y sentí su sexo contraerse alrededor de mi miembro mientras se corría por segunda vez. Me cabalgaba con más fuerza, llevándose al orgasmo con mi enorme pene incrustado profundamente en su interior. Sus uñas empezaron en mis hombros y descendieron por completo, arañando la piel sudada.

—Thorn... Dios. —Echó la cabeza hacia atrás y se pasó la mano por el pelo.

Jesús.

Le agarré las nalgas y las estrujé con fuerza, sintiendo que el miembro me iba a estallar. Estaba enterrado en su deliciosa estrechez, el lugar más hermoso en el que nunca había estado. Cada vez que me movía dentro de ella, mi resistencia flaqueaba. Hundía los dedos en ella con más fuerza para aguantar, pero estaba cediendo.

Le cerré la mano sobre el cabello y tiré de ella hacia mi regazo, enterrando mi sexo en lo más hondo de su ser. Me corrí con un gruñido, llenándola con tanto semen que rebosó alrededor de mi pene y me llegó hasta la base, mezclado con su propia excitación. Agarré sus pechos y apoyé el cuello en el respaldo del sofá, dejando que el orgasmo se prolongara hasta que empezó a desvanecerse lentamente.

Ella siguió cabalgándome, con movimientos más lentos mientras mi sexo se iba ablandando. Estaba repleta de nuestros fluidos y su entrepierna era mi lugar favorito en todo el mundo. Sus brazos me rodearon el cuello y ella se apoyó en mí, con la cara a sólo unos centímetros de la mía.

—Pequeña sexi... —Le besé el labio superior, saboreando el sudor que se le había formado allí. Yo también sudaba, pero ella era quien había hecho todo el trabajo. Yo me había limitado a sentarme allí y disfrutar—. Te encanta que te llame así, ¿a que sí?

—Sólo cuando estoy llena de ti.

Sonreí contra su boca antes de volver a besarla.

—Tienes el coño más increíble...

Me devolvió la sonrisa.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —pregunté con una risa.

—En fin, tu polla ya me lo ha contado.

—Sí... Lo deja bastante claro. —Mis dedos bajaron por sus omoplatos y su espalda, desplazándose con lentitud hacia su trasero. La acaricié delicadamente por todas partes, sintiendo la piel suave y el sudor. Tenía un tipo increíble, con silueta de reloj de arena y unos pechos fantásticos.

Se inclinó hacia atrás ligeramente, todavía llena de mi miembro cada vez más blando.

—Creo que me voy a dar una ducha.

—No. —Me puse de pie y la levanté conmigo, manteniendo mi sexo en su interior mientras la transportaba en dirección al pasillo. Todavía no había visto su cuarto y entré en el primer dormitorio que vi. Era femenino, con montones de colores claros y almohadones mullidos. La dejé en la cama y me metí entre las sábanas—. Caray, tu cama es muy cómoda.

—Por eso sólo me acuesto en ella cuando voy a dormir... Si no, nunca conseguiría terminar nada. —Abrió la cama y se puso cómoda a mi lado, con el maquillaje ligeramente emborronado y el pelo hecho un desastre.

Me pareció que nunca había tenido un aspecto más sensual.

—Esta noche duermo aquí.

—¿En serio? —preguntó—. Pensé que nosotros no hacíamos eso.

—Bueno, pues ahora lo hacemos. —Acuné su suave cuerpo entre mis brazos y tiré de ella con más fuerza hacia mí. Los dos estábamos acalorados y sudorosos, pero quería tenerla a mi lado. Me había pasado el día manteniendo las manos quietas y, ahora que estábamos juntos y a solas, quería estar pegado a ella todo el tiempo—. No finjas que quieres que me vaya.

Cuando no lo negó, di por sentado que era una admisión silenciosa.

—¿Qué fue exactamente lo que le dijiste a Titan?

—¿Sobre nosotros?

—Sí. —Me observaba a través de sus espesas pestañas con ojos que relucían con luz propia.

—La verdad.

—Pero ¿cuánto de la verdad? —Entrecerró los ojos—. Dime qué le dijiste.

—Básicamente todo.

Entrecerró los ojos todavía más.

—¿Todo?

—Debes recordar que es mi mejor amiga... Mierda, es mi *única* amiga. Tenía que hablarle de ti porque a ti te conté la verdad sobre mi relación con ella. Así que ella quería saber lo sería que era la nuestra... y por eso se lo conté.

—¿Y qué dijo?

—No mucho, la verdad... —Sopesé la idea de contarle lo que había dicho Titan de verdad. Quería estar con Autumn en un sentido distinto, pero ni siquiera sabía por dónde empezar. ¿Cómo se lo tomaría?—. Le dije que me importabas... que eres la única mujer con la que salgo. Así que se hizo esperanzas y me dijo que le gustaría que lo nuestro se convirtiese en algo más.

—¿De verdad? —susurró.

—Sí, quiere que siente la cabeza. Me puso en ridículo delante del mundo entero, así que sería feliz si yo fuera feliz.

—Bueno... ¿y eres feliz? —Clavó su mirada en la mía, contemplando hasta el más mínimo movimiento de mis ojos.

—Precisamente, es algo que te quería comentar...

—Te escucho.

—Titan y yo teníamos un acuerdo porque era algo que nos convenía a ambos. Yo sería un marido y padre fantástico. Ella sería una madre y esposa fantástica. Los dos tenemos una fortuna considerable que nos haría imparables juntos. Era la unión perfecta. Por no mencionar que confiábamos en el otro sin reservas. Nos salvaba de la desilusión y de acabar con el corazón roto. Ahora ella se ha enamorado y prefiere un romance basado en la pasión y el deseo... dos cosas que pueden desaparecer con el tiempo. Ella lo entiende, pero está dispuesta a correr el riesgo.

Autumn no permitió que ninguna expresión asomara a su rostro. Me observaba con calma, escuchando en vez de precipitarse a sacar conclusiones.

—Ya te he contado que no me veo a mí mismo sintiendo algo profundo por otra persona, así que sigo abierto a esta idea. Quiero una familia. Siempre he querido ser padre. Pero la presión de tener una relación romántica es excesiva, sencillamente. Soy un tío sincero, así que siempre trataría a mi mujer con respeto, cuidaría de ella y la apoyaría. Nunca le mentiría. Conmigo, tendría a un hombre que la trataría como a una diosa. Estoy seguro de que la

querría... es sólo que nunca me enamoraría de ella. Estaría con otras mujeres, pero eso no sería un secreto. Tendrían mi cama, pero no tendrían mi lealtad, no como la tendría ella. Formaríamos una bonita familia y querríamos juntos a nuestros hijos. Sería como asociarse. Tú has mencionado tus dudas sobre tener otra relación. ¿Es esto algo que estarías dispuesta a tener en consideración?

En vez de soltarme una respuesta de inmediato, se quedó completamente callada. Al menos no le repugnaba la idea. La mayoría no la entenderían y pensarían sencillamente que a mí me pasaba algo. Pero ella al menos se lo estaba pensando.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo...?

¿Era aquello un sí?

—Te estoy preguntando si estás abierta a la idea.

Volvió a quedarse callada, pensándose en silencio.

—En este contexto, ¿tendrías relaciones con otras mujeres?

—No relaciones, solamente rollos. Pero sí. No sería un secreto, ni las pasearía por delante de nuestra familia ni de ninguna otra persona. Sería un secreto para todo el mundo menos para nosotros dos.

Aquel fue el momento en que bajó la vista. Miró las sábanas que había entre nosotros sin sostenerme ya la mirada.

Sentí la desilusión crecer en mi interior porque supe su respuesta antes de que me la diera en voz alta.

—De esa parte sería incapaz. Podría hacer todo lo demás... excepto eso.

—Tú también tendrías tus propias relaciones. Es una calle de doble sentido.

—Sé que no querría una relación... — Salió deslizándose de la cama y se pasó los dedos por el pelo—. Ahora vuelvo... Me voy a duchar. —Cruzó la habitación contoneando sus femeninas caderas al caminar. El cabello negro le caía por la espalda y se agitaba con sus movimientos. Entró en el baño y cerró suavemente la puerta detrás de ella.

Me incorporé y miré fijamente la puerta cerrada, intentando descifrar el significado de sus últimas palabras. No había parecido horrorizada por mi

propuesta hasta el final de mi explicación. Un momento estaba acurrucada entre mis brazos y, al momento siguiente, había desaparecido.

Ahora estaba solo en la cama... y no me había sentido tan solo en toda mi vida.

TITAN y yo estábamos sentados el uno enfrente del otro en su despacho, repasando la nueva línea de productos para su marca Illuminance. Habíamos hecho un lanzamiento de prueba en Budapest, pero sus productos no se vendían bien. No estábamos seguros de si era la imagen de marca, el rango de precios o el mercado.

Por suerte, mi negocio era básico. Estaba automatizado y la gente necesitaba conservas de tomate para todo. La comida nunca pasaba de moda, así que yo nunca corría riesgos. El *marketing* en el sector alimentario era lo opuesto a lo que estaba haciendo Titan. Conservar las etiquetas de siempre hacía que el producto pareciera más antiguo, y eso era lo que le gustaba a la gente en mi sector. Todo lo demás, como el maquillaje o la tecnología, tenía que parecer lo más moderno y elegante posible.

Autumn no se reuniría con nosotros aquella tarde porque estaba ocupada en su laboratorio. Sólo se reunía con nosotros cuando hablábamos de cifras y proyección de marca. El resto del tiempo, se concentraba en crear o mejorar nuevos productos.

El teléfono de Titan se iluminó y ella lo miró de reojo.

—Me tengo que ir. Tengo que recoger el vestido donde Chase.

—¿No puedes enviar a alguien a que lo recoja por ti?

—¿Te piensas que voy a permitir que nadie toque mi vestido? —preguntó con incredulidad—. No se lo dejaría tocar ni a Diesel.

Miré la hoja que tenía delante y garrapateé otra nota. Aquella tarde no estaba concentrado en lo que hacía porque no paraba de pensar en Autumn. Cuando me había marchado a la mañana siguiente, seguía tan callada y cohibida como la noche anterior. Cuando le había preguntado sobre ello, me había dicho que no le pasaba nada.

Sabía que estaba mintiendo, pero no podía obligarla a decir la verdad si ella se negaba a compartirla conmigo.

—¿Thorn?

—¿Qué? —solté sin levantar la vista.

—¿Has escuchado lo que he dicho?

—Sí, tienes que recoger tu vestido. —Pulsé el extremo superior del bolígrafo y la punta desapareció.

—No, después de eso.

Mierda, seguro que no lo había oído.

—Eh, ¿el qué? —Levanté los ojos y me encontré con su mirada penetrante.

—¿Va todo bien? Llevas todo el día raro.

—Anoche no dormí bien, eso es todo.

Titan no se tragó aquello.

—Tú me obligas a contártelo todo, así que yo te voy a obligar a contármelo a mí.

Hice girar el bolígrafo entre los dedos, jugueteando aunque no era la clase de hombre que tenía esa costumbre.

—Le mencioné la idea de un matrimonio de conveniencia a Autumn y al principio parecía abierta a la idea... pero luego se cerró a mí.

—No todos van a entender sus ventajas sólo porque nosotros lo hagamos.

—Lo entiendo. Pero al principio no rechazó la idea. La perdí cuando le dije que no tendríamos por qué ser monógamos. Dijo que ella nunca querría otra relación... y luego se metió en la ducha.

—Hmm... Entonces parece que está buscando una pareja seria.

—A lo mejor. —Me quedé mirando mi bolígrafo.

—¿Estás bien?

—Sí... Supongo que sólo estoy decepcionado. Si hubiera dicho que sí, habría sido perfecto.

—¿Por qué perfecto? —Se apoyó la barbilla en los nudillos.

—Porque Autumn es perfecta. Tendría una mujer despampanante que encima es un genio. A ver, ¿qué podría ser más perfecto que eso?

Ella se reclinó en su silla de cuero blanco y cruzó los brazos.

—Thorn, ¿por qué no te casas de verdad y ya está?

—Porque no quiero, ya lo sabes.

—Pero es evidente que Autumn te gusta muchísimo. A lo mejor podrías ver a dónde va la cosa.

Negué con la cabeza.

—Sabes que no soy de los que se comprometen. Su último novio la dejó por otra. Me mataría antes de hacerla sufrir. No quiero hierirla jamás. Es una buena persona y no se lo merece.

Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios.

—Estás pilladísimo.

—Que respete a esa mujer no quiere decir que esté pillado.

—Si la respetas, lo estás. Te gusta un montón. Venga, Thorn. ¿Cuándo has respetado tú a ninguna?

—Eh, ¿a ti? —dijo como un listillo.

—Y somos amigos íntimos —dijo lentamente—. Ya llevamos más de diez años juntos. Tú me quieres y yo te quiero a ti. Ahora aparece esta mujer en tu vida y también te sientes unido a ella... pero además te atrae. ¿Te lo tengo que explicar con manzanas?

Yo había dejado de jugar con el bolígrafo, pero ahora empecé otra vez.

—Me alegra que te hayas enamorado hasta las trancas de Diesel, pero eso no le pasa a todo el mundo.

—Cierto. Pero tienes que dejar de descartar la idea por completo. Mantén la mente abierta.

Dejé caer el bolígrafo en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Las personas no cambian.

—Algunas sí. Yo, desde luego, lo he hecho.

Me puse de pie y rodeé el escritorio.

—¿No tenías que marcharte a algún sitio?

No se movió.

—Thorn, como amiga tuya, es mi responsabilidad decirte lo que no quieres oír.

—Bueno, pues deja de ser mi amiga durante dos segundos.

Suspiró y se levantó de la silla. Cogió su bolso de la mesa y se lo colgó de un hombro.

—Déjame decírtelo de modo que lo entiendas. —Se puso delante del escritorio, mirándome desde el otro extremo—. Si no consigues que esto funcione, aparecerá otro tío en el panorama y logrará hacerlo funcionar. Ella pasará página y te olvidará, y tú te quedarás hecho polvo, pensando en la mujer que no puedes tener. Ahora, ¿es ese un destino que estás dispuesto a aceptar? ¿Es ese un riesgo que estás dispuesto a correr? —Me miraba intensamente, estudiando cada una de mis expresiones como un científico estudia algo bajo el microscopio.

Apreté la mandíbula y le sostuve la mirada, pero sentí la tensión en la espalda y en los hombros. Podía mentirme a mí mismo y afirmar que no me ponía celoso cuando otros hombres miraban a Autumn. Podía fingir que no significaba nada para mí, aunque ambos sabíamos que no era así. Pero la idea de avanzar en la relación me aterrorizaba.

Porque no quería hacerle daño a Autumn.

NO CONSEGUÍ AVANZAR DEMASIADO durante los primeros veinte minutos porque no paraba de pensar en lo que había dicho Titan sobre Autumn. Me daba vueltas en la cabeza una y otra vez. ¿Tenía razón Titan? ¿O la tenía yo? Finalmente, empecé a centrarme otra vez y a hacer progresos en el trabajo.

Entonces Jessica hizo trizas mi concentración.

—Señor, está aquí Bridget Creed para ver a Titan.

La sangre dejó de circularme por el cuerpo porque se me congeló. Nunca olvidaría aquel nombre debido a las implicaciones de su relación con Titan. Diesel me había contado la verdad y yo sabía exactamente quién era ella.

A la luz de todo lo que estaba aconteciendo en nuestras vidas, me había olvidado de ella por completo.

Pero ahora se me erizaron los pelos de la nuca.

Había venido a ver a Titan... otra vez. ¿Qué quería ahora?

—Hazla pasar, Jessica. —Podía no recibir a Bridget diciendo que Titan estaría fuera toda la tarde, pero aquello parecía una idea abocada al desastre.

Quería saber lo que quería aquella mujer.

Y quería asegurarme de que tenía claro que con Titan no se jugaba.

Bridget entró un momento después con un vestido negro y una sarta de perlas alrededor del cuello. Su cabello castaño estaba peinado hacia atrás en un elegante recogido alto. Llevaba las uñas perfectamente arregladas y no parecía una mujer que necesitara dinero. Su parecido con Titan era tan asombroso que no podía entender cómo los medios no habían descubierto aquella información. No ocultó su decepción al verme a mí en vez de a Titan.

—¿Señor Cutler?

—Buenas tardes, señora Creed. ¿En qué puedo ayudarla? —Me puse de pie y me metí las manos en los bolsillos. No quería resultar amenazador porque aquella mujer no parecía peligrosa, pero era incapaz de bajar la guardia. Ignoraba sus motivos y eso me resultaba extremadamente enervante. Si hubiera sabido lo que quería, fuese o no siniestro, habría podido entenderla.

Pero no la entendía en absoluto.

Se adentró despacio en la habitación y vi que llevaba una alianza enorme en el dedo. El diamante era grande y transparente, una joya cara. A juzgar por el anillo y la ropa de calidad que llevaba, no daba la impresión de ser alguien que necesitara dinero. Pero claro, también era posible que lo hubiera tenido y lo hubiera desperdiciado todo.

—He venido a hablar con Titan. ¿Está disponible?

Le mantuve la mirada sin parpadear, confundido por la inocencia que

reflejaban sus facciones. La última vez, había parecido sinceramente preocupada por Titan. Pero ahora que estaba aquí de nuevo, parecía querer otra cosa.

—No.

Se paró entre las dos sillas que estaban de cara a la mesa, manteniendo el mobiliario entre ambos.

—Se ha recuperado, como ya sabrá. De otro modo, no estaría ahora mismo en este despacho.

Ella no lo negó y mantuvo sus ojos verdes en mí. Sus rasgos eran tan parecidos a los de Titan que me sentía como si estuviera mirando a mi amiga en una máquina del tiempo.

—Si ya está bien, ¿por qué no ha vuelto?

—Lo ha hecho. Esta tarde tenía una cita. —Mantuve el escritorio entre los dos en vez de rodearlo para estrecharle la mano. Sin conocer sus motivaciones, no pensaba ser amable con ella—. Pero le sugiero que deje de pasarse por aquí de esta manera. No tiene nada que hacer aquí.

Sus ojos se entornaron igual que los de Titan.

—Sí, sé quién es.

Inhaló con rapidez, tomándose mis palabras como si fueran una cuchillada en el corazón. Desvió la mirada y los ojos se le humedecieron al instante. Su confiada postura se encorvó de inmediato y sus hombros cayeron hacia delante. Como si le hubiera caído encima una losa, pareció que algo la obligaba a hundirse.

—¿Sí?

—Lo sospeché la primera vez que la vi. Los mismos ojos... el mismo pelo... el mismo todo.

—Eso no es prueba suficiente.

—No. Pero un investigador privado, sí.

Bajó la mirada.

—¿Lo sabe ella?

¿Debería desvelar aquella información? Podía mentir y decir que Titan no quería verla, pero aquello no parecía ético. Titan había dicho que no quería tener nada que ver con ella, pero si se encontrara cara a cara con su madre, era posible que cambiara de opinión.

—No.

—¿Por qué no se lo ha contado?

—Le dijimos que pensamos que es su madre, pero Titan dijo que le daba igual que lo fuera o no. Que no le suponía ninguna diferencia.

Volvió a inhalar profundamente con las facciones tensas por el impacto.

—Me odia, por supuesto... ¿Cómo hubiera podido esperar que no lo hiciera? —Como si se sintiera mareada, se acercó a la silla que había frente al escritorio y se sentó en el almohadón. Bajó débilmente la barbilla hacia el suelo y juntó las manos para darse fuerzas.

Yo no me senté, sino que preferí quedarme de pie, por encima de ella. Observaba cada uno de sus movimientos e intentaba comprender si aquel despliegue era sincero.

—Pensaba que si se lo contaba en persona... a lo mejor se compadecería un poco de mí.

—No te odia, Bridget.

Levantó lentamente la vista y me miró a los ojos. Los suyos estaban húmedos, pero no tenía lágrimas.

—¿No?

—No. Entiende que tuviste que abandonarla porque no estabas preparada para ser madre. Como tú no querías quedarte, cree que es mejor que te marcharas. No le habrías hecho ningún favor obligándote a hacer algo que no querías hacer. Así que no te odia, pero como la abandonaste, tampoco te quiere en su vida. Tomaste tu elección y ahora tienes que aceptar las consecuencias. No se puede tener todo.

—Yo... entiendo por qué se siente así. Es una mujer tan brillante... tan lógica.

Por fin, me senté en la silla y la observé.

—Sé que no me necesita. Sé que no necesita a nadie. Pero cuando vi las noticias... —Se agarró el pecho y fue entonces cuando se le empezaron a acumular las lágrimas—. Nunca he sentido tanto miedo en mi vida. Nunca me he enfadado tanto. Saber que tu hija está sufriendo... es la peor sensación del mundo.

—Pero no es tu hija, Bridget. Renunciaste a aquel derecho hace veinticinco años.

Se enjugó las lágrimas con las puntas de los dedos.

—Quizá... pero siempre la veré como mi hija.

—¿Cuándo descubriste quién era?

—Hace años. Hizo una entrevista para una revista de moda. La vi en la portada... y lo supe.

—O sea, que sabes que es la mujer más rica del mundo...

Sus ojos ardieron con hostilidad.

—Sí, pero no quiero su dinero, señor Cutler. Supongo que tengo que dejar eso claro...

—Es una extraña coincidencia —dije con frialdad—. Casi se muere y tú te preguntas si eres su pariente más cercano...

Entornó todavía más los ojos.

—No espero que me crea, pero no, ese no es el motivo por el que he venido a esta oficina. Una mujer inteligente como ella hace arreglos para su muerte en cuanto tiene dinero. Estoy segura de que puso su fortuna en un fondo para que sus riquezas las reciba alguien cercano a ella.

La verdad era que no tenía ni idea de a quién le dejaría su fortuna en caso de fallecimiento. Conociéndola, probablemente hiciese generosas donaciones a la beneficencia. Era probable que yo estuviera en su testamento, pero yo no necesitaba dinero. Su legado era lo que más le importaba, así que haría algo significativo con su riqueza.

—Es imposible que me vaya a dejar un centavo, y me parece bien porque eso no es lo que quiero.

—Y entonces, ¿qué es lo que quieres? —pregunté con frialdad.

Me mantuvo la mirada y apretó fuertemente los labios entre sí. Para ser una mujer de cincuenta y tantos años, había envejecido extraordinariamente bien. Todavía tenía una piel preciosa y ni una arruga alrededor de los ojos. También tenía buen tipo.

—Quiero tener relación con ella.

—¿Por qué? —exigí saber—. La abandonaste hace veinticinco años.

—Sí... y no debería haberlo hecho.

—Pero lo hiciste —salté—. La abandonaste. Ella y su padre vivieron con dificultad todos los días hasta que él murió. Luego ella se quedó en la calle. Y después de eso, se hizo a sí misma y se convirtió en la poderosa mujer que es hoy. Todo eso lo hizo ella sola... sin tu ayuda. ¿Y ahora crees que puedes venir aquí y mantener una relación la mujer más increíble del mundo? —No sabía de dónde salía toda aquella rabia. Ahora que me veía cara a cara con la mujer que había abandonado a mi mejor amiga, me enfadé.

—No voy a poner excusas por lo que hice...

—Bien. Nos ahorrará tiempo a los dos.

—Pero eso no cambia mis sentimientos. Quiero llegar a conocerla... y poder hablar con ella.

—No tienes ningún derecho. —Titan era muy selectiva en lo referente a las personas que admitía en su vida. Debían ganarse su confianza durante años antes de que ella bajara las defensas. Aquella mujer ya había traicionado su confianza... y sólo tenía una oportunidad—. Acepta mi consejo y renuncia a ello. Si estás buscando su perdón, ya te lo ha concedido. No te odia por la decisión que tomaste. Pero no esperes que te dé la bienvenida con los brazos abiertos. Olvídate del asunto.

Bajó la vista, avergonzada.

—Tengo que intentarlo.

—No pierdas el tiempo.

—Saber que casi se muere lo cambió todo, señor Cutler. Entiendo que no quiera saber nada de mí, pero ahora que he estado a punto de perderla... tengo que intentarlo. Debe escuchar mi disculpa. Debe saber que haría las cosas de otro modo si pudiera.

Aquella mujer no lo estaba entendiendo.

—No, no debe. Está bien como está, Bridget. No necesita escuchar tus disculpas para ser feliz. Esto es algo completamente egoísta. Déjalo.

—Ella dice que no me necesita, pero no me lo creo. Perdió a su padre y ahora yo soy todo lo que le queda.

Sentí deseos de estampar la mano contra la mesa.

—Me tiene a mí... y siempre me tendrá. Yo soy su familia. Diesel es su familia. Tú sólo eres una mujer que salió huyendo. La pariste, pero ese es tu único mérito.

—Soy su...

—Márchese, señora Creed. Vuelva con su marido y con sus dos hijos.

Los ojos se le llenaron de sorpresa. Era evidente que no se había esperado que yo supiera aquello.

—Ahora tiene su propia familia. Deje esto en el pasado... donde debe estar.

LLAMÉ A AUTUMN en cuanto llegué a casa.

No me contestó.

Le mandé un mensaje.

«Ven esta noche a cenar a casa».

No me respondió.

Algo me decía que había visto los mensajes, pero que había decidido ignorarme. Mi instinto me decía que estaba enfadada conmigo. De repente tenía todas estas intuiciones, pero no sabía de dónde venían.

«Pequeña, por favor. No me ignores».

Siguió sin contestar.

No quería pasarme de la raya y presentarme por las buenas en su casa. Esas cosas daban mal rollo y eran una violación de su privacidad. Cuando las

mujeres se pasaban por mi casa sin avisar, siempre me resultaba irritante. Normalmente estaba con una cita.

Le escribí otro mensaje.

«Si cambias de opinión, pásate. Te estaré esperando». Lancé el teléfono sobre la mesa y me obligué a no mirar constantemente la pantalla. No éramos novios, así que no tenía ningún derecho a hacer otra cosa que no fuese esperar.

Ella no era mía.

Saqué una cerveza y me puse a ver el partido, haciendo todo lo posible para no pensar en ella.

ERAN CASI las nueve cuando el ascensor dio un pitido.

Salté del sofá y crucé a trompicones el salón en dirección a la puerta. Esperaba que fuese Autumn y presumía que no podía ser otra persona. Titan subiría sin más y nadie más se pasaría porque sí a aquella hora por mi casa. Apreté el interfono.

—¿Pequeña?

—Soy yo —contestó simplemente—. ¿Me puedes abrir?

Apoyé la frente contra la pared y sonreí, aliviado por que aquello estuviera sucediendo de verdad.

—Encantado. —Pulsé el botón para que ella pudiera subir hasta el último piso. Esperé junto a la puerta, agradecido de que hubiera venido. Autumn estaba a punto de volver a entrar en mi vida. Ya había dejado de sentir el dolor de su pérdida.

Se abrieron las puertas y entró vestida con unos vaqueros ajustados negros y botas altas. Llevaba el cuerpo cubierto por una gruesa chaqueta verde con grandes botones en la parte delantera y el cabello oscuro rizado le enmarcaba el rostro a la perfección.

Era una preciosidad.

—Hola. —Ahora que la tenía delante, me había quedado sin palabras. Por fin tenía su atención y no era capaz de pensar en nada mejor que decir. Toda mi

ansiedad se había extinguido en cuanto ella entró en mi ático. No habría venido a menos que quisiera estar aquí. Le rodeé la cintura con los brazos y me incliné para besarla.

Como si fuera un caballo espantado, se apartó y se deshizo de mi contacto. Giró la mejilla para evitar mi beso.

Lo mismo podría haberme dado una patada en los huevos.

—Creo que deberíamos hablar.

Mierda, me iba a dejar.

—Esto se ha complicado demasiado. Al principio se suponía que iba a ser un rollo. Ahora se ha mencionado el matrimonio y hasta me agarras el muslo por debajo de la mesa delante de mi nueva socia...

No quería perderla. No llevaba mucho tiempo teniéndola y ahora ya se me estaba escapando. Habíamos pasado muy poco tiempo juntos y no estaba preparado para ponerle fin. Había durado algo más de un mes, más de lo que solían durar la mayoría de mis acuerdos, pero esta vez se me había hecho excepcionalmente corto.

—Pues entonces volvamos a convertirlo en un rollo. Me comportaré con profesionalidad absoluta cuando estemos delante de Titan y Diesel. Te doy mi palabra. Así que problema resuelto.

Cruzó los brazos delante del pecho y miró al suelo en vez de a mí.

¿No era aquello lo que quería escuchar?

—¿Qué más? ¿Quieres empezar a salir otra vez con otras personas? —Yo no quería aquello para nada, pero si era lo que ella quería, por mí perfecto. Me conformaría.

—No. —Alzó la mirada con el mismo gesto inexpresivo en el rostro—. Eso no es lo que quiero. Ese es precisamente el problema.

Ahora me había perdido.

—¿Disculpa?

—Es obvio que ambos queremos cosas completamente diferentes.

—Eso es imposible. Yo quiero lo que quieras tú, Autumn. Dime lo que quieres y te lo daré.

Dejó escapar una risita, pero contenía tanto pesar que pude sentir el dolor adhiriéndose a mi piel.

—Thorn, eres un hombre brillante, pero a la vez eres un completo imbécil.

—¿Perdona?

La sonrisa de su rostro era completamente sarcástica, pero la emoción que había en sus ojos era sincera.

—La primera vez que coqueteé contigo, me dije que no me importaría tener un rollo. Sabía que me romperías el corazón sin más, así que tuve que mantener las distancias. Después empezamos a vernos cada vez más, y entonces me convencí de que todo saldría bien... pero no ha salido bien. Antes incluso de conocerte, me gustabas muchísimo. Cada vez que te veía en las noticias o en una revista, sentía mariposas en el estómago. Luego te conocí en persona... y eras incluso mejor que en las páginas de las revistas.

Escuchaba todo aquello sin respirar, totalmente impactado por aquella información. Había ocultado muy bien su atracción por mí. Pensaba que la mayor parte del tiempo yo le era indiferente.

—Me ponía tan celosa con Titan... Me pasaba continuamente. Cada vez que la mencionaban, sentía que se me formaba un nudo en el estómago. Aquella era la mayor señal de que debía dejarlo, pero no lo hice. Dijiste que querías que nos viéramos en exclusiva y también entonces debí dejarlo... pero no lo hice. Y ahora me propones la idea de un matrimonio de conveniencia... y yo, como una idiota, hasta quiero pensármelo. Así que hasta aquí he llegado, Thorn. Con cada día que pasa, me siento más unida a ti emocionalmente. Si no me marcho ahora, me vas a destrozar. Así que esto tiene que terminar ahora mismo. —Respiró hondo al terminar porque a aquellas alturas ya estaba hablando a mil por hora—. No pensé que pudiera recuperarme de mi último fracaso amoroso, y, cuando lo hice, me prometí que no volvería a correr el riesgo. Pero aquí estoy, volviéndolo a hacer... sólo que esta vez es peor. Hasta aquí he llegado. Quiero que seamos amigos y colegas... pero nada más.

Había tenido tiempo de sobra para procesar sus palabras por todo lo que había hablado. Había tenido tiempo para prepararme para la bomba que dejó caer sobre mi cabeza. Pero no podría haber anticipado lo mucho que me iban a doler sus palabras. Me cortaron como un cuchillo sucio que lleva décadas tirado en el suelo. La herida se me infectó de inmediato y me puso enfermo.

No estaba enamorado de aquella mujer, pero la increíble intensidad del dolor que me acababa de causar me hizo cambiar de opinión. Decía que quería que rompiéramos y yo quería decirle que no lo aceptaba.

Que no quería dejarla marchar.

No quería encontrar a otra mujer que llevarme a casa. No quería ver a Autumn regularmente y fingir que no era más que una mujer con la que trabajaba. Nunca había sentido aquella clase de apego por nadie.

—No sabía que te sentías así...

—He hecho todo lo que he podido para ocultarlo. He tenido rollos con otros tíos y aquello fue fácil. Nos divertíamos y nada más. Pensé que contigo no sería diferente. Pero luego lo fue... y yo no fui lo bastante fuerte para cortarlo.

Aquel habría sido el momento adecuado para decir algo significativo, pero no se me ocurrió nada. Autumn me había deseado antes incluso de conocerme. Mi propuesta la había tentado por todo lo que me deseaba.

—Escucha...

Pegó más los brazos al cuerpo.

—Has dicho que mi propuesta te tentó.

—Durante un segundo —susurró.

—¿Por qué?

Negó con la cabeza.

—Contéstame.

—Tener a Thorn Cutler como marido suena bastante bien. No sólo eres adinerado y respetable, también eres más guapo que el pecado y es divertido estar contigo. Eres fantástico en la cama... el mejor que he tenido. Eres sincero y leal... podría seguir.

—O sea, ¿que el único inconveniente es que vea a otras mujeres?

Cerró un momento los ojos, como si la mera sugerencia le doliera.

—Eso no podría hacerlo. No podría... saber que estás con otra. Quiero fingir que no me importaría, pero eso sería mentira. Me reconcomería por

dentro.

Si ella saliese con otro, yo me sentiría igual.

—¿Y si no veo a nadie más?

Ladeó la cabeza con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo...?

—¿Te pensarías mi propuesta si siguiéramos siendo monógamos? Yo te sería fiel.

Me miró fijamente como si no entendiera ni una palabra de lo que le acababa de decir.

—¿Entonces en qué sentido sería diferente de un matrimonio convencional?

—Supongo que en nada...

—O sea, ¿que nos casaríamos sólo por la comodidad y nos seríamos fieles el uno al otro? —preguntó—. Ahora sí que suena como un matrimonio de conveniencia.

—Pero los dos obtendríamos lo que queremos. Podríamos formar una familia y ambos tendríamos un socio con éxito. Yo apporto mucho a la unión y tú también. Soy uno de los hombres más poderosos del mundo empresarial. Tú eres uno de los genios más brillantes de nuestro tiempo. Juntos seríamos una pareja bastante alucinante. Por no mencionar que los dos estamos muy buenos. ¿Te haces una idea de cómo serían nuestros hijos?

Se le escapó una risita incómoda y dio un paso atrás.

—Cómodo o no, sería arriesgado.

—A mí me parece que es menos arriesgado. Podríamos disfrutar de buen sexo siempre que quisiéramos y formar una familia.

—¿Y qué pasa si dejamos de gustarnos? —preguntó—. Entonces tendríamos hijos y no podríamos ver a otras personas... Parece una pesadilla.

—No si siempre seguimos siendo amigos y nos contamos las cosas.

Bajó la vista al suelo y se mordió el labio inferior. Parecía estar pensándose en serio.

¿Me diría que sí de verdad?

—Eso tampoco es lo que quiero, Thorn. Si me caso con alguien, creo que quiero casarme por amor. Llámame anticuada.

—Pero el amor es la razón por la que la gente se divorcia. Una vez que se apagan la pasión y la lujuria, ¿qué es lo que queda?

—Y eso es todo lo que nosotros tenemos, Thorn —contraatacó—. Pasión y lujuria.

—No estoy de acuerdo con eso. —Había querido follármela la primera vez que la había visto, pero también me importaba. Le confiaba cosas, igual que haría con un amigo—. Creo que tenemos más que eso. Somos amigos.

—Ser amigos tampoco basta.

—No deberías subestimar el poder de la amistad. Un vínculo auténtico puede ser más fuerte que la sangre. —Titan era la persona en quien más confiaba en mi vida, y no éramos familia.

Trasladó su peso a un lado y luego se pasó el pelo por detrás de la oreja.

—Mi ex me dejó por otra. Se enamoró y supo que quería estar con ella. En su mente no había ni una duda. Eso es lo que yo quiero... conocer a un hombre que sepa que yo soy el amor de su vida.

Se me enterneció la mirada.

—Puede que eso sea una estupidez y poco realista... pero es lo que quiero. Quiero proteger mi felicidad todo lo que pueda, pero tampoco quiero contentarme con algo que me hará sufrir. Así que debería alejarme de esta situación ahora, porque me asfixia.

Había rechazado mi oferta y ahora me estaba dejando. Me deseaba, pero se negaba a tenerme a menos que le ofreciese más. En ningún momento me había preguntado si estaría dispuesto a tener una relación más profunda, una llena de sentimientos y con una conexión.

Porque sabía que le diría que no.

Sabía que yo no cambiaría de opinión.

Yo era un soltero redomado que saltaba de mujer en mujer compartiendo experiencias superficiales. Era buen sexo, pero también era sexo fácil. Era

incapaz de sentir nada más que eso. La intensidad de mis sentimientos por Autumn era mayor que por cualquier otra, pero hasta ahí llegaba la cosa.

—Lo entiendo.

Ella desvió la mirada, incapaz de disimular su decepción. No pudo ocultar su angustia.

Quizá había esperado que yo cambiase de idea.

Se aclaró la garganta suavemente y después adoptó una expresión de indiferencia.

—Espero que podamos quedar como amigos.

—Por supuesto.

—Genial. Me voy, entonces... —Se dio la vuelta hacia el ascensor.

La agarré por el codo y la hice retroceder hacia la pared, acorralándola con mi cuerpo con el rostro pegado al suyo.

—Esta noche no. —Froté mi nariz contra la suya y luego le di un beso en la comisura de la boca—. No hasta por la mañana.

Sus bellos ojos se clavaron en los míos, llenos de evidente pesar y deseo. Sus manos ascendieron por mi pecho desnudo y su cálido aliento me acariciaba la cara. Me había dedicado aquella mirada docenas de veces y sabía exactamente lo que significaba. Me deseaba. Me deseaba profunda, intensa y prolongadamente.

—Hasta por la mañana.

DADO que era mi última noche con aquella mujer increíble, podría haber hecho algo más erótico y escandaloso, como atarla al cabecero de mi cama y follármela por detrás. Podría haberle tapado los ojos y haberla obligado a confiar en sus otros sentidos para disfrutar de mí.

Pero no lo hice.

La tomé tumbada de espaldas, con las piernas abiertas para mí. Su cabeza reposaba en mi almohada con el cabello desparramado por las sábanas

arrugadas. Sus pechos eran firmes y tenía los pezones erectos. Su boca se abría constantemente por todos los gemidos que soltaba. Me aceptaba entero como una campeona, haciendo que mi pene se deslizara a través de su humedad.

La mantenía bien abierta para mí sujetándola firmemente por detrás de las rodillas con las muñecas. Se lo estaba haciendo a un ritmo regular, ni muy despacio ni muy rápido. Lo único que quería era que aquello durara. Quería quedarme justo así todo el tiempo que ella pudiera soportarlo antes de provocarle dolor por causa del roce.

—Thorn... me encanta que me folles.

Hice una pausa enterrado en lo más profundo de ella, obligando a mi miembro a comportarse.

—A mí también, pequeña... —Acerqué mi boca a la suya para besarla, manteniéndome distraído para no eyacular antes de lo que quería. Ya me había corrido una vez en su interior y había vuelto a estar preparado para la acción casi al instante, pero no era probable que pudiera volver a recuperarme tan rápidamente.

Sin embargo, el beso sólo aumentó mi excitación.

Me encantaba su pequeña lengua, el modo en que su boca respiraba en la mía cuando me besaba, temblando y bailando con la mía. Gemía y jadeaba directamente en mi boca, retorciéndose debajo de mí como si aquella fuera la primera vez.

Me arañó la espalda con las uñas al aferrarse a mí. Su sexo se contrajo a mi alrededor mientras se precipitaba hacia otro orgasmo, tensándose con fuerza suficiente para magullarme mientras sus tobillos se entrelazaban rodeándome la cintura. Entonces se corrió con revuelo, bañando mi sexo en su excitación.

—Thorn...

Me moví sobre ella agresivamente, incapaz de controlar mis empujones. Quería penetrarla hasta el fondo y darle todavía más de mi semilla. Después no podría marcharse sin sentir mi semen en su abertura, daba igual las veces que se duchara.

Puso la mano contra el cabecero para poder impulsarse hacia mí con la

misma fuerza. Estábamos bañados en sudor y nuestros gemidos competían entre sí.

—Córrete dentro de mí... —Estaba preciosa justo así, follándome con el mismo vigor que yo le demostraba a ella. Deseaba que yo alcanzara el orgasmo con el mismo entusiasmo que acababa de demostrar.

Quería dejarme sin aliento.

Me corrí en su interior otra vez con un profundo gemido, sintiendo una satisfacción inmediata al rellenar su sexo espectacular con mi semilla. Apreté la mandíbula mientras continuaba, dándole una carga tan abundante como la anterior. Todos los músculos del cuerpo se me tensaron de placer. Nunca en mi vida me había corrido con tanta fuerza con otra persona.

Me puse encima de ella y la cubrí de besos mientras mi pene se ablandaba lentamente. El semen goteaba en las sábanas porque había demasiado para caber dentro de su pequeña abertura. El olor a sexo saturaba la habitación y pasarían semanas antes de que el aroma desapareciera.

Y no era que yo quisiera.

Me di la vuelta y me tumbé a su lado con el pecho cubierto por una fina capa de sudor. Los músculos de mi torso estaban tensos debido al esfuerzo, pero el cansancio nunca me había gustado tanto. A pesar del calor que abrasaba nuestra piel, la rodeé con un brazo y la atraje hacia mí. Quería disfrutar de ella todo lo que pudiera, mimarla hasta cuando no estaba dentro de ella.

—Cuéntame algo sobre ti. —Me sorprendí echando ya de menos aquellas conversaciones. No siempre hablábamos de cosas importantes y significativas, pero sí debatíamos sobre cosas.

—¿Sobre mí? —susurró.

—Sí.

—No soy demasiado interesante.

—Pues entonces cuéntame algo aburrido sobre ti —bromeé.

—Tampoco he dicho que fuese aburrida.

—Venga... —La besé en la frente.

Ella sonrió en respuesta.

—Me encantan los caballos.

—¿Sí? No te había tomado por una mujer de campo.

—No me definiría como una mujer de campo, pero siempre he deseado algo de terreno para tener unos cuantos caballos.

—¿Entiendes de caballos?

—Claro. Cuando era joven solía trabajar en unos establos. Me pagaban una mierda y siempre estaba cubierta de estiércol, pero podía preparar y entrenar a los caballos. Era adolescente y tenía que coger el tren muy temprano en verano, pero me gustaba.

—¿Sabes montar?

—Sabía. Hace ya tiempo.

—¿Por qué no te trasladas a vivir al campo como tus padres?

—Ahora mismo es poco práctico —contestó—. Ya trabajo demasiado, y añadir otras dos horas para ir y venir... sería horrible. Quizá cuando mi carrera llegue a un punto en el que no tenga que trabajar tanto, será diferente.

—Espero que no sea cuando te jubiles.

—Yo también lo espero —dijo riéndose—. Siempre he imaginado que criaría a mis hijos fuera de la ciudad. Cuando quisiéramos ir de compras o a ver algo, podríamos tomar el tren y ya está, pero el resto del tiempo podríamos disfrutar de un poco de aire fresco.

—Sí, eso suena bien.

—¿Tú siempre has querido vivir en el centro?

—La verdad es que no me puedo imaginar viviendo en ningún otro sitio. —Había vivido toda mi vida en una gran ciudad. Chicago también era así. No tan grande como Manhattan, pero igual de caótica—. Chicago me gusta, pero Nueva York me parece mucho más interesante.

—Y con menos viento, ¿eh?

Sonreí.

—Sí... y con menos viento.

—¿Crees que alguna vez volverás allí? ¿Por tu familia?

—No —contesté de inmediato—. Prefiero Manhattan. Sé que mi hermano también se quiere mudar aquí. Cuando lo haga, estoy seguro de que mis padres nos seguirán. Sólo viven allí porque es donde está su casa. Lleva más de cien años en la familia, así que no pueden deshacerse de ella.

—¿Más de cien años?

—Sí, es una casa antigua con terreno a las afueras de la ciudad.

—Qué guay.

Le pasé la mano por el cabello húmedo por el sudor acumulado en las raíces. Cuando estaba cansada y agotada era cuando más guapa estaba. Me gustaba provocar que sus labios se hincharan con mi boca. Me encantaba su aspecto de haber sido perfectamente follada... por mí.

—¿Qué te está pareciendo trabajar con Titan?

—Todavía es demasiado pronto para decirlo, pero de momento estoy disfrutando de la experiencia. Es una mujer inteligente, por no mencionar que es la leche de fuerte. No creo que yo hubiese vuelto al trabajo sólo seis semanas después de que me dispararan.

—Tienes razón. Pero esa mujer está hecha de una pasta más resistente que la mayoría de nosotros.

—Cierto.

—Aunque sospecho que tú estás hecha con el mismo molde. También eres una mujer de armas tomar.

—¿De armas tomar? —preguntó con una sonrisa.

—Y tanto, joder. —Froté mi nariz contra la suya—. Nunca había conocido a una cerebrita tan guapa.

—Eh... ¿Titan?

—Ella es inteligente, pero no es un genio como tú. He visto las fórmulas escritas en la pizarra de tu oficina. Ni siquiera sé lo que todo eso significa.

—Sólo son ecuaciones.

—Pero no había ningún número, sólo símbolos y cosas sin sentido...

Se rio.

—Esas cosas sin sentido son la base de la ciencia.

—Bueno, pues Titan y yo no podríamos descifrar eso ni aunque nuestras vidas dependieran de ello.

—Si alguien os hubiera enseñado, estoy segura de que podríais. No te subestimes. Muchas personas piensan que las ciencias y las matemáticas son demasiado difíciles, pero si les das una oportunidad, te das cuenta de que en realidad casi todo es sentido común.

Resoplé por lo ridículo de la idea.

—A lo mejor tú sólo piensas que es fácil porque eres un genio.

Me dio un cachete en broma.

—Deja de llamarme eso.

—¿Qué pasa? Lo eres.

—Y tú eres multimillonario. ¿No crees que eso te convierte en un genio?

—Difícilmente, yo nací en una familia con mucho dinero. Soy un cabrón con suerte. Titan, por otro lado, lo hizo todo por su cuenta. Para eso sí que hace falta talento de verdad.

Subió las manos deslizándolas por mi pecho.

—Bueno, he oído que fuiste tú el que le hiciste un préstamo cuando los bancos se negaron a apostar por ella.

Entorné los ojos.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo dijo ella... También me dijo que no estaría donde está ahora sin ti, que tú la ayudaste a dar los primeros pasos y a encontrar su camino.

No sabía que Titan le había contado aquello.

—Exagera...

—Los dos sabemos que eso es una chorrada. —Me sonrió, sabiendo que me tenía arrinconado—. Invertiste en ella porque sabías que te haría ganar una fortuna. Y tenías razón. ¿Sabes en lo que te convierte eso?

—No lo digas...

—En un genio calentorro.

Antes de poder enfadarme, me centré en la última palabra que había dicho.

—¿Calentorro, eh?

—No actúes como si no fueras uno de los tíos más atractivos del mundo.

—Soy consciente de mis encantos, pero uno de los más atractivos... esa es una afirmación bastante halagadora.

—Pues lo digo en serio. —Me frotó el pecho y luego me besó.

Madre mía. Me encantaban sus besos.

Me besó despacio, como si no lleváramos toda la noche follando. Hubo lengua, muchos labios y los gemidos más sexis.

Mi mano volvió a explorar su cuerpo, palpando su vientre tenso y sus espectaculares pechos. A mi sexo le costó menos de un minuto ponerse otra vez en plena forma. Entonces le hice darse la vuelta, sabiendo exactamente cómo quería tomarla: enterrado entre sus piernas mientras ella estaba inmovilizada debajo de mí.

No quería dormir.

Sólo quería moverme con ella.

Hablar con ella.

Y volver a moverme con ella.

MI ALARMA se disparó con un fuerte pitido. Era el sonido más desagradable que había escuchado jamás, aunque no me había molestado ninguna otra mañana.

Pero aquel día no era bienvenida.

Mi noche de ensueño era oficialmente un recuerdo. Era algo del pasado, algo a lo que volver con la memoria. Ahora continuaría con mi vida. Y ella continuaría con la suya.

Ella salió primero de la cama con movimientos más lentos de lo habitual. Se puso primero las bragas y se tomó su tiempo para ponerse el sujetador. Cada prenda fue cubriendo lentamente su piel maravillosa.

Quería volver a hacerle el amor, pero sabía que no disfrutaría con ello.

Sólo sería deprimente.

Salí de la cama y saqué un par de bóxers limpios.

Ella se subió la cremallera de las botas y después se arregló el pelo con los dedos. Desde que había sonado la alarma, no me había mirado.

Yo tampoco la miraba a ella.

Finalmente caminó hacia la puerta, ya con la chaqueta verde puesta y preparada para marcharse.

La seguí hasta el recibidor.

La noche pasada todo parecía perfecto. A pesar del hecho de que iba a ser nuestra última noche juntos, estábamos cómodos. Era fácil. Pero la de ahora era la interacción más tensa que habíamos tenido nunca. Era rígida, como si apenas nos conociéramos.

Cogió su bolso de la mesa y pulsó de inmediato el botón para llamar al ascensor.

Estaba intentando salir de allí lo más rápidamente posible.

Podía limitarme a permitir que se marchase sin protestar para ponérselo fácil a ambos, pero me parecía insultante verla marcharse sin una sola mirada. La cogí por el brazo y la atraje hacia mi pecho, rodeándola con brazos que parecían barras de acero.

Su rostro se apoyó contra mi pecho.

No sabía qué decir para suavizarnos aquel golpe a ambos. Ella había admitido que se estaba enamorando de mí y yo había admitido que me importaba más de lo que debía. Íbamos a terminar con aquello antes de que pudiera convertirse en algo real. Estábamos cauterizando la herida antes de que pudiera sangrar. La besé en el nacimiento del pelo y aspiré su aroma una última vez. Probablemente nunca volviéramos a estar así de cerca.

Ella respiró hondo, como si estuviera disfrutando tanto de mí como yo de

ella.

El ascensor emitió un pitido al abrirse las puertas.

Se puso de puntillas y me dio un beso suave en la boca. No había calor ni pasión, como la noche anterior. Sólo una triste despedida. Se dio la vuelta, bajando la mano por mi pecho hasta que estuvo en el ascensor.

La observé mientras se daba la vuelta para mirarme a los ojos.

Las puertas empezaron a cerrarse.

Y vi cómo desaparecía de mi vista.

Entonces las puertas se cerraron del todo, un obstáculo de metal que nos separaba permanentemente.

Ya había desaparecido.

Nunca volvería a verla... no del modo en que a mí me gustaba verla.

DOCE

Titan

—Diesel, no hace falta que vengas. —Doblé la ropa y la metí en la maleta que había sobre la cama.

Él se puso detrás de mí mientras preparaba su equipaje para el viaje.

—Ya lo sé.

—Lo digo en serio. —No aparté la mirada de la maleta. Mirarlo a él siempre era una distracción demasiado grande—. No es necesario que hagamos todo juntos sólo porque vayamos a casarnos.

—Eso también lo sé. —Sus fuertes pisadas resonaban tras él mientras se movía.

Puse los ojos en blanco.

—Pues entonces quédate. No voy a hacer más que trabajar todo el tiempo.

Se puso a mi lado y su sombra se extendió sobre mí. Sostuvo una prenda de lencería brillante delante de mí y la dejó caer sobre el resto de mi ropa. Era una pieza con braga y sujetador fabricada con diamantes auténticos.

Deseé apretar los muslos al instante.

Diesel se aproximó más a mí, acercándome los labios a la oreja.

—Y cuando no estés trabajando, estarás follando. —Me besó la curva de la oreja antes de alejarse y dirigirse a su armario.

Se me puso piel de gallina en los brazos a pesar del gran número de veces que me había excitado. Toqué la lencería brillante y la doblé con cuidado

antes de colocarla encima del resto de mi ropa.

—Siempre puedo ponerme esto cuando vuelva.

—Yo voy donde vayas tú.

Volví a poner los ojos en blanco aunque él no podía verme.

—Pues cuando tú vayas a viajes de negocios, no esperes que vaya contigo.

—Claro que vas a venir conmigo —dijo con frialdad—. Y tu maleta estará llena solamente de lencería.

En mis labios apareció una sonrisa.

Él no podía verme la cara, pero se imaginó mi reacción.

—Lo digo en serio.

—Ya lo sé —susurré—. Por eso sonrío.

Cerró su maleta y la dejó junto a la puerta.

—¿Viene alguien más?

—Autumn y Thorn vienen con nosotros.

Suspiró audiblemente, lo cual me indicó que lo había hecho a propósito.

—¿Qué?

—No me gusta compartirte.

—¿Unas horas en un avión es demasiado para ti? —pregunté con sarcasmo.

—Sí. Una sola hora es demasiado. —Llevaba vaqueros y una camiseta negra. Tenía un aspecto espléndido con tonos oscuros, ya que potenciaban su callada agresividad. Se acercó a mi lado en la cama y me miró abiertamente, poseyéndome con una sola mirada.

—Última oportunidad para echarte atrás... —Teníamos que marcharnos en los próximos quince minutos. Metí mi neceser de maquillaje, además de un cepillo y algo de laca.

—No voy a echarme atrás. Tenerme a tu lado no hace más que aumentar tu poder. He visto cómo te habla la gente a veces. No te dirán una puta palabra mientras yo esté allí.

Era un detalle, pero para mí no.

—No necesito que hagas desaparecer mis problemas. He alcanzado mi poder yo sola y no necesito un perro guardián para conservarlo. Me he ganado mi reputación dando ejemplo, no inspirando temor. En cuanto me esconda detrás de un hombre, perderé ese respeto. Así que vamos a dejar eso claro ahora mismo. Yo represento mis negocios sola. Es algo completamente ajeno a ti y yo soy ajena a tus negocios. Puede que estemos unidos en todos los demás aspectos, pero ahí vamos a poner una línea. Si crees que necesito que vengas en mi rescate... entonces no me conoces ni lo más mínimo. —Cerré la maleta y la llevé al ascensor, rodeándolo e ignorándolo.

Él se me acercó por detrás con pasos lentos y pesados. Llevaba su maleta consigo y la dejó junto a la puerta.

Sabía que aquella discusión no había acabado.

Se cruzó de brazos y me contempló mientras esperábamos delante del ascensor.

Era como esperar a que una bomba estallase. Saltaría en cualquier momento.

Yo fui la primera en ceder.

—¿Qué?

—Somos un equipo en todos los sentidos. Estamos unidos por completo. Cuando la gente te mira a ti, piensan en mí y al revés. Ahora somos la pareja más rica del mundo, Titan. Esa clase de poder no debería manejarse a la ligera. La gente va a intentar destrozarnos. Yo te apoyaré a ti y más te vale que tú me apoyes a mí.

—Ya sabes que sí.

—Entonces yo voy donde vayas tú. Tus negocios son los míos.

—No necesito tu ayuda para dirigirlos.

—Pero ahora somos un equipo. Entiendo que va a ser difícil para ti adaptarte, pero tienes que aceptarlo. —Me miró fijamente con su expresión feroz, claramente nada contento por la actitud que yo acababa de mostrar.

Todavía no habíamos hablado de las consecuencias legales de nuestra

unión. Tendríamos que hablar de finanzas, propiedades, fideicomisos... un montón de conversaciones difíciles que yo estaba temiendo. Íbamos a casarnos porque nos queríamos, pero pronto tendríamos que verlo como una adquisición comercial.

El ascensor emitió un pitido y las puertas se abrieron, dejando ver a Thorn. Vestido con vaqueros y una sudadera con capucha, llevaba una bolsa colgada del hombro. Tenía el pelo revuelto como si no se hubiera molestado en peinarse al salir de la ducha aquella mañana. Sus ojos no brillaban con su emoción habitual cuando nos íbamos de viaje. Entró en el ático sin dedicarnos más que un movimiento de cabeza.

Algo iba mal.

—¿Te quedaste por ahí hasta tarde con Autumn? —pregunté.

Thorn dejó la bolsa en el suelo.

—No. ¿Cuándo nos marchamos?

A juzgar por su tono cortante, no quería hablar de Autumn. Eso no podía ser bueno.

—Los chicos llegarán en cualquier momento. Pero si no te encuentras bien, no hace falta que vengas.

—Me encuentro perfectamente. —Se invitó a pasar al mueble bar y se preparó un Old Fashioned... aunque eran las nueve de la mañana.

Diesel dejó de lado su hostilidad cuando se dio cuenta de que Thorn estaba perdiendo la noción de la realidad. Le lanzó una mirada y luego se giró hacia mí, manteniendo una conversación silenciosa conmigo.

Sacudí la cabeza a modo de respuesta, sin saber qué hacer con Thorn. Los chicos llegarían en cualquier momento para acompañarnos al aeropuerto y luego Autumn se reuniría con nosotros para tomar el vuelo. Si algo más le rondase por la cabeza a Thorn, simplemente lo diría. Así que obviamente se trataba de Autumn.

Se acabó el vaso en menos de un minuto y luego regresó con nosotros apestando a alcohol.

Habíamos empezado de maravilla...

Las puertas del ascensor se volvieron a abrir y mi equipo entró para recoger mis cosas. Cogieron mi equipaje, el de Diesel y el de Thorn, y luego bajaron al vestíbulo y se montaron en el todoterreno negro que nos estaba esperando.

Diesel no se sentó a mi lado, sino que pasó al asiento del fondo, dando por hecho que yo querría sentarme al lado de Thorn durante el trayecto.

Joder, qué bien me conocía.

Thorn se sentó a mi lado, se abrochó el cinturón de seguridad y luego miró hacia delante como si fuéramos dos extraños en el autobús. Su expresión normalmente afable había desaparecido, sustituida por un doloroso gesto de irritación.

No parecía él mismo para nada.

—¿Thorn?

—¿Mmm?

Pulsé el botón y subí la ventanilla divisoria para que los chicos no pudieran oírnos.

—¿Qué ha pasado con Autumn?

Pasamos por un bache en el camino y su cuerpo se balanceó suavemente con el movimiento. Él mantuvo la vista fija en la ventanilla, sin apartar la mirada.

—Ya no vamos a seguir viéndonos.

—¿Por qué? —Si era tan infeliz sin ella, ¿por qué ir cada uno por su lado?

—No importa —dijo en voz baja—. No hace falta que te preocupes por nuestra relación profesional. Todo va bien.

—Eso no es lo que me preocupa. —No podría importarme menos. No había visto a mi amigo tan disgustado en toda mi vida. Ni siquiera cuando me habían disparado estaba tan pálido. Plasmaba una sonrisa falsa en su cara mientras se sentaba junto a la cama y jugaba a las cartas conmigo.

—¿Qué ha pasado?

—Es una historia larga y aburrida...

—Tenemos tiempo antes de recogerla.

Él siguió mirando por la ventana, ignorándome.

Le agarré la mano.

—Cuéntamelo. Ya sabes que no voy a hacer más que darte el coñazo hasta que me lo digas.

Apartó la mano.

—Básicamente me ha dicho que no podía seguir teniendo un rollo conmigo porque se está enamorando de mí... Dice que quiere tenerme entero y no un poco. Yo no puedo darle lo que quiere, así que lo hemos dejado.

No me sorprendía que Autumn quisiera algo más de Thorn. Era un hombre increíble con un corazón de oro macizo. Ansiaba el poder y era extremadamente ambicioso, pero también era compasivo con las personas que no tenían lo mismo que él. Me había ayudado a llegar donde estaba ahora y nunca había esperado nada a cambio. Era extremadamente altruista.

—Si no puedes darle lo que ella quiere, ¿entonces por qué eres tan desgraciado ahora mismo?

No respondió.

—Thorn, inténtalo. ¿Qué tienes que perder?

—No va a ir a parar a ningún sitio, Titan. Sólo haré que pierda el tiempo y acabaré haciéndole daño. Me dirá que me quiere y yo no le diré lo mismo, y eso la matará. Nunca podría hacer eso... a ella no. Se merece algo mucho mejor que yo.

—Entonces sé lo que se merece, Thorn.

Sacudió la cabeza, todavía mirando por la ventana.

—No voy a repetirme.

—No estarías triste por ella si no te importase.

—Pues claro que me importa —dijo en voz baja—. Nunca he dicho que no.

—Pues entonces sigue preocupándote por ella... Todo lo demás saldrá solo.

Los chicos aparcaron en el arcén, enfrente de la casa de Autumn.

—Vamos a dejar el tema —susurró Thorn.

La puerta de entrada se abrió y apareció Autumn con su maleta. Los chicos salieron para ayudarla y yo terminé lo que necesitaba decir.

—Deja que te lo explique, Thorn. Si la dejas marchar, otro la encontrará. Y luego la verás feliz desde la distancia y desearás ser tú el que se acueste con ella todas las noches. No dejes que eso te pase, Thorn. Arriésgate. Tienes más que perder si te quedas sin hacer nada que si actúas.

Autumn casi había llegado al todoterreno.

Thorn no dijo nada.

—Sólo piensa en lo que he dicho. —Le apreté la mano y me aparté justo cuando se abría la puerta.

Autumn iba bien vestida y peinada, pero sus ojos reflejaban la misma tristeza que los de Thorn, aunque a ella se le daba mejor ocultarlo.

—Buenos días.

—Buenos días. —Diesel le tendió la mano y la ayudó a entrar. Se sentaron uno al lado del otro.

—Hola, Autumn —dije—. ¿Cómo estás?

—Muy bien. —Se abrochó el cinturón de seguridad—. Tengo muchas ganas de ver Chicago.

Thorn no le dijo nada ni se giró para mirarla.

Yo le di en la rodilla con la mía.

Thorn se aclaró la garganta.

—Buenos días... Autumn. —Pronunció su nombre como si realmente le provocase dolor en el fondo de su ser. Era como si jamás hubiera dicho su nombre antes ni se hubiera dirigido a ella de aquel modo.

Autumn hizo una pausa prolongada antes de responder.

—Buenos días, Thorn.

Podía sentir la tensión en el ambiente, la tristeza entre ambos. Ninguno de

los dos estaba tomándose bien la ruptura. Thorn era infeliz y era evidente que ella también estaba destrozada.

Quería que mi mejor amigo tuviera lo mismo que yo: un amor sin límites. Con Diesel yo había encontrado todo lo que había necesitado en mi vida. Me completaba de un modo en que nunca podrían hacerlo el dinero y el éxito. Era mi compañero de vida, el futuro padre de mis hijos. Encontrar a alguien tan excepcional que te quisiera de forma incondicional valía más que todo el dinero del mundo.

Y no quería que Thorn lo perdiera.